



Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>



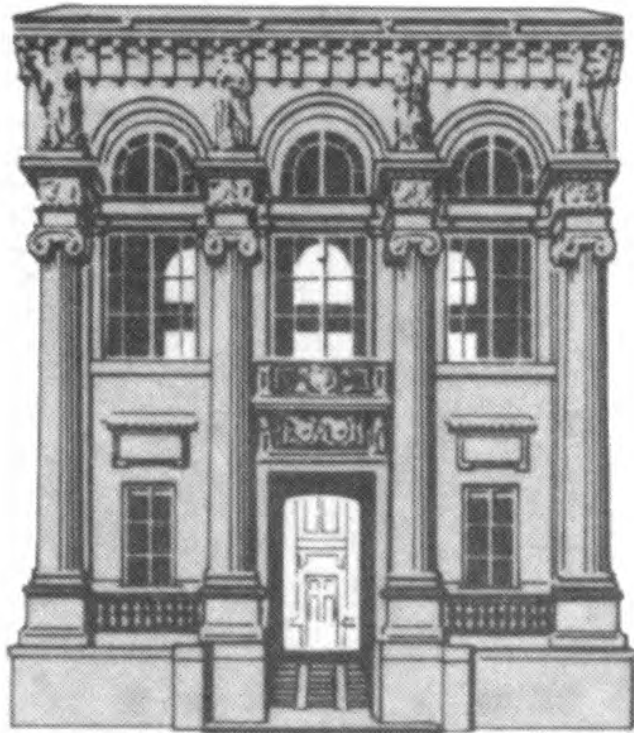
This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

Cuentos escogidos

Emilia Pardo
Bazán (condesa
de)

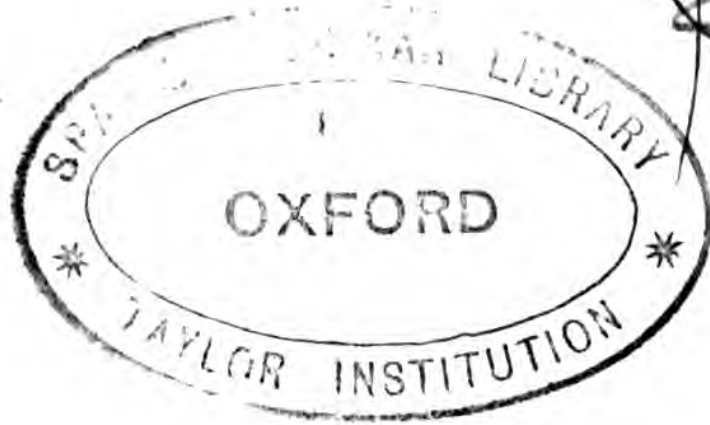
3179472

TAYLOR
INSTITUTION
LIBRARY



ST. GILES · OXFORD
O.U.L.S.

$\frac{S}{MB/285}$

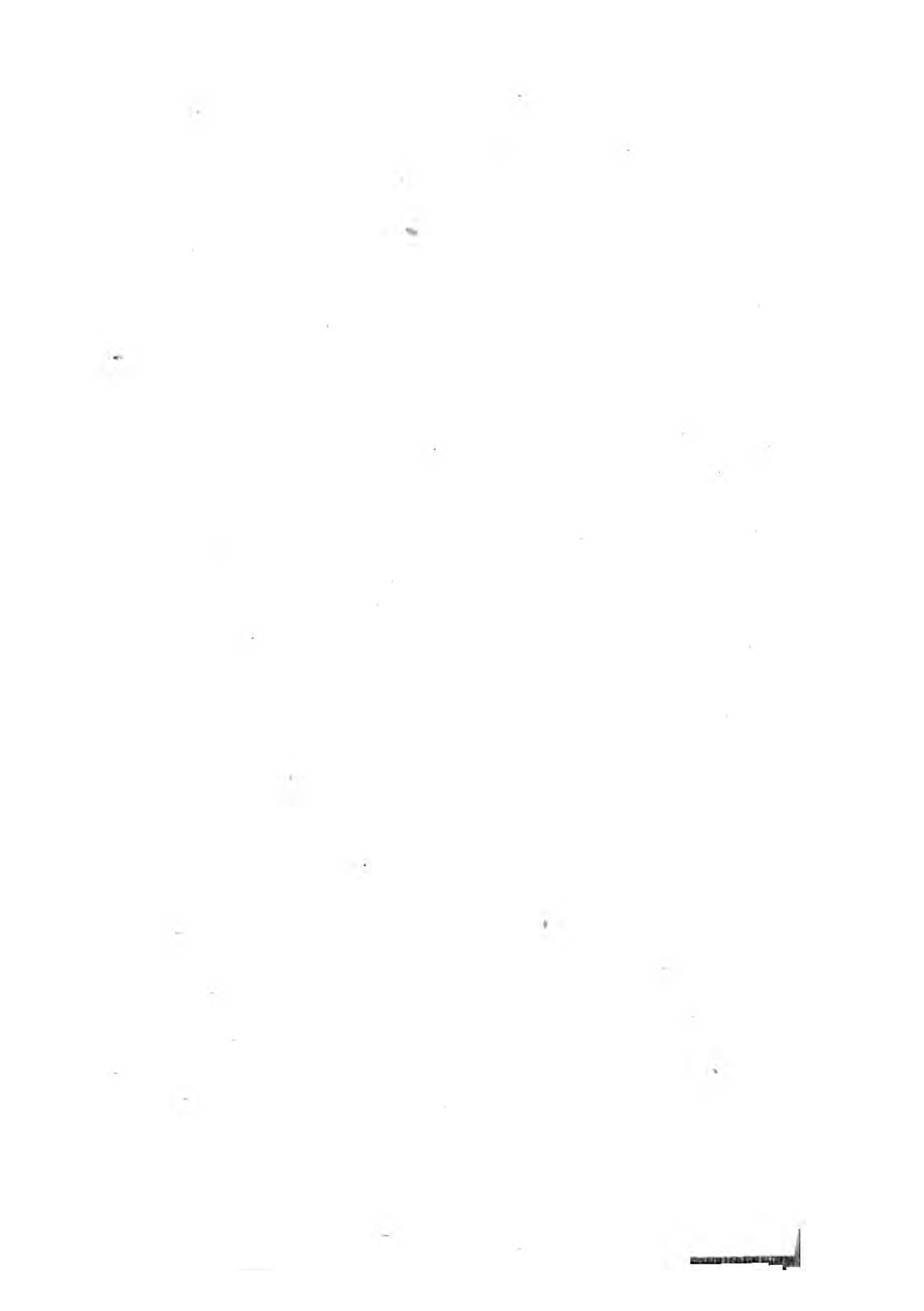


TNR-38659



BIBLIOTECA SELECTA

LV



EMILIA PARDO BAZÁN

CUENTOS ESCOGIDOS



VALENCIA
PASCUAL AGUILAR, EDITOR
Caballeros, 4



I.

El Indulto.

De cuantas mujeres enjabonaban ropa en el lavadero público de Marinada, ateridas por el frío cruel de una mañana de Marzo, Antonia la asistente era la más encorvada, la más abatida, la que torcía con menos brío, la que refregaba con mayor desaliento; á veces, interrumpiendo su labor, pasábase el dorso de la mano por los enrojecidos párpados, y las gotas de agua y las burbujas de jabón parecían lágrimas sobre su tez marchita.

Las compañeras de trabajo de Antonia la miraban compasivamente, y de tiempo en tiempo, entre la algarabía de las conversaciones y disputas, se cruzaba un breve diálogo, á media voz, entretendido con ex-

clamaciones de asombro, indignación y lástima. Todo el lavadero sabía al dedillo los males de la asistenta, y hallaba en ellos asunto para interminables comentarios: nadie ignoraba que la infeliz, casada con un mozo carnicero, residía, años antes, en compañía de su madre y de su marido, en un barrio extramuros, y que la familia vivía con desahogo, gracias al asídúo trabajo de Antonia y á los cuartejos ahorrados por la vieja en su antiguo oficio de revendedora, baratillera y prestamista. Nadie había olvidado tampoco la lúgubre tarde en que la vieja fué asesinada, encontrándose hecha astillas la tapa del arcón donde guardaba sus caudales y ciertos pendientes y brincos de oro; nadie, tampoco, el horror que infundió en el público la nueva de que el ladrón y asesino no era sino el marido de Antonia, según ésta misma declaraba, añadiendo que desde tiempo atrás roía al criminal la codicia del dinero de su suegra, con el cual deseaba establecer una tablajería suya propia. Sin embargo, el acusado hizo por probar la coartada, valiéndose del testimonio de dos ó tres amigotes de taberna, y de tal modo envolvió el asunto, que, en vez de ir al palo, salió con veinte años de cadena. No fué tan indulgente la opinión como la ley: además de la declaración de la esposa, había un indicio vehementísimo: la cuchillada que mató á la vieja, cuchillada certera y limpia, asestada de arriba abajo, como la que los matachines dan á los cerdos, con un cuchillo ancho y afiladísimo, de cortar carne. Para el pueblo, no cabía

duda en que el culpable debió subir al cadalso. Y el destino de Antonia comenzó á infundir sagrado terror, cuando fué esparciéndose el rumor de que su marido *se la habia jurado* para el día en que saliese de presidio, por acusarle. La desdichada quedaba en cinta, y el asesino la dejó avisada de que, á su vuelta, se contase entre los difuntos.

Cuando nació el hijo de Antonia, ésta no pudo criarlo, tal era su debilidad y demacración y la frecuencia de las congojas que desde el crimen la aquejaban; y como no le permitía el estado de su bolsillo pagar ama, las mujeres del barrio que tenían niños de pecho dieron de mamar por turno á la criatura, que creció enclenque, resintiéndose de todas las angustias de su madre. Un tanto repuesta ya, Antonia se aplicó con ardor al trabajo, y aunque siempre tenían sus mejillas esa azulada palidez que se observa en los enfermos del corazón, recobró su silenciosa actividad, su aire apacible.

¡Veinte años de cadena! En veinte años (pensaba ella para sus adentros), él se puede morir ó me puedo morir yo, y de aquí allá, falta mucho todavía. La hipótesis de la muerte natural no la asustaba; pero la espantaba imaginar solamente que volvía su marido. En vano las cariñosas vecinas la consolaban, indicándole la esperanza remota de que el inicuo parricida se arrepintiese, se enmendase, ó, como decían ellas, «se volviese de mejor idea:» meneaba Antonia la cabeza entonces, murmurando sombríamente:

—¿Eso *é*? ¿de mejor idea? Como no baje Dios del cielo en persona y le saque aquel corazón perro y le ponga otro...

Y, al hablar del criminal, un escalofrío corría por el cuerpo de Antonia.

En fin, veinte años tienen muchos días, y el tiempo aplaca la pena más cruel. Algunas veces, figurábasele á Antonia que todo lo ocurrido era un sueño, ó que la ancha boca del presidio, que se había tragado al culpable, no lo devolvería jamás; ó que aquella ley, que al cabo supo castigar el primer crimen, sabría prevenir el segundo. ¡La ley! Esa entidad moral, de la cual se formaba Antonia un concepto misterioso y confuso, era sin duda fuerza terrible, pero protectora, mano de hierro que la sostendría al borde del abismo. Así es que á sus ilimitados temores se unía una confianza indefinible, fundada sobre todo en el tiempo transcurrido, y en el que aún faltaba para cumplirse la condena.

¡Singular enlace el de los acontecimientos! No creería de seguro el rey, cuando vestido de capitán general y con el pecho cargado de condecoraciones, daba la mano ante el ara á una princesa, que aquel acto solemne costaba amarguras sin cuento á una pobre asistenta, en lejana capital de provincia. Así que Antonia supo que había recaído indulto en su esposo, no pronunció palabra, y la vieron las vecinas sentada en el umbral de la puerta, con las manos cruzadas, la cabeza caída sobre el pecho, mientras el niño, alzan-

do su cara triste de criatura enfermiza, gimoteaba:

—Mi madre... ¡Calíenteme la sopa, por Dios, que tengo hambre!

El coro benévolo y cacareador de las vecinas rodeó á Antonia; algunas se dedicaron á arreglar la comida del niño, otras animaban á la madre del mejor modo que sabían. Era bien tonta en afligirse así! ¡Ave María Purísima! ¡No parece sino que aquel hombrón no tenía más que llegar y matarla! Había Gobierno, gracias á Dios, y Audiencia, y serenos; se podía acudir á los celadores, al alcalde...

—¡Qué alcalde!—decía ella con hosca mirada y apagado acento.

—Ó al gobernador, ó al regente, ó al jefe de municipales; había que ir á un abogado, saber lo que dispone la ley...

Una buena moza, casada con un guardia civil, ofreció enviar á su marido para que le *metiese un miedo* al picarón; otra, resuelta y morena, se brindó á quedarse todas las noches á dormir en casa de la asistenta; en suma, tales y tantas fueron las muestras de interés de la vecindad, que Antonia se resolvió á intentar algo, y sin levantar la sesión, acordóse consultar á un jurisperito, á ver qué recetaba.

Cuando Antonia volvió de la consulta, más pálida que de costumbre, de cada tenducho y de cada cuarto bajo salían mujeres en pelo á preguntarle noticias, y se oían exclamaciones de horror. ¡La ley, en vez de protegerla, obligaba á la hija de la víctima á vivir

bajo el mismo techo, maritalmente, con el asesino!

—¡Qué leyes, divino Señor de los cielos! ¡Así los bribones que las hacen las aguantaran!—clamaba indignado el coro.—¿Y no habrá algún remedio, mujer, no habrá algún remedio?

—Dice que nos podemos separar... después de una cosa que le llaman divorcio.

—¿Y qué es divorcio, mujer?

—Un pleito muy largo.

Todas dejaron caer los brazos con desaliento: los pleitos no se acaban nunca, y peor aún si se acababan, porque los pierde siempre el inocente y el pobre.

—Y para eso—añadió la asistenta—tenía yo que probar antes que mi marido me daba mal trato.

¡Aquí de Dios! ¿Pues aquel tigre no le había matado á la madre? ¿Eso no era mal trato, eh? ¿Y no sabían hasta los gatos que la tenía amenazada con matarla también?

—Pero como nadie lo oyó... Dice el abogado que se quieren pruebas claras...

Se armó una especie de motín; había mujeres determinadas á hacer, decían ellas, una exposición al mismísimo rey, pidiendo contra-indulto; y, por turno, dormían en casa de la asistenta, para que la pobre mujer pudiese conciliar el sueño. Afortunadamente, el tercer día llegó la noticia de que el indulto era temporal, y al presidiario aún le quedaban algunos años de arrastrar el grillete. La noche que lo supo Antonia fué la primera en que no se enderezó en la cama, con

los ojos desmesuradamente abiertos, pidiendo socorro.

Después de este susto, pasó más de un año y la tranquilidad renació para la asistenta, consagrada á sus humildes quehaceres. Un día, el criado de la casa donde estaba asistiendo, creyó hacer un favor á aquella mujer pálida, que tenía su marido en presidio, participándole cómo la reina iba á parir, y habría indulto, de fijo.

Fregaba la asistenta los pisos, y al oír tales anuncios soltó el estropajo, y descogiendo las sayas que traía arrolladas á la cintura, salió con paso de autó-mata, muda y fría como una estatua. A los recados que le enviaban de las casas, respondía que estaba enferma, aunque en realidad sólo experimentaba un anonadamiento general, un no levantársele los brazos á labor alguna. El día del regio parto contó los cañonazos de la salva, cuyo estampido le resonaba dentro del cerebro, y como hubo quien le advirtió que el vástago real era hembra, comenzó á esperar que un varón habría ocasionado más indultos. Además, ¿por qué le había de coger el indulto á su marido? Ya le habían indultado una vez, y su crimen era horrendo; matar á la indefensa vieja que no le hacía daño alguno, todo por unas cuantas tristes monedas de oro! La terrible escena volvía á presentarse ante sus ojos: ¿merecía indulto la fiera que asestó aquella tremenda cuchillada? Antonia recordaba que la herida tenía los labios blancos, y parecía ver la sangre cuajada al pié del catre.

Se encerró en su casa, y pasaba las horas sentada en una silleta junto al fogón. ¡Bah! si habían de matarla, mejor era dejarse morir.

Sólo la voz plañidera del niño la sacaba de su ensimismamiento.

—Mi madre, tengo hambre. Mi madre, ¿qué hay en la puerta? ¿Quién viene?

Por último, una hermosa mañana de sol se encogió de hombros, y tomando un lío de ropa sucia, echó á andar camino del lavadero. A las preguntas afectuosas respondía con lentos monosílabos, y sus ojos se posaban con vago extravío en la espuma del jabón que le saltaba al rostro.

¿Quién trajo al lavadero la inesperada nueva, cuando ya Antonia recogía su ropa lavada y torcida é iba á retirarse? ¿Inventóla alguien con fin caritativo, ó fué uno de esos rumores misteriosos, de ignoto origen, que en vísperas de acontecimientos grandes para los pueblos ó los individuos, palpitan y susurran en el aire? Lo cierto es que la pobre Antonia, al oirlo, se llevó instintivamente la mano al corazón, y se dejó caer hacia atrás sobre las húmedas piedras del lavadero.

—¿Pero de veras murió?—preguntaban las madrugadoras á las recién llegadas.

—Sí, mujer...

—Yo lo oí en el mercado...

—Yo en la tienda...

—¿A tí quién te lo dijo?

—A mí, mi marido.

—¿Y á tu marido?

—El asistente del capitán.

—¿Y al asistente?

—Su amo...

Aquí ya la autoridad pareció suficiente, y nadie quiso averiguar más, sino dar por firme y valedera la noticia. ¡Muerto el criminal, en vísperas de indulto, antes de cumplir el plazo de su castigo! Antonia la asistente alzó la cabeza, y por primera vez se tiñeron sus mejillas de un sano color, y se abrió la fuente de sus lágrimas. Lloraba de gozo, y nadie de los que la miraban se escandalizó. Ella era la indultada; su alegría justa. Las lágrimas se agolpaban á sus lagrimales, dilatándole el corazón, porque desde el crimen se había *quedado cortada*, es decir, sin llanto. Ahora respiraba anchamente, libre de su pesadilla. Andaba tanto la mano de la Providencia en lo ocurrido, que á la asistente no le cruzó por la imaginación que podía ser falsa la nueva.

Aquella noche, Antonia se retiró á su casa más tarde que de costumbre, porque fué á buscar á su hijo á la escuela de párvulos, y le compró rosquillas de *ginete*, con otras golosinas que el chico deseaba hacía tiempo, y ambos recorrieron las calles, parándose ante los escaparates, sin ganas de comer, sin pensar más que en beber el aire, en sentir la vida y en volver á tomar posesión de ella.

Tal era el enajenamiento de Antonia, que ni repa-

ró en que la puerta de su cuarto bajo no estaba sino entornada. Sin soltar de la mano al niño, entró en la reducida estancia que le servía de sala, cocina y comedor, y retrocedió atónita viendo encendido el candil. Un bulto negro se levantó de la mesa, y el grito que subía á los labios de la asistenta se ahogó en la garganta.

Era él; Antonia, inmóvil, clavada al suelo, no le veía ya, aunque la siniestra imagen se reflejaba en sus dilatadas pupilas. Su cuerpo yerto sufría una parálisis momentánea; sus manos frías soltaron al niño, que aterrado se le cogió á las faldas. El marido habló:

—¡Mal contabas conmigo ahora!—murmuró con acento ronco, pero tranquilo; y al sonido de aquella voz, donde Antonia creía oír vibrar aún las maldiciones y las amenazas de muerte, la pobre mujer, como desencantada, despertó, exhaló un ¡ay! agudísimo, y cogiendo á su hijo en brazos, echó á correr hacia la puerta. El hombre se interpuso.

—¡Eh... chst! ¿A dónde vamos, patrona?—silabeó con su ironía de presidiario.—¿A alborotar el barrio á estas horas? ¡Quieto aquí todo el mundo!

Las últimas palabras fueron dichas sin que las acompañase ningún ademán agresivo, pero con un tono que heló la sangre de Antonia. Sin embargo, su primer estupor se convertía en fiebre, la fiebre lúcida del instinto de conservación. Una idea rápida cruzó por su mente; ampararse del niño. ¡Su padre no le conocía,

pero al fin era su padre! Levantóle en alto y le acercó á la luz.

—¿Ese es el chiquillo?—murmuró el presidiario. Y descolgando el candil, llególo al rostro del chico. Este guiñaba los ojos, deslumbrado, y ponía las manos delante de la cara como para defenderse de aquel padre desconocido, cuyo nombre oía pronunciar con terror y reprobación universal. Apretábase á su madre, y ésta, nerviosamente, le apretaba también, con el rostro más blanco que la cera.

—¡Qué chiquillo feo!—gruñó el padre, colgando de nuevo el candil.—Parece que lo chuparon las brujas.

Antonia, sin soltar al niño, se arrimó á la pared, pues desfallecía. La habitación le daba vueltas alrededor, y veía unas lucecitas azules en el aire.

—A ver, ¿no hay nada de comer aquí? pronunció el marido.

Antonia sentó al niño en un rincón, en el suelo, y mientras la criatura lloraba de miedo, conteniendo los sollozos, la madre comenzó á dar vueltas por el cuarto, y cubrió la mesa con manos temblorosas; sacó pan, una botella de vino, retiró del hogar una cazuela de bacalo, y se esmeraba, sirviendo diligentemente, para aplacar al enemigo con su celo. Sentóse el presidiario y empezó á comer con voracidad, menudeando los tragos de vino. Ella permanecía de pié, mirando, fascinada, aquel rostro curtido, afeitado y seco que relucía con ese barniz especial del presidio. Él llenó el vaso una vez más y la convidó.

—No tengo voluntad...—balbució Antonia; y el vino, al reflejo del candil, se le figuraba un coágulo de sangre.

Él lo despachó encogiéndose de hombros, y se puso en el plato más bacalao, que engulló ávidamente, ayudándose con los dedos y mascando grandes cortezas de pan. Su mujer le miraba hartarse, y una esperanza sutil se introducía en su espíritu. Así que comiese, se marcharía sin matarla; ella, después cerraría á cal y canto la puerta, y si quería matarla entonces, el vecindario estaba despierto y oiría sus gritos. ¡Sólo que, probablemente, le sería imposible á ella gritar! Y carraspeó para afianzar la voz. El marido, apenas se vió saciado de comida, sacó del cinto un cigarro, lo picó con la uña y encendió sosegadamente el pitillo en el candil.

—¡Chst!... ¿A dónde vamos?—gritó, viendo que su mujer hacía un movimiento disimulado hacia la puerta.—Tengamos la fiesta en paz.

—A acostar el pequeño—contestó ella sin saber lo que decía; y refugióse en la habitación contigua, llevando á su hijo en brazos. De seguro que el asesino no entraría allí. ¿Cómo había de tener valor para tanto? Era la habitación en que había cometido el crimen, el cuarto de su madre: pared por medio dormía antes el matrimonio; pero la miseria que siguió á la muerte de la vieja, obligó á Antonia á vender la cama matrimonial y usar la de la difunta. Creyéndose en salvo, empezaba á desnudar al niño, que ahora se

atrevía á sollozar más fuerte, apoyado en su seno; pero se abrió la puerta y entró el presidiario.

Antonia le vió echar una mirada oblicua en torno suyo, descalzarse con suma tranquilidad, quitarse la faja, y, por último, acostarse en el lecho de la víctima. La asistenta creía soñar; si su marido abriese una navaja, la asustaría menos quizás que mostrando tan horrible sosiego. Él se estiraba y revolvía en las sábanas, apurando la colilla y suspirando de gusto, como hombre cansado que encuentra una cama blanda y limpia.

—¿Y tú?—exclamó dirigiéndose á Antonia.—¿Qué haces ahí quieta como un poste? ¿No te acuestas?

—Yo... no tengo sueño—tartamudeó ella, dando diente con diente.

—¿Qué falta hace tener sueño? ¿Si irás á pasar la noche de centinela?

—Abí... ahí... no... cabemos... Duerme tú... Yo aquí, de cualquier modo...

Él soltó dos ó tres palabras gordas.

—¿Me tienes miedo ó asco, ó qué rayo es esto? A ver cómo te acuestas, ó si no...

Incorporóse el marido, y extendiendo las manos, mostró querer saltar de la cama al suelo. Mas ya Antonia, con la docilidad fatalista de la esclava, empezaba á desnudarse. Sus dedos apresurados rompían las cintas, arrancaban violentamente los corchetes, desgarraban las enaguas. En un rincón del cuarto se oían los ahogados sollozos del niño...

Y el niño fué quien, gritando desesperadamente, llamó al amanecer á las vecinas, que encontraron á Antonia en la cama, extendida, como muerta. El médico vino aprisa, y declaró que vivía, y la sangró, y no logró sacarle gota de sangre. Falleció á las veinticuatro horas, de muerte natural, pues no tenía lesión alguna. El niño aseguraba que el hombre que había pasado allí la noche la llamó muchas veces al levantarse, y viendo que no respondía, echó á correr como un loco.



II.

Travesura pontificia.

La gente rutinaria, que piensa por patrón, medida y compás, suele imaginarse á los Papas como unos hombres abstraídos, formalotes, serios, encorvados y agobiados á manera de cariátides bajo el peso de la Cristiandad entera que gravita sobre sus espaldas; hombres, en fin, que se pasan la vida en la actitud hierática de sus retratos, juntando las palmas para orar ó extendiendo la diestra para bendecir. Y la verdad es que los Papas, cuya virtud, de puro grande, presenta caracteres infantiles, son personas de festivo humor, de angelical alegría, de ingenio salado, que gustan de ejercitar en la intimidad; y no por acercarse á santos se creen obligados á mantenerse rígidos y

tiosos, lo mismo que si se hubiesen tragado un molinillo, ni á estarse con la boca abierta para que se les cuelen dentro las moscas. Los Papas ven, ¡y desde una legua!; sienten crecer la hierba, ¡y con qué finura!; lo observan todo, ¡con cuánta penetración!; y se ríen, ¡con qué humana y discreta risa! ¿Y por qué no se habían de reir?, pregunto yo. En verdad os digo, hermanos, que la seriedad y la formalidad sistemáticas son condiciones distintivas del borrico. Se dan casos de que asomen lágrimas á los ojos de los irracionales: nunca se ha visto que la luz de la risa alumbre su faz cerrada é inmóvil. La risa es la razón, la risa es el alma.

No creáis, sin embargo, que el reir papal se parece á esa carcajada descompuesta, bárbara y convulsiva, que se manifiesta en grotescas gesticulaciones, obligando á apretarse con las manos el hipocondrio, á descuadernarse las costillas y á desencajarse las mandíbulas. La risa de los Papas apenas rebasa algún tanto los límites de la sonrisa; pero notad que la sonrisa propiamente dicha suele ser melancólica, y desde que se convierte en risa, ó manifiesta únicamente el contento, ó la fina sal de la malicia observadora. La melancolía tiene un dejo de amargura, misantropía, aburrimiento y pesimismo: y como los Papas, rodeados de tanto amor, asistidos por el espíritu de caridad, no son nunca amargos ni misántropos, y les cercan demasiadas ocupaciones para que les sobre tiempo de aburrirse, de ahí que no conozcan la me-

lancolía, ese infecundo amargor psíquico, destilado en nosotros por la doble hiel de nuestro hígado y de nuestras decepciones. Como, por otra parte, los Papas son gente de talento, de altísima posición, conocedores de la sociedad, depósito y arca de experiencia, su templada risa encierra la suma filosofía de la vida mundanal.

Estas observaciones referentes á los Papas me las sugiere la anécdota que voy á referir, y que cuenta ya bastantes años de fecha, pues no ocurrió en el actual Pontificado, sino en otro, cuando la soberanía pontificia se encontraba en todo su auge y esplendor.

El Excmo. Sr. D. Inocencio Pavón, nacido en Asturias y recriado en Madrid, á la sombra de las alas de un conspicuo personaje moderado, había obtenido, después de varios tumbos por el mundo oficinesco y oficial español, y mediante influencias y gestiones que no nos importan un bledo, asumir en la corte pontificia la representación de tres ó cuatro repúblicas hispano-americanas, de las más chicas y pobres, y de las más nacientes é informes en aquel período. Con esto, el Sr. de Pavón se tenía por tan embajador como el más pintado; y no le hablasen á él de que ningún hombre nacido le ganase la palma en embajadear. A los individuos del cuerpo consular los miraba desdeñoso y compadecido, y aspiraba á no tratarse, alternar, ni cruzar palabra sino con los plenipotenciarios de las grandes potencias. Desgraciadamente, estos señores gastaban unos hombros tan altos, una cara tan

seria y acartonada, unas patillas tan dignas y simétricas, unos bigotes tan peinados y correctos, y una mirada tan distraída, que era cosa de jurar que ni veían al resto de la humanidad que no desempeña embajadas. La tiesura del embajador británico; la aristocrática impertinencia del austriaco; las formas confianzudas pero protectoras y humillantes del español; la desembozada grosería del francés, teníanlas nuestro Pavón sentadas en la boca del estómago, y no había cataplasma que se las quitase. Al mismo tiempo las estudiaba como se estudia un arte, para aplicar á los inferiores, cuando le tocaba su vez, tantos modos de desdenar y de darse tono diplomáticamente.

Había que ver á Pavón cuando, revestido de un uniforme de capricho, elegido entre varios modelos, á cual más bordado y recamado, asistía á las recepciones en la logia vaticana, ó acudía á las privadas audiencias que á cada triquitraque acostumbraba demandar al Pontífice. No le faltaban nunca pretextos para dar jaqueca al Papa. Como las republiquetas que representaba Pavón estaban en vías de constituirse, y siempre andaban engarfiñadas por asunto de límites, fronteras y territorios, sucedía que hoy, verbigracia, acudiese Pavón á exponer las quejas de una república, y mañana á esforzar argumentos contrarios en favor de su rival; todo ejecutado con la imparcialidad más estricta y la solemnidad más profunda, sin que el Papa se diese nunca por entendido de que Pavón le estaba diciendo y rogando lo contrario de lo que la víspera

le dijera y rogara. También solía Pavón llevar á la Cámara pontificia cuestiones de fuero y organización eclesiástica, distribución de parroquias, provisión de sedes episcopales y otras del mismo jaez. Para semejantes casos tenía Pavón estudiadas y aprendidas al dedillo ciertas fórmulas oratorias muy sonoras é imponentes, como si de legua arriba ó legua abajo de un obispado *in partibus*, ó de una parroquia más ó menos en el valle de Pachacamac, dependiese la solución de algún conflicto internacional muy peliagudo, ó la salvación del orbe cristiano. «Reclamo toda la atención de Su Santidad y la del señor Cardenal secretario de Estado, acerca de este punto arduo y delicadísimo... El problema que me trae á vuestros pies, Padre Santísimo, es de aquellos que sólo una prudencia exquisita resuelve de un modo satisfactorio... Hoy nos toca dilucidar materias altamente importantes...», etcétera, etc.

A cada uno de estos delicadísimos asuntos que arreglaba diciendo por fin *amén*, y accediendo completamente á las indicaciones del Vicario de Cristo, Pavón, que ya poseía todas las cruces españolas, era agraciado con alguna orden ó condecoración pontificia. Sin embargo, como el número de éstas no es infinito, fueron agotándose, y finalmente se concluyeron. Al presentarse una ocasión nueva de recompensar los servicios, el celo y la diplomacia de Pavón, el Cardenal secretario de Estado hubo de preguntar al Papa:

—Santidad, yo no sé qué vamos á ofrecer á este

benedetto Pavón, porque él se eterniza en su puesto; lleva en Roma cinco años, y no le falta ninguna distinción, cruz ó cinta. Padre Santo, ¿qué le daríamos?

—Queda de mi cuenta: yo discurriré lo que se le ha de dar,—contestó tranquilamente el Sumo Pontífice.

En efecto: la primera vez que se apareció Pavón por el Vaticano á presentar sus respetos al Papa, éste, llamándole con afectuosa familiaridad al hueco de una inmensa ventana,—que domina los jardines deliciosos donde hoy León XIII tiende redes á los pájaros,—sacó del bolsillo una cajita, y de la cajita preciosa tabaquera de oro. Ligero círculo de brillantes rodeaba la tapa, haciendo resaltar el primoroso esmalte de la miniatura donde sonreía la cara bondadosa y plácida del Pontífice. El Papa estaba lo que se dice hablando; las perfectas facciones de su rostro, pintiparadas para una medalla; su frente nítida, que destellaba inteligencia; los mechones argentados del cabello escapándose de la suave presión del solideo blanco; los ojos reidores, benévolos, con su toquecillo malicioso allá en el fondo de las niñas; hasta los armiños y el terciopelo rojo de la muceta, todo resaltaba en la obra de arte. La cual, aparte de valer un tesoro por su mérito intrínseco, suponía como regalo la más cortés y exquisita atención, porque nada agradaba tanto á Su Santidad como absorber una pulgarada de tabaco fino, y se refería que en cierta ocasión, habiendo ofrecido un polvo de rapé á un Cardenal, y contestándole éste que «no tenía semejante vicio,» el Papa hubo de re-

plicar: «¡Ah!, el tabaco no es vicio, que si fuese vicio, lo tendríais.» ¿Qué mayor obsequio de parte del Papa que el regalo de una tabaquera? Pavón se confundió y deshizo en expresiones de gratitud, y en protestas de su indignidad para merecer favor semejante.

Al otro día el Papa preguntó al Cardenal secretario:

—¿Qué tal nuestro Pavón? Supongo que no estará descontento.

—¡Descontento! ¡Ah, Santitá! ¿Cómo descontento? ¡Pues si está loco, trastornado; si no sabe lo que le pasa! De tal manera le ha sorbido el seso y aturullado la nueva distinción, que ha llegado al extremo...

—¿De qué?

—De preguntarme... Adivine Su Santidad lo que me habrá preguntado.

—¿Para qué sirve la tabaquera?

—Mucho más, mucho más... ¡De qué color es la cinta!

—La cinta... ¿para colgarla?

—Justo.

Más luminosa y jovial que nunca, retozó la risa del Papa sobre sus correctas facciones, prestando brillo singular á sus claros y áureos ojos.

—¡La cinta para colgarla! (repitió): ¡Dio! *É molto semplice*. No había más que responderle... «Color de tabaco.»

El Secretario de Estado, sin poderse reprimir, lanzó una carcajada suave y melodiosa, que brotó de entre sus blancos dientes como el agua de una fontana de mármol antiguo. Tampoco el Cardenal secretario era capaz de reirse con espasmos brutales, ni más ni menos que un gañán, y su fina risa armonizaba bien con su tipo prelaical, pulcro y elegante, su sotana divinamente cortada y airosamente ceñida por la faja de seda roja, su pié largo y calzado al primor, su fisonomía sagaz y melosa de diplomático italiano. Pasado aquel minuto de broma, el Papa y el Secretario se consagraron al despacho de graves asuntos, y no se habló más de Pavón ni de su tabaquera.

Pero el primer día de recepción solemne en el Vaticano, el Cardenal y el Pontífice cruzaron una ojeada rápida, vivísima, viendo entrar al Sr. D. Inocencio, todo resplandeciente de cruces, estrellas y placas. Su pecho era un calvario, y deslumbraba por su magnificencia. Y entre tanto colgajo y brillete, uno sobre todo atraía la atención, la curiosidad y acaso la envidia de los circunstantes, sorprendidos é ignorando qué significaba aquella condecoración novísima. Era,—pendiente de ancha cinta de seda color de tabaco maduro,—la caja de rapé del Papa, cegando la vista con su círculo de brillantes, y ostentando en su centro la hermosa cabeza pontificia.

¿Duraron mucho tiempo la broma y los comentarios de este episodio? ¿Trascendieron al público? Mal conocería el Vaticano quien tal pensase. El Vaticano

es la discreción y la sobriedad misma. Si se perdiesen las buenas tradiciones y los selectos moldes de la diplomacia y la cortesanía, volverían á encontrarse en el Vaticano. Allí no se conciben guasas pesadas (indicio evidente de pésimo gusto y de rústica educación), ni se concede á las humanas flaquezas, previstas, adivinadas y perdonadas de antemano, mayor atención que la de un discreto cuchicheo. El que quiera aprender tacto y mundología, al Vaticano debe acudir para que lo descortecen con el ejemplo. Si los clérigos zafios y los fanáticos radicales de nuestros partidos extremos fuesen capaces de suavizarse, en el Vaticano se haría milagro tan asombroso.

A los pocos meses de haberse presentado Pavón con su tabaquera colgada, se ofreció nuevamente el caso de tener que recompensar de algún modo sus servicios. De esta vez, el Cardenal secretario manifestó al Papa que él, por su parte, renunciaba á discurrir lo que podría Su Santidad ofrecer á Pavón. El Papa, con su habitual serenidad, anunció que se disponía á enviar sin tardanza alguna á casa de D. Inocencio una pequeña muestra de su gratitud y del aprecio en que tenía su celo y actividad en pro de la Santa Sede. Muerto de curiosidad andaba el Secretario de Estado por averiguar en qué consistía la pontificia dádiva; pero el Papa, con picardía de chiquillo y reserva de soberano, cerraba su boca ó desviaba la conversación al traerla el Cardenal hacia ese punto. Sólo pudieron sacarle unas palabras:

—Lo que le he dado á Pavón... ¡Ah! Espero que es cosa que no podrá colgársela.

Por fin, el Cardenal, intrigadísimo, se resolvió á hacer á Pavón una visita en toda regla, por ver si lograba esclarecer el misterio. Y apenas entró en la sala, cuando distinguió un objeto, que indudablemente era el regalo pontificio. Aquella inmensa consola, con acanaladas y doradas patas al estilo del Imperio de Bonaparte; con su inmenso tablero de mosaico, donde se desplegaban en semicírculo el Panteón, el Coliseo, la columnata de Bernino, el Acqua Paola, la Mole Adriana y demás monumentos universalmente célebres de Roma, era, claro está, la fineza ideada por el Vicario de Cristo para que á Pavón no se le ocurriese colgársela del pescuezo.

Apenas fué admitido á presencia del Papa, el Secretario dijo chuscamente:

—Padre Santo, he tenido el gusto de admirar el presente que Vuestra Santidad ha ofrecido al *signor Pavone*. *Bella cosa*. Sólo que de esta vez no me ha preguntado el color de la cinta.

—Pues si pregunta, no hay que asombrarse ni aturdirse, sino responder que es color de cable,—advirtió benignamente el augusto Anciano, que con su niveo traje, y el sonrosado color de sus mejillas, y la irradiación casi lumínica de su rostro, parecía un arcángel volando por cima de las miserias terrenales y las pequeñeces de la vanidad.



III.

Fuego á bordo.

Cuando salimos del puerto de Marineda—serían, á todo ser, las diez de la mañana—no corría temporal; sólo estaba la mar rizada y de un verde... vamos, uu verde sospechoso. A las once servimos el almuerzo, y fueron muchos pasajeros retirándose á sus camarotes, porque el oleaje, no bien salimos á alta mar, dió en ponerse grueso, y el buque cabeceaba de veras. Algunos del servicio nos reunimos en el comedor, y mientras llegaba la hora de preparar la comida, nos divertíamos en tocar el acordeón y hacer hablar al pinche, un negrito muy feo: y nos reíamos como locos, porque el negro con las cabezadas de la embarcación y sus propios saltos, se daba mil cosco-

rrones contra el tabique. En esto uno de los muchachos camareros, que les dicen *stwarts*, se llega á mí.

—Cocinero, dos fundas limpias, que las necesito.

—Pues vaya V. al ropero, y cójalas, hombre.

—Allá voy.

Y sin más, entra y enciende un cabo de vela para escoger las fundas.

¡Aquel cabo de vela! Nadie me quitará de la cabeza que el condenado... Dios me perdone, el infeliz del camarero lo dejó encendido, arrimado á los montones de ropa blanca. Como un barco grande requiere tanta blancura, además de las estanterías llenas y atestadas de manteles, sábanas y servilletas, había en el *San Gregorio* rimeros de paños de cocina, altos así, que llegaban á la cintura de un hombre. Por fuerza el cabo se quedó pegadito á uno de ellos, ó cayó de la mesa, encendido, sobre la ropa. En fin, era nuestra suerte, que estaba así preparada.

Yo no sé qué cosa me daba á mí el cuerpo ya cuando salimos de Marineda. Siempre que embarco estoy ocho días antes alegre como unas castañuelas, y hasta parece que me pide el cuerpo algo de broma con los amigos y la familia. Pues de esta vez... tan cierto como que nos hemos de morir... tenía yo el viaje atravesado en el gznate, y ni reía ni apenas hablaba. La víspera del embarque le dije á mi esposa:

—Mujer, mañana tempranito me aplancharás una camisola, que quiero ir limpio á bordo.

Por la mañana entró con la camisola, y le dije:
—Mujer, tráeme el pequeño que mama.

Vino el chiquillo y le dí un beso, y mandé que me lo quitasen pronto de allí, porque las entrañas me dolían y el corazón se me subía á la garganta. También la víspera fuí á casa del segundo oficial, el señorito de Armero, y estaba la familia á la mesa; y la madre, que es así una señora muy franca, no ofendiendo lo presente, me dijo:

—Tome V. esta yema, Salgado.

—Mil gracias, señora, no tengo voluntad.

—Pues lléveles éstas á los niños... ¿Y qué le pasa á V., que está qué sé yo cómo?

—Pasar, nada.

—¿Y qué le parece del viaje, Salgado?

—Señora, la mar está bella, y no hay queja del tiempo.

—No, pues V. no las tiene todas consigo. Le noto algo en la cara.

Para aquel viaje había yo comprado todos los chismes del oficio: por cierto que en la compra se me fué lo último que me quedaba: setenta duretes. Los chismes eran preciosos: cuchillos de lo mejor, moldes superiores, herramientas muy finas de picar y adornar; porque en el barco, ya se sabe: le dan á uno buena batería de cocina, grandes cazos y sartenes, carbón cuanto pida, y víveres á patadas; pero ciertas monaditas de repostería y de capricho, si no se lleva con qué hacerlas... Y como yo tengo este pundonor

de que me guste sobresalir en mi arte y que nadie me pueda enseñar un plato... Por cierto que esta vanidad fué mi perdición cuando sostuve *restaurant* abierto. Me daba vergüenza que estuviese desairado el escaparate, sin una buena polla en galantina, ó solomillo mechado, ó jamón en dulce, ó chuletas bien panadas y con su penachito de papel en el hueso... Y los parroquianos no acudían; y los platos se morían de viejos allí; y cuando empezaban á oler, nos los comíamos por recurso: mis chiquillos andaban mantenidos con trufas y jamón, y el bolsillo se desangraba... Si no levanto el *restaurant* no sé qué sería de mí: de manera que encontrar colocación en el barco y admitirla fué todo uno. Pensaba yo para mi chaleco: —Animo, Salgado: de veintiocho duros que te ofrecen al mes, mal será que no puedas enviarle doce ó quince á la familia. No es la primera vez que te embarcas: vámonos á Manila: ¿quién sabe si allí te ajustas en alguna fonda y te dan mil ó mil quinientos reales mensuales y eres un señor? Lo dicho: la suerte, que arregla á su modo nuestros pasos... Estaba de Dios que yo había de perder mis chismes, y pasar lo que pasé, y volver á Marineda.

¿En qué íbamos? Sí, ya me acuerdo; faltaría hora y media para la comida, cuando nos pareció que salía humo por la puerta del ropero. El que primero lo notó no se atrevía á decirlo: nos mirábamos unos á otros, y nadie rompía á gritar. Por fin, casi á un tiempo, chillamos:

—¡Fuego! ¡Fuego á bordo!

—Mire V., no cabe duda: lo peor, en esos momentos en que suceden cosas horribles, es aturdirse y perder la sangre fría. Si cuando corrió el aviso se pudiese dominar el pánico y mantener el orden; si media docena de hombres serenos tomasen la dirección imponiéndose, y aislasen el fuego en las tripas del barco, estoy seguro de que el siniestro se evitaba. Yo que todo lo presencié, que no perdí detalle, puedo jurar que no entiendo cómo en un minuto se esparció la noticia y ya no se vieron sino gentes que corrían de aquí para allí, locas de miedo. Para mayor desdicha empezaba á anochecer, y la mar cada vez más gruesa y el temporal cada vez más recio aumentaban el susto. Aquello se convirtió en una Babel, donde nadie se entendía, ni obedecía á las voces de mando.

El capitán, que en paz descansa, era un mallorquín de pelo en pecho, valentón, y no tiene que dar cuenta á Dios de nada, pues el pobrecillo hizo cuanto estuvo en su mano, pero le atendían bien poco. Acaso debió levantar la tapa de los sesos á alguno para que los demás aprendiesen: bueno, no lo hizo: él fué el primero á pagarlo: ¡cómo ha de ser! Nos metimos él y yo por el corredor de popa, con objeto de ver qué importancia tenía el incendio: y apenas abrimos la puerta de hierro, nos salió al paso tal columna de humo y tal velo de llamas, que apenas tuvimos tiempo á retroceder, cerrar y apoyarnos, chamuscados y á medio asfixiar, en la pared. Yo le grité al capitán:

—Don Raimundo, mire que se deben cerrar también las puertas de hierro á la parte de proa.

Él daría la orden á cualquiera de los que andaban por allí atortolados: puede que al tercero de á bordo: no sé: lo cierto es que no se cumplió, y en no cumplirse estuvo la mitad de la desgracia. Nosotros, á toda prisa, nos dedicamos á refrescar con chorros de agua las puertas de hierro, para que el horno espantoso de dentro no las fundiese y saltasen dejando paso á las llamas. ¿De qué nos sirvió? Lo que no sucedió por allí sucedió por otro lado. Nos pasamos no sé cuánto tiempo remojando la placa, envueltos en humareda y vapor: mas al oír que por la proa salían las llamas ya, se nos cansaron los brazos, y huyendo de aquel infierno pasamos á la cubierta.

Verdaderamente cesó desde entonces la batalla con el fuego y las esperanzas de atajarlo, y no se pensó más que en el salvamento; en librar, si era posible, la piel: eso, los que aún eran capaces de pensar; porque muchísimos se tiraron en el suelo, ó se metieron á arrancarse el pelo por los rincones ó se quedaron hechos estátuas, como el tercero de á bordo, que tan pronto se declaró el incendio se sentó en un rollo de cuerdas y ni dijo media palabra, ni se meneó, ni soñó en ayudarnos.

A las dos horas de notarse el fuego, la máquina se paró. Si no se pára tenemos la salvación casi segura: ardiendo y todo, llegaríamos al puerto. Lo que recelábamos era que el vapor comprimido y sin des-

ahogo hiciese estallar la caldera. Todos preguntábamos al *engineer*, un inglés muy tieso, muy callado y con un corazón más grande que la máquina. No se meneaba de su sitio, ni se demudó poco ni mucho: abrió todas las válvulas, y nos dijo con flema:

—Mi responde con mi *head*, máquina *very-good*, seguros por ella no explosión.

Al ver que la pobre de la máquina se paraba, nos quedamos si cabe más aterrados; no creíamos que el incendio llegase hasta donde, por lo visto, llegaba ya: comprendimos que el fuego no estaba localizado y contenido, sino que era dueño de todo el interior del buque y no había más remedio que cruzarse de brazos y dejarle hacer su capricho.

—¡Barco perdido, D. Raimundo!— dije al capitán.

—Barco perdido, Salgado.

—¿Y nosotros?

—Perdidos también.

—Esperanza en Dios, D. Raimundo.

Y él se echó las manos á la cabeza y dijo de un modo que nunca se me olvida:

—¡Dios!

Yo no sé qué le habíamos hecho á Dios los trescientos cristianos que en aquel barco íbamos; pero algún pecado muy gordo debió de ser el nuestro, para que así nos juntase castigos y calamidades. De cuantas noches de temporal recuerdo—y mire V. que algo se ha navegado—ninguna más atroz, más furiosa que aquella noche. Una marejada frenética: el barco no se

sostenía: ola por aquí, ola por acullá: montes de agua y de espuma que nos cubrían: ya no era balancearse; era despeñarse, caer en un precipicio: parecía que la tormenta gozaba en movernos y abanicarnos para avivar el incendio. Soplaban un viento iracundo; llovía sin cesar: y la noche tan negra, tan negra, que sobre cubierta no nos veíamos las caras. Unos lloraban de tal modo que partía el corazón; otros blasfemaban; muchos decían:—¡Ay mis pobres hijos!—No entiendo cómo el timonel era capaz de estarse tan quieto en su puesto de honor, manteniendo fijo el rumbo del barco para que no rodase como una pelota por aquel mar loco.

Pronto empezaron á alumbrarnos las llamas, que salían por la proa no ya á intervalos, sino continuamente, igual que si desde adentro las soplasen con fuelles de fragua. Lo tremendo de la marejada hizo que no se pensase en esquifes; meterse en ellos, se reducía á adelantar la muerte. En esto gritaron que se veía embarcación á sotavento.

¡Un buque! Desde que se declaró el incendio no habíamos cesado de disparar cohetes y fuegos de bengala con objeto de que los buques, al pasar cerca de nosotros, comprendiesen que el barco incendiado contenía gente necesitada de socorro. Y vea V. cómo Dios, á pesar de lo que dije antes, nunca amontona todas las desgracias juntas. Aún tenemos que agradecerle que el sitio del siniestro es un punto de cruce, donde se encuentran los barcos que hacen rumbo al

Atlántico y al Mediterráneo. Pocas millas más adelante ya no sería fácil hallar quien nos socorriese.

Al ver el buque, la gente se alborotó, y los más resueltos arriaron los esquifes en un minuto. Allí no había capitán, ni oficiales, ni autoridad de ninguna especie: los contraмаestres se cogieron al esquife mejor, y cabiendo en él treinta personas, resultó que lo ocuparon sólo cinco. Ya se sabe lo que hace el miedo á morir: ni se repara en peligro, ni hay compasión, ni prójimo. Sin mirar lo furioso del oleaje y lo imposible que era nadar allí, se echaron al mar muchísimas personas, por meterse en los esquifes. Aún parece que oigo las voces con que decían al contraмаestre:

—¡Espere, nuestro Nicolás, espere por la madre que lo parió; la mano, nuestro!

Y él, en su maldita jerga catalana, respondía:

—*No 'm fa rés; no 'm fa rés.*

Y cuando los infelices querían halarse al esquife y se agarraban á la borda, los de dentro, desenvainando los cuchillos, amenazaban coserles á puñaladas:

De esta vez hubo ya bastantes víctimas: los esquifes se alejaron y con ellos se fué nuestra esperanza. Después de recoger á aquellos primeros náufragos, el buque siguió su rumbo, porque no le permitía mantenerse al paio el temporal.

¡A todo esto, si viese V. cómo iba poniéndose la cubierta! Oíamos el roncar del incendio, que parecía el resoplido de un animalazo horrendo, y á cada instante esperábamos ver salir las llamas por el centro

del buque y hundirse la cubierta. Nos arrimábamos cuanto podíamos á la parte de popa, pues además el calor del suelo se hacía insoportable, y del piso de hierro cubierto con planchas de madera salían, por los agujeros de los tornillos, llamitas cortas, igual que si á un tiempo se inflamasen varias docenas de fósforos sembrados aquí y acullá. Ya ni el frío ni la obscuridad eran de temer: qué disparate! buena obscuridad nos dé Dios: la popa algunas veces estaba tan clara como un salón de baile: iluminación completa: daba gusto ver el horizonte cerrado por unas olas inmensas, verdes y negruzcas, que se venían encima, y sobre las cuales volaba una orillita de espuma más blanca que la nieve. También divisamos otro buque, un paquete de vapor, que se paraba, sin duda, para auxiliarnos. ¡Estaba tan lejos! Con todo, la gente se animó. El segundo, el señorito de Armero, se llegó á mí y me tocó en el hombro.

—Salgado, ¿puede V. bajar á la cámara? Necesito un farol.

—Mi segundo, estoy casi ciego... Con el calor y el humo, me va faltando la vista.

—Aunque sea á tientas... Quiero un farol.

Vaya, no sé yo mismo cómo gateé por las escaleras; la cámara era un horno, el farol todavía estaba encendido; lo descolgué y se lo entregué al segundo, convencido de que le daba el pasaporte para la eternidad, pues el esquiife en que él y otros cuantos se decidieron á meterse, era el más chico y estaba muy

deteriorado. Lo arriaron, y por milagro consiguieron sentarse en él sin que zozobrase. Entonces empezó la gente á lanzarse al mar para salvarse en el esquife, y pude notar que, apenas caían al agua, morían todos. Alguno se rompió la cabeza contra los costados del buque; pero la mayor parte, sin tropezar en nada, espiró instantáneamente. ¿Era que hervía el agua con el calor del incendio y los cocía? ¿Era que se les acababan las fuerzas? Lo cierto es que daban dos paladitas muy suaves para nadar, subían de pronto las rodillas á la altura de la boca, y flotaban cadáveres ya.

Los del esquife remaban desesperadamente hacia el barco salvador. Supe después que, á la mitad del camino, notaron que el esquife, roto por el fondo, hacía agua, y se sumergía; que pusieron en la abertura sus chaquetas, sus botas, cuanto pudieron encontrar; y no bastando aún, el señorito de Armero, que es muy resuelto, cogió á un marinerillo, lo sentó ó, por mejor decir, lo embutió en el boquete y le dijo (con perdón):

—¡No te menees y tapa con el...!

Gracias á lo cual llegaron al buque y les pudimos ver ascendiendo sobre cubierta. No sé si nos pesaba ó nó el habernos quedado allí sin probar el salvamento. ¡Los muertos ya estaban en paz, y los salvados... qué felices! El buque aquel tampoco se detenía; era necesario aguardar á que Dios nos mandase otro, y resistir como pudiésemos todo el tiempo que tardase. Es

verdad que nuestro *San Gregorio* aún podía durar. Al fin era un gran vapor de línea, con su cargamento, y daba qué hacer á las llamas. El caso era refugiarse en alguna esquina para no perecer asados.

Al capitán se le ocurrió la idea de trepar á la cofa del gran árbol de hierro, del palo mayor. Mientras el barco ardía, creyó él poder mantenerse allí, seguro y libre de las llamas, como un canario en su jaula. Yo, que le ví acercarse al palo, le cogí del brazo enseguida.

—No suba V., capitán; ¿pues no ve que el palo se tiene que doblar en cuanto se ponga candente?

El pobre hombre, enamorado del proyecto, daba vueltas al rededor del palo, estudiando su resistencia. Creo que si más pronto le anuncio la catástrofe, más pronto sucede. ¡El árbol... pim! se dobló de pronto, lo mismo que el dedo de una persona, y arrastrado por su peso, besó el suelo con la cima. Por listo que anduvo el capitán, como estaba cerca, un alambre candente de la plataforma le cogió el pié por cerca del tobillo, y se lo tronzó sin sacarle gota de sangre, haciendo á un tiempo mismo la amputación y el cauterio: respondo de que ningún cirujano se lo cortaba con más limpieza.

Le levantamos como se pudo, y colocando un sofá al extremo de la popa, le instalamos del mejor modo para que estuviese descansado. Se quejaba muy bajito, entre dientes, como si masticase el dolor, y medio le oí: ¡Mi pobre mujer! ¡mis hijitos queridos, qué será

de ellos! Pero de repente, sin más ni más, empezó á gritar como un condenado, pidiendo socorro y medicina. ¡Sí, medicina! ¡Para medicinas estábamos! Ya el fuego había llegado á la cámara, y á pesar del ruido de la tormenta, oíamos estallar los frascos del botiquín, la cristalería y la vajilla. Entonces el desdichado comenzó á rogar, con palabras muy tristes, que le echásemos al agua, y usando, por última vez, de su autoridad á bordo, mandó que le atásemos un peso al cuerpo. Nos disculpamos con que no había con que atarle: y él, que al mismo tiempo estaba sereno, recordó que en la bitácora existe una barra muy gruesa de plomo, porque allí no puede entrar hierro ni otro metal que haga desviar la aguja imantada. Por más que nos resistimos, fué preciso arrancarla, y colgársela del cuello: y como el peso era grande y le obligaba á bajar la cabeza, tuvo que sostenerlo con las dos manos, recostándose en el respaldo del sofá. Como llevaba en el bolsillo su rewólver, lo armó, y suplicó que le permitiesen pegarse un tiro y le arrojasen al mar después. ¡Naturalmente que nos opusimos! Le instamos para que dejase amanecer; con el día se calmaría la tormenta, y algún barco de los muchos que cruzaban nos salvaría á todos. Le porfiábamos y le hacíamos reflexiones de que el mayor valor era sufrir. Por último, desmontó y guardó el rewólver, declarando que lo hacía por sus hijos nada más. Se quejó despacito y se empeñó en que habíamos de buscar y enseñarle el pié que le faltaba. ¿Querrá V. creer que an-

duvimos trás del pié por toda la cubierta y no pudimos cumplirle aquel gusto?

Después del lance del capitán, ocurrió el del oficial tercero, y se me figura que de todos los horrores de la noche fué el que más me afectó. ;Lo que somos, lo que somos! Nada: una miseria. El tercero era un joven que tenía su novia, y había de casarse con ella al volver del viaje. La quería muchísimo, ¡vaya si la quería! Como que en el viaje anterior le trajo de Manila preciosidades, en pañuelos, en abanicos de sándalo, en cajitas, en mil monadas. No obstante... ó por lo mismo... en fin, qué sé yo! Desgracias y flaquezas de los mortales... el pobre andaba triste, preocupado, desde tiempo atrás. Nadie me convencerá de que lo que hizo no lo hizo *queriendo*, porque ya lo tenía pensado de antes y porque le pareció buena la ocasión de realizarlo. Si no, ¿qué trabajo le costaba intentar el salvamento con el señorito de Armero? Ya determinado á morir, tanto le daba de un modo como de otro, y al menos podía suceder que en el esquiife consiguiese librar la piel. Bien, no cavilemos. Él no dió señales de pretender combatir el fuego y mientras nosotros manejábamos el *caballo* y soltábamos mangas de agua contra las puertas, envueltos en llamas y humo, él quietecito y como atontado. Al marcharse el señorito de Armero, le llamó á la cámara, para entregarle su reloj,—un reloj precioso, con tapa de brillantes—y dos sortijas muy buenas también, encargándole que se las llevase á su novia como recuerdo

y despedida. Lo que yo digo: el hombre se encontraba resuelto á morir. Luego subió á popa, y le ví sentado, muy taciturno, con la cabeza entre las manos. A dos pasos me coloqué yo. Él se volvió y me dijo:

—Cocinero, ¿tiene V. ahí un cigarro?

—Mi oficial, sólo tengo picadura en el bolsillo del chaquetón... Pero éste tiene tabacos, de seguro...—añadí, señalando á un camarero que estaba allí cerca.—¿Querrá V. creer que el bruto del camarero se resistía á meter la mano en el bolsillo y soltar el cigarro? Animal—le grité—no seas tacaño ahora; ¿de qué te servirá el tabaco si vamos todos á perecer?—En vista de mis gritos, el hombre aflojó el cigarro. El tercero lo encendió, y daría, á todo dar, tres chupadas; á cada una le veía yo la cara con la lumbre del cigarro: un gesto que ponía miedo. A la tercer chupada, acercó á la sien el rewólver, y oímos el tiro. Cayó redondo, sin un *ay*.

Nadie se asustó, nadie gritó: casi puedo decir que nadie se movió: estábamos ya de tal manera, que todo nos era indiferente. Sólo el capitán preguntó desde el sofá:—¿Qué es eso? ¿qué ocurre?—El tercero que se acaba de levantar la tapa de los sesos.—¡Hizo bien!—De allí á poco rato, murmuró:—Echarle al mar.—Obedecemos y á ninguno se le ocurrió rezar el *Padre nuestro*.

¡Es que se vuelve uno estúpido en ocasiones semejantes! Figúrese V. que, en los primeros instantes, recogió el capitán, de la caja, seis mil duros y pico en

oro y billetes; seis mil duros y pico que anduvieron rodando por allí, sobre cubierta, sin que nadie les hiciese caso, ni los mirase. En cambio, al piloto se le había metido en la cabeza buscar el cuaderno de bitácora, y se desdichaba todo porque no daba con él, lo mismo que si fuese indispensable apuntar á qué altura y latitud dejábamos el pellejo. Pues otra rareza. En todo aquel desastre, ¿quién pensará V. que me infundía más lástima? El perro del capitán, un terranova precioso, que días atrás se había roto una pata y la tenía entablillada: el animalito, echado junto al timón, remedaba á su amo: los dos iguales, inválidos y aguardando por la muerte. Si seré majadero! El perro me daba más pena.

Ya las llamas salían por sotavento, y la mañana se iba acercando. ¡Qué amanecer, Virgen Santa! Todos estábamos desfallecidos, muertos de sed, de frío, de calor, de hambre, de cansancio y de cuanto hay que padecer en la vida. Algunos dormitaban. Al asomar la claridad del día, salió del centro del barco una hoguera enorme: por el hueco del palo mayor se habían abierto paso las llamas, y la cubierta iba sin duda á hundirse, descubriendo el volcán. Contábamos con el suceso, y á pesar de que contábamos, nos sorprendió terriblemente. Empezamos á clamar al cielo, y muchos á enseñarle el puño cerrado, preguntando á Dios:

—¿Pero qué te hicimos?

El capitán, que tiritaba de fiebre, me dijo gimiendo:

— Agua! por caridad, un sorbo de agua!

Agua! Puede que la hubiese en el algibe. Así que lo pensé fui hacia él y se me agregaron varios sedientos, poniendo la boca en unos remates que tiene el algibe y son como biberones por donde sale el agua. ¡Qué de juramentos soltaron! El agua, al salir hirviendo, les abrasó la boca. Yo tuve la precaución de recibirla en mi casquete y dejarla enfriar. El capitán continuaba con sus gemidos. Tuve que dársela medio templada aún. Me miró con unos ojos!

— Gracias, Salgado.

— No hay de qué, capitán... Se hace lo que se puede!

La tormenta, en vez de ir á menos, hasta parece que arreciaba desde que era de día. Para no caer al mar, nos cogíamos á la barandilla. Pasó un barco y por más señales que le hicimos, no se detuvo: y debió de vernos, pues cruzó á poca distancia. A mí me dolían de un modo cruel los ojos, secos por el fuego, y cuanto más descubría el sol, menos veía yo, no distinguiendo los objetos sino como al través de una niebla. Por otra parte, me sentía desmayar, pues desde el almuerzo de la víspera no probaba bocado, y se me iba el sentido. Casualmente se encontraban sobre cubierta, descuartizadas y colgadas, las reses muertas para el consumo del buque, y con el calor del incendio estaban algo asadas ya. Los que nos caíamos de necesidad nos echábamos sobre aquel gigantesco rosbif, medio crudo, y refrescamos la boca con la sangre que soltaba. Nos reanimamos un poco.

A medio día sucedió lo que temíamos: quedó cortada la comunicación entre la proa y la popa, derrumbándose con gran estrépito media cubierta y viéndose el brasero que formaba todo el centro del barco. Salieron las llamas altísimas, como salen de los volcanes, y recomendamos el alma á Dios, porque creímos que iban á alcanzarnos. No sucedió esto por dos razones: primera, por tener el buque, en vez de obra muerta de madera, barandilla de hierro; segunda, por estar las puertas de hierro cerradas hacia la parte de popa, lo cual contuvo el incendio por allí, obligándole á cebarse en la proa. De todas maneras, no debían las llamas andar muy lejos de nuestras personas, ya que á eso de las tres de la tarde empezamos á advertir que el piso nos tostaba las plantas de los pies. Atamos á una cuerda un cubo, y lo subíamos lleno de agua de mar, vertiéndolo por el suelo para refrescarlo un poco. Ya comprendíamos lo estéril del recurso, y en medio de lo apurados que estábamos, no faltó quien se riese viendo que era menester levantar primero un pié y luego bajar aquél y levantar el otro, para no achicharrarse. Serían las tres. El capitán me llamó despacito.

—Salgado, ¡cuánto mejor era morir de una vez!

—Para morir siempre hay tiempo, mi capitán. Aún puede que la Virgen Santísima nos saque de este apuro.

Claro que yo se lo decía para darle ánimos: allá en mi interior, calculaba que era preciso hacer la ma-

leta para el último viaje. Bien sabe Dios que ni pensaba en las herramientas que había perdido, ni en mi propia muerte, sino sólo en los chiquillos que quedaban en tierra. ¿Cómo los trataría su padraastro? ¿Quién les ganaría el pan? ¿Saldrían á pedir limosna por las calles? A lo que yo estaba resuelto era á no morir asado. Miré dos ó tres veces al mar, reflexionando cómo me tiraría para no romperme la cabeza contra el casco y no sufrir más martirio que el del agua cuando me entrase en la boca. Para acabar de quitarnos el valor, pasó un barco sin hacer caso de nuestras señales. Le enseñamos el puño y hubo quien le gritó:—Permita Dios que te veas como nos vemos.

Ya nos rendía los brazos la faena de bajar y subir baldes de agua, que era lo mismo que querer apagar con saliva una hoguera grande; y convencidos de que perdíamos el tiempo y que era igual perecer un cuarto de hora antes ó después, el que más y el que menos empezó á pensar cómo se las arreglaría para hacer sin gran molestia la travesía al otro barrio. Yo me persigné, con ánimo de arrojarme en seguida al mar. ¡Qué casualidades! Hete aquí que aparece una embarcación, y en vez de pasar de largo, se detiene.

Ya estaba el barco al habla con nosotros: una goleta inglesa, una hermosa goleta que desafiaba la tempestad manteniéndose al paio. Los que conservaban ojos sanos pudieron leer en su proa, escrito con letras de oro, *Duncan*. Empezamos á gritar en inglés, como locos desesperados:

—*¡Schooner! ¡Schooner! ¡Come near!*

—*¡Throw to the water!* nos respondían á voces, sin atreverse á acercarse. ¡Echarnos al agua! No quedaba otro recurso, y éste era tan arriesgado! En fin, qué remedio: los esquifes no podían aproximarse, por el temporal, y el buque menos aún. Nuestro *San Gregorio*, cercado por todas partes de llamas inmensas, ponía miedo. Había que escoger entre dos muertes, una segura y otra dudosa. Nos dispusimos á beber el sorbo de agua salada.

El primer chaleco salvavidas que nos arrojaron al extremo de un cabo, se lo ofrecimos al capitán.

—Animo, le dijimos. Póngase V. el chaleco y al mar: mal será que no bratee V. hasta la goleta.

—¡No puedo, no puedo!

—Vaya, un poco de resolución.

Se lo puso y medio murmuró, gimiendo:

—Tanto da así como de otro modo.

Y acertaba. Aquello fué adelantar el desenlace y nada más. Se conoce que ó la humedad del agua ó el sacudimiento de la caída le abrieron las arterias del pié tronzado y se desangró en un decir Jesús; ó acaso el frío le produjo un calambre; no sé: el caso es que le vimos alzar los brazos, juntarlos en el aire, y colarse por ojo, del salvavidas, al fondo del mar. Quedaron flotando el chaleco y la gorra: á él no le vimos ya más en este mundo.

Seguían echándonos, desde la goleta, cabos y salvavidas, y la gente, visto el caso del capitán, recela-

ba aprovecharlos. Yo me decidí primero que nadie. Ya quería, de un modo ó de otro, salir del paso. Pero antes de dar el salto mortal, reflexioné un poco y determiné echarme de soslayo, como los buzos, para que la corriente, en vez de batirme contra el buque, me ayudase á desviarme de él. Así lo hice, y en efecto, trás de la zambullida, fui á salir bastante lejos del *San Gregorio*. Oía los gritos con que desde el *schooner* me animaban, y oí también el último alarido de algunos de mis compañeros, á quienes se tragó el agua ó zapatearon las olas contra los buques. Yo choqué con la espalda en el casco del *Duncan*: un golpe terrible, que me dejó atontado. Cuando me hallaron, caí sobre cubierta como un pez muerto.

Acordé rodeado de ingleses. Me decían: ¡go! ¡cook! ¡go! ¡á la cámara! Me incorporé y quise ir adonde me mandaban, pero no veía nada, y después de tantos horrores me eché á llorar por primera vez exclamando:

—*Mi no look... ciego... enséñenme el camino...*

Me levantaron entre dos y me abracé al primero que tropecé, que era un grumete y rompió también á llorar como un tonto. No sé las cosas que hicieron conmigo los buenos de los ingleses. Me obligaron á beber de un trago una copa enorme de *brandy*, me pusieron un traje de franela, me dieron fricciones, me acostaron, me echaron encima qué sé yo cuántas mantas, y me dejaron solito.

¿Qué sentí aquella noche? Verá V... Cosas muy

raras: no fué delirar, pero se le parecía mucho. Al principio sudaba algo y no tenía valor para mover un dedo, de puro feliz que me encontraba. Después, al oír el ruido del mar, me parecía que aún estaba dentro de él, y que las olas me batían y me empujaban aquí y allí. Luego iban desfilando muchas caras: mis compañeros, el tercero á la luz del cigarro, el capitán, y gentes que no veía hacía tiempo, y hasta un chiquillo que se me había muerto años antes...

En fin, por acabar luego: llegamos á Newcastle, se me alivió la vista, el cónsul nos dió una guinea para tabaco, y á los pocos días nos embarcamos en un barco español con rumbo á Marineda. ¡Qué diferencia del buque inglés! Nuestros paisanos nos hicieron dormir en el pañol de las velas, sobre un pedazo de lona: apenas conseguimos un poco de rancho y galleta por comida: como si fuésemos perros.

De la llegada, ¿qué quiere V. que diga? A mi mujer le habían dado por cierta mi muerte; en la calle le cantaban los chiquillos coplas anunciándosela. Supóngase V. cómo estaba, y cómo me recibió. Ahora he de ir al santuario de la Guardia: no tengo dinero para misas; pero iré á pié, descalzo, con el mismo traje que tenía cuando me halaron sobre la cubierta del *Duncan*: chaleco roto por los garfios del salvavidas, pantalón chamuscado, y la cabeza en pelo: se reirán de verme en tal facha: no me importa: quiero besar el manto de la Virgen, y rezar allí una *Salve*.

Me faltará para pan, pero no para comprar una

fotografía del *San Gregorio*... ¿Ha visto V. cómo quedó? El casco parece un esqueleto de persona, y aún humea: el cargamento de algodón arde todavía: dentro se vé un charco negro, cosas de vidrio y de metal fundidas y torcidas... ¡Imponente!

¿Que si me dá miedo volver á embarcarme?... ¡Bah! ¡Lo que está de Dios... por mucho que el hombre se defienda...! Ya tengo colocación buscada. ¿Quiere usted algo para Manila? ¿Que le traiga á V. algún juguete de los que hacen los chinos? El domingo saldremos.

.
.

Dí al cocinero del *San Gregorio* unos cuantos puros. Tiene el cocinero del *San Gregorio* buena sombra y arte para narrar con viveza y colorido. Durante la narración, ví acudir varias veces las lágrimas á sus ojos azules, ya sanos del todo.





IV.

Planta montés.

Hubo larga deliberación, y se celebró una especie de consejo de familia para decidir si era ó no conveniente traerse á aquel indígena de la más enriscada sierra gallega á servir nada menos que en la capital de la región. Ello es que emprendíamos la doma de un potro; tendríamos que empezar enseñando al neófito el nombre de los objetos más corrientes y usuales, dándole una serie de *lecciones de cosas*, que me río yo de la escuela Frœbel. Pero tan ahitos estábamos del servicio reclutado en Marineda, procedente de fondas y cafés, picardeado y no instruido por el roce, ducho en hurtar el vino y en saquear la casa para obsequiar á sus coimas, que optamos por el ensayo de aclimatación. En el fondo de nuestro espíritu aleteaba

la esperanza dulce de que al buscar en el seno de la montaña un muchacho inocente y medio salvaje, hijo y nieto de gentes que desde tiempo inmemorial labran nuestras tierras, ejerceríamos sobre el servidor una especie de dominio señorial, reanudando la perdida tradición del servicio antiguo, cariñoso, patriarcal en suma. ¡Tiempos aquellos en que los criados morían de vejez en las casas!...

Era una mañana serena y pura; el cielo de Marineda justificaba la copla que lo declara *cubierto de azul*, cuando llegó á nuestros lares el natural de Cenmozas. Acompañábale su padre, el casero. Padre é hijo se parecían como dos gotas de agua en las facciones: ambos de rostro pomuloso, moreno bazo, color de pan centeno; de ojillos enfosados, inquietos, como de ave cautiva; de labios delgados, casi invisibles; de cráneo oblongo, piriforme. Los diferenciaba la expresión, astuta y humilde en el viejo, hosca y recelosa en el mozo; y también los distinguía el pelo, afeitado al rape el del padre, largo el del hijo, y dispuesto como la melena de los siervos adscritos al terruño, colgando á ambos lados de su parda montera de candelil. Ambos vestían el genuino traje de la comarca montañosa, semejante á la vestimenta de los bretones y vendeanos, aunque en vez de amplias bragas usasen el calzón ajustado de lienzo bajo el de paño pardusco. A pesar de la radiante belleza del día, apoyábanse los montañeses en inmensos paraguas colorados.

Mientras el viejo rebosaba satisfacción y contento,—como quien está seguro de haber encontrado á su progeñie colocación en que tenga al rey cogido por los bigotes,—y en su fisonomía socarrona retozaba insinuante sonrisa, el mozo, callado y descolorido bajo la capa del sol que tostaba su atezada epidermis, parecía indiferente á las cosas exteriores. Al ofrecerles asiento, dejáronse caer en él á la vez pesada y tímidamente, penetrados de respeto hacia la silla. Antes de estipular nuestras condiciones, hizo el padre cumplido panegírico de su Ciprián ó Cibrao, según él le llamaba. Las comparaciones elogiosas estaban tomadas de la fauna campesina. Cibrao, maino como una oveja; Cibrao, fiel como un can; Cibrao, trabajador como un lobo (así dijo, aunque yo ignoraba que el lobo se distinguiese por su laboriosidad); Cibrao, amoroso como una *rula* (tórtola); Cibrao, ahorrativo como las hormigas; Cibrao, más duro que mula burreña; á Cibrao, con cualquier cosa lo manteníamos, porque, alabado sea el Señor, él venía hecho á todo, y su cuerpo bien castigado. Si nos desobedecía en la menor, ¡darle así! (y el padre ejecutaba el ademán de quien sacude á varazos un pellejo), y si no, llamarle á él, al tío Julián, que vendría desde Cenmozas para arrearle al hijo tal tunda, que no se pudiese menear en cinco semanas. Soldada, la que quisiéramos; ¡demasiado fama teníamos de buenos cristianos para hacer mala partida á nadie! Al mozo, en su mano, ni un ochavo de la fortuna siquiera: ya se sabe que los mo-

zos, cuanto tienen, otro tanto destragan con bribonas y tabernas... Él, el tío Julián, se encargaría de recoger, supongamos, cada dos ó tres meses juntos... Si hoy en día pagaba tanto más cuanto por el lugar, y si tanto ganaba el mociño, eso menos nos pagaría al vencer el término de la renta. Y hablando de renta: en estos años tan malos, por fuerza teníamos que perdonarle alguna... Otrosí: la casa del lugar, propiamente estaba cayéndose en ruinas... Venir un día de viento... y plan... ¡adiós! Luego, con tantas grietas.... los tenía el frío *atercidos*.—Comprendimos que el tío Julián venía animado del firme propósito de vendernos su *mozo* á trueque de la renta del lugar, reconstrucción de morada y dinero para unos bueyes á parcería, que contaba le sacasen de apuros. En arras de este contrato tácito, ofreciéonos dos empedernidos quesos, cuatro orzas de rancia manteca, y hasta media hanega de castañas gordas.

Cuando, después de bien comido y regalado, se despidió el viejo labriego, el hijo no salió de su inmovilidad y mutismo: ni aun mostró querer acompañarlo hasta la puerta ó darle alguna señal de afecto ó encargo para los que se habían quedado allá en la sierra. Por la noche le vimos acurrucado en un rincón de la cocina, sin querer aproximarse á la mesa para cenar. Ni nuestras palabras, ni las bromas de la joven y alegre doncella, ni las compasivas insinuaciones de la cocinera, mujer ya madura y que tenía un hijo «sir-

viendo al Rey,» consiguieron animarle. No consintió probar bocado.

Comprendimos bien esta nostalgia ó morriña de los primeros instantes, y esperamos que no duraría. ¡Marineda es tan regocijada los domingos! ¡Ofrece tantas distracciones á un rapaz campesino, que sólo ha visto breñas y tojos! ¡Hay tanta música militar, tanto ejercicio de batería, tanta comparsa en Carnaval...! Y en Semana Santa ¡qué de procesiones! Ya acabaría Cibrao por chuparse los dedos.

Lo primero, adecentarle, para que pudiese andar entre las gentes y sus compañeros no le hiciesen burla. Un barbero le cortó el pelo y le enseñó el uso del peine; un sastre le arregló ropa de desecho en buen uso; á provistarle de camisas, de calcetines y elásticas; á plancharle corbatas blancas y embutirle las callosas manos en guantes de algodón. La metamorfosis, al pronto, surtió favorable efecto. Diríase que iba á sacudir su apatía el montañés. Fuese que las guedejas le hacían el rostro más macilento, ó fuese por otra razón desconocida, al raparse mejoró de semblante, apetito y ánimo, y ya creímos que el trasplante se realizaba con toda felicidad.

¡Ay! Nuestra satisfacción fué un relámpago. El rapaz se estrenó desastrosamente en el servicio. Ni una potranca de Arzúa, suelta al través de la casa, hace más destrozo. Las manos duras de Cibrao, acostumbradas al *sacho* y á la horquilla, no acertaban á

tocar cacharro ni vidrio sin reducirlo á polvo. Lo cogía con infinitas precauciones, y ¡clin!, ¡plac!, al suelo hecho añicos. Él le echaba la culpa á los guantes, con los cuales aseguraba que «no tenía tientos.» El cristal ejercía sobre sus sentidos burdos de labriego extraña fascinación. No lo distinguía de la diafanidad de la atmósfera: tenía delante una copa ó una botella, y positivamente *no la veía*, ó al menos no distinguía sus contornos. «Maréame,» decía al tomar cualquier objeto transparente.

Nos ponía tenedores para la sopa y cucharas para el frito. Las vinagreras las servía al postre. Azotaba los cuadros con el mango del plumero; arrancaba de cuajo los cortinones al intentar quitarles el polvo; limpiaba el tintero con las toallas finas, y no dejó luz de petróleo que no descompusiese. Una noche tuvimos la casa, por culpa suya, sepultada en profundas tinieblas.

Nuestro ajuar ganaba poco, y su destructor menos aún. El azoramiento de las continuas advertencias y regaños, el vértigo de la ciudad, tal vez causas más íntimas, más pegadas al alma del trasplantado, iban demacrando su rostro y apagando sus ojos de un modo que llegó á parecernos alarmante. Algo de compasión y mucho de cansancio é impaciencia nos dictaron la medida de llamar á capítulo al mozo y aconsejarle paternalmente la vuelta á su aprisco serrano. «Vamos, habla claro y sin miedo, rapaz. Nadie te quiere en su casa por fuerza. Llevas quince ó veinte días; ya pue-

des saber cómo te va por aquí. Tú no estás contento.» Una chispa luminosa se encendió en las cóncavas pupilas, y los apretados labios articularon enérgicamente:

—Señora mi ama, no me *afago* aquí.

—¿Y pasado algún tiempo, no te *afarás* tampoco?

—Tampoco. Nó, señora.

En vista de la categórica respuesta, escribimos sin dilación al mayordomo de la montaña para que viniese el tío Julián á recoger su cachorro. Sí, que lo recogiese cuanto antes; de lo contrario, ni nos quedaría titere con cabeza, ni el muchacho levantaría la suya. Transmitió el mayordomo la respuesta del viejo. Como él viniese á Marineda, le rompía al hijo todas las costillas, por «escupir la suerte.» Y si lo llevaba á la montaña otra vez, era para «brearlo á palizas.» Este modo de entender la autoridad paterna nos alarmó un poquillo. Suspendimos, y comunicamos á Cibrao las órdenes del *patrucio*.

Nada contestó. Resignóse. Cayó en una especie de marasmo. Trabajaba lo que le mandasen; pero en cuanto volvíamos la espalda, se acurrucaba en un rincón, dejando los brazos colgantes y clavando la quijada en el pecho. Era la calma triste del animal, silenciosa y soporífera, sin protestas ni quejas: la obscura y terca afirmación de la voluntad en el mundo zoológico. Cierta día, al preguntarle si estaba malo y quería que un médico le viese, hubo de responder:

—Médico, *non* sirve. La tierra me llama por el cuerpo.

Había llegado el mes de Noviembre, lúgubre mes en que parece oírse, al través del suelo empapado en lluvia y entre el silbo del ábrego, choque de huesos de difunto y sordas lamentaciones extramundanas. Marinada se vestía de invierno. Retemblaban los cristales al empuje del huracán, y el rugir de los dos mares, el Varadero y la Bahía, hacía el bajo en el pavoroso concierto, mientras la voz estridente del viento parecía una carcajada sardónica. En nuestra solitaria calle no se oía por la noche sino el paso fuerte y rítmico del sereno, el quejumbroso escurrir del agua, el embrujado maullido del gato ya rabioso de amor, y algún aldabonazo que resonaba como en el hueco de una tumba. Después de la noche más tormentosa y triste de todo el mes, supimos que Cibrao no quería salir de la cama. Y vino el doctor, y á carcajadas nos reíamos cuando nos enteró de lo que el mozo padecía.

—¡El maula ese! No tiene nada. Ni calentura, ni dolores, ni esto, ni aquello, ni lo de más allá. ¡Cuando les digo á Vds. que nada! Y dice que no le dá la gana de levantarse, ¿por qué pensarán? ¿A que no aciertan? Pues porque anoche oyó ladrar, digo, aullar á un perro, y jura que el dichoso perro *ventaba* su muerte.

Pasada la risa, nos entró el arranque humanitario.

—Doctor, ¿caldo y vino? Doctor, ¿unos sinapismos? Doctor, ¿á veces un baño de piés...?

El médico se encogió de hombros enarcando las cejas.

—No veo medicamento, porque no veo enfermedad.

Si la hay, es en la *sustancia gris*, y yo allí no sé cómo se ponen las sanguijuelas ni cómo se aplican los revulsivos. A mal de superstición, remedio de ensalmos. Llamen Vds. al cura de la parroquia, que se traiga el calderito y el hisopo y le saque los enemigos del cuerpo.

Y el doctor Moragas se fué, entre risueño y colérico.

.

Muchas veces hemos deplorado no seguir acto continuo el consejo irónico del doctor. ¿Quién sabe si las lustraciones del bendito caldero curarían la pasión de ánimo del montañés?

La noche siguiente, yo también oí, entre el silbido del aire y el ronco mugido profundo del Cantábrico, la voz del perro que aullaba en són muy prolongado y triste. Me desvelé, y singular desasosiego me oprimió hasta la madrugada, hora en que generalmente recompensa el sueño las fatigas del insomnio.

¿Será creído el desenlace de este caso auténtico, no tan sorprendente para los que nacimos en la brumosa tierra de los celtas agoreros como para los que en regiones de sol tuvieron cuna?

El temor á la incredulidad me paraliza la mano. No me determino á estampar aquí que Cibrao amaneció muerto en su cama.

Le hicimos un buen entierro, y hasta se dijeron misas por su alma primitiva y gentil.



V.

Nieto del Cid.

El anciano cura del santuario de San Clemente de Boán cenaba sosegadamente sentado á la mesa, en un rincón de su ancha cocina. La luz del triple mechero del velón señalaba las acentuadas líneas del rostro del párroco, las espesas cejas canas, el cráneo tonsurado, pero revestido aún de blancos mechones, la piel roja, sanguínea, que en robustas dobleces rebosaba del alzacuello.

Ocupaba el cura la cabecera de la mesa; en el centro su sobrino, guapo mozo de veintidos años, despachaba con buen apetito la ración; y al extremo, el criado de labranza, remangada hasta el codo la burda camisa de estopa, hundía la cuchara de palo en un enorme tazón de caldo humeante y lo trasegaba silenciosamente al estómago.

Servía á todos una moza aldeana, que aprove-

chaba la ocasión de meter también la cucharada, ya que no en los platos, en las conversaciones.

El servicio se lo permitía, pues no pecaba de complicado, reduciéndose á colocar ante los comensales un mollete de pan gigantesco, á sacar de la alacena vino y platos, á empujar descuidadamente sobre el mantel el tarterón de barro colmado de patatas con unto.

— Señorito Javier — preguntó en una de estas maniobras — ¿qué oyó de la gavilla que anda por ahí?

— ¿De la gavilla, chica? Aguárdate... — contestó el mancebo alzando su cara animada y morena... — ¿Qué oí yo de la gavilla? No, pues algo me contaron en la feria... Sí, me contaron...

— Dice que al señor abad de Lubrego le robaron barbaridá de cuartos... cien onzas. Estuvieron esperando á que vendiese el centeno de la *tulla* y los bueyes en la feria del quince, y ala que te cojo.

— ¿No se defendió?

— ¿Y no sabe que es un señor viejecito? Aun para más aquellos días estaba encamado con dolor de huesos.

El párroco, que hasta entonces había guardado silencio, levantó de pronto los ojos, que bajo sus cejas nevadas resplandecieron como cuentas de azabache, y exclamó:

— Qué defenderse ni qué... En toda su vida supo Lubrego por dónde se agarra una escopeta.

—Es viejo.

—Bah, lo que es por viejo... Sesenta y cinco años cumplo yo para Pentecostés y sesenta y seis hará él en Corpus, lo sé de buena tinta, me lo dijo él mismo. De modo que la edad... lo que es á mí no me ha quitado la puntería, alabado sea Dios.

Asintió calurosamente el sobrino.

—¡Vaya! Y si no que lo digan las perdices de ayer, ¿eh? Me remendó V. la última.

—Y la liebre de hoy, ¿eh, rapaz?

—Y el raposo del domingo—intervino el criado, apartando el hocico de los vapores del caldo.—¡Cuando el señor abad lo trajo *arrastrando* con una soga así (y se apretaba el gáznate) gañía de Dios! Ouú... Ouú...

—Allí está el maldito—murmuró el cura señalando hacia la puerta, donde se extendía, clavada por las cuatro extremidades, una sanguinolenta piel.

—No comerá más gallinas—agregó la criada amenazando con el puño á aquel despojo.

Esta conversación venatoria devolvió la serenidad á la asamblea, y Javier no pensó en referir lo que sabía de la gavilla. El cura, después de dar las gracias mascullando latín, se enjuagó con vino, cruzó una pierna sobre otra, encendió un cigarrillo, y alargando á su sobrino un periódico doblado, murmuró entre dos chupadas:

—A ver luego qué trae *La Fé*, hombre.

Dió principio Javier á la lectura de un artículo de

fondo, y la criada, sin pensar en recoger la mesa, sacó para sí del pote una taza de caldo y sentóse á comerla en un banquillo al lado del hogar. De pronto cubrió la voz sonora del lector un aullido recio y prolongado. La criada se quedó con la cuchara enarbolada sin llevarla á la boca, Javier aplicó un segundo el oído, y luego prosiguió leyendo, mientras el cura, indiferente, soltaba bocanadas de humo y despedía de lado frecuentes salivazos. Transcurrieron dos minutos, y un nuevo aullido, al cual siguieron ladridos furiosos, rompió el silencio exterior. Esta vez el lector dejó el periódico, y la criada se levantó tartamudeando:

—Señorito Javier... señor amo... señor amo...

—Calla—ordenó Javier; y, de puntillas, acercóse á la ventana, bajo la cual parecía que sonaba el alboroto de los perros: mas éste se aquietó de repente.

El cura, haciendo con la diestra pabellón á la oreja, atendía desde su sitio.

—Tío—siseó Javier.

—Muchacho.

—Los perros callaron; pero juraría que oigo voces.

—¿Entonces, cómo callaron?

No contestó el mozo, ocupado en quitar la tranca de la ventana con el menor ruido posible. Entreabrió suavemente las maderas, alzó la falleba, y animado por el silencio, resolvióse á empujar la vidriera. Un gran frío penetró en la habitación; vióse un trozo de cielo negro tachonado de estrellas, y se indicaron en

el fondo los vagos contornos de los árboles del bosque, sombríos y amontonados. Casi al mismo tiempo rasgó el aire un silbido agudo, se oyó una detonación, y una bala, rozando la cima del pelo de Javier, fué á clavarse en la pared de enfrente. Javier cerró por instinto la ventana, y el cura, abalanzándose á su sobrino, comenzó á palparlo con afán.

—¡Re... condenados! ¿Te tocó, rapaz?

—¡Si aciertan á tirar con munición lobera.... me divierten!—pronunció Javier algo inmutado.

—¿Están ahí?

—Detrás de los primeros castaños del soto.

—Pon la tranca... así... anda volando por la escopeta... las balas... el frasco de la pólvora... Trae también el *Lafuché*... ¿oyes?

Aquí el párroco tuvo que elevar la voz como si mandase una maniobra militar, porque el desesperado ladrido de los perros resonaba cada vez más fuerte.

—Ahora, ahí, ladrar... ¿Por qué callarían antes, mal rayo?

—Conocerían á alguno de la gavilla; les silbaría ó les hablaría—opinó el gañán, que estaba de pié, empuñando una horquilla de coger el tojo, mientras la criada, acurrucada junto á la lumbre, temblaba con todos sus miembros y de cuando en cuando exhalaba una especie de chillido ratonil.

El cura, abriendo un ventanillo practicado en las maderas de la ventana, metió por él el puño y rom-

pió un cristal; enseguida pegó la boca á la abertura, y con voz potente gritó á los perros:

—¡A ellos, Chucho, Morito, Linda... Chucho, duro en ellos, ahí, ahí... ánimo. Linda, hazlos pedazos!

Los ladridos se tornaron, de rabiosos, frenéticos; oyóse al pié de la misma ventana ruido de lucha; amenazas sordas, un ¡ay! de dolor, una imprecación, y luégo quejas como de animal agonizante.

—¡El pobre Morito... ya no dará más el raposo!— murmuró el gañán.

Entre tanto el cura, tomando de manos de Javier su escopeta, la cargaba con maña singular.

—A mí déjame con mi escopeta de las perdices... vieja y tronada... Tú entiéndete con el *Lafuché*... yo, esas novedades... ¡Bah! estoy por la antigua española. ¿Tienes cartuchos?

—Sí señor— contestó Javier disponiéndose también á cargar la carabina.

—¿Están ya debajo?

—Al pié mismo de la ventana... Puede que estén poniendo las escalas.

—¿Por el portón hay peligro?

—Creo que nó. Tienen que saltar la tapia del corral, y los podemos fusilar desde la solana.

—¿Y por la puerta de la bodega?

—Si le plantan fuego... Romper no la rompen.

—Pues vamos á divertirnos un rato... Aguarday aguarday, amiguitos.

Javier miró á la cara de su tío. Tenía éste las

narices dilatadas, la boca sardónica, la punta de la lengua asomando entre los dientes, las mejillas encendidas, los ojuelos brillantes, ni más ni menos que cuando en el monte el perdiguero favorito se paraba señalando un bando de perdices oculto entre los retamares. Por lo que hace á Javier, horrorizábanle aquellos preparativos de caza humana. En tan supremos instantes, mientras deslizaba en la recámara el proyectil, pensaba que se hallaría mucho más á gusto en los claustros de la Universidad, en el café ó en la feria del quince, comprándoles rosquillas y caramelos á las señoritas del Pazo de Valdomar. Volvió á ver en su imaginación la feria, los relucientes ijares de los bueyes, la mansa mirada de las vacas, el triste pelaje de los rocines, y oyó la fresca voz de Casildita del Pazo, que le decía con el arrastrado y mimoso acento del país:

—¡Ay, déme el brazo por Dios, que aquí no se anda con tanta gente!

Creyó sentir la presión de un bracito... Nò, era la mano peluda y musculosa del cura, que le impulsaba hacia la ventana.

—A apagar el velón... (hízolo de tres valientes soplidos). Á empezar la fiesta. Yo cargo, tú disparas... tú cargas, yo disparo... ¡Eh, Tomasa!—gritó á la criada;—no chilles, que pareces la comadreja... Pon á hervir agua, aceite, vino, cuanto haya... Tú,—añadió dirigiéndose al gañán,—á la solana. Si montan á caballo de la muralla, me avisas.

Dijo, y con precaución entreabrió la ventana, dejando sólo un resquicio por donde cupiese el cañón de una escopeta y el ojo avizor de un hombre. Javier se estremeció al sentir el helado ambiente nocturno; pero se rehizo presto, pues no pecaba de cobarde, y miró abajo. Un grupo negro hormigueaba; se oía como una deliberación, en voz misteriosa.

—¡Fuego!—le dijo al oído su tío.

—Son veinte ó más—respondió Javier.

—Y qué!—gruñó el cura al mismo tiempo que apartaba á su sobrino con impaciente ademán; y apoyando en el alfeizar de la ventana el cañón de la escopeta, disparó.

Hubo un remolino en el grupo, y el cura se frotó las manos.

—¡Uno cayó patas arriba... *quoniam!*—murmuró pronunciando la palabra latina, con la cual, desde los tiempos del seminario, reemplazaba todas las interjecciones que abundan en la lengua española.— Ahora tú, rapaz. Tienen una escala: al primero que suba...

Los dedos de Javier se crispaban sobre su hermosa carabina Lefauchaux, mas al punto se aflojaron.

—Tío—atrevióse á murmurar—entre esos hay gente conocida; me acuerdo ahora de que lo decían en la feria. Aseguran que viene el cirujano de Solás, el cohetero de Gunsende, el hermano del médico de Doas. ¿Quiere V. que les hable? Con un poco de

dinero puede que se conformen y nos dejen en paz, sin tener que matar gente.

—¡Dinero, dinero!—exclamó roncamente el cura.

—¿Tú sin duda piensas que en casa hay millones?

—¿Y los fondos del santuario?

—Son del santuario, *quoniam*, y antes me dejaré tostar los piés como le hicieron al cura de Solás el año pasado, que darles un ochavo. Pero mejor será que le agujereen á uno la piel de una vez y no que se la tuesten. ¡Fuego en ellos! Si tienes miedo, iré yo.

—Miedo nó—declaró Javier; y descansó la carabina en el alfeizar.

—Lárgales los dos tiros—mandó su tío.

Dos veces apoyó Javier el dedo en el gatillo, y las dos detonaciones contestó desde abajo formidable clamoreo; no había tenido tiempo el mancebo de recoger la mano, cuando se aplastó en las hojas de la ventana una descarga cerrada, arrancando astillas y destrozándolas: componían su terrible estrépito estallidos diferentes, seco tronar de pistoletazos, sonoro retumbo de carabinas y estampido de trabucos y tercerolas. Javier retrocedió, vacilando; su brazo derecho colgaba; la carabina cayó al suelo.

—¿Qué tienes, rapaz?

—Deben de haberme roto la muñeca—gimió Javier, yendo á sentarse casi exánime en el banco.

El cura, que cargaba su escopeta, se sintió entonces asido por los faldones del levitón, y á la dudosa luz del fuego del hogar vió un espectro pálido

que se arrastraba á sus piés. Era la criada, que silabeaba con voz apenas inteligible:

—Señor... señor amo... ríndase, señor... por el alma de quien lo parió... señor, que nos matan... que aquí morimos todos...

—¡Suelta, *quoniam!*—profirió el cura lanzándose á la ventana.

Javier, inutilizado, exhalaba ayes, tratando de atarse con la mano izquierda un pañuelo; la criada no se levantaba, paralizada de terror; pero el cura, sin hacer caso de aquellos inválidos, abrió rápidamente las maderas y vió una escala apoyada en el muro, y casi tropezó con las cabezas de dos hombres que por ella ascendían. Disparó á boca de jarro y se desprendió el de abajo; alzó luégo la escopeta, la blandió por el cañón y de un culatazo echó á rodar al de arriba. Sonaron varios disparos, pero ya el cura estaba retirado adentro, cargando el arma.

Javier, que ya no gemía, se le acercó resuelto.

—Á este paso, tío, no resiste V. ni un cuarto de hora. Van á entrar por ahí ó por el patio. He notado olor á petróleo; quemarán la puerta de la bodega. Yo no puedo disparar. Quisiera servirle á V. de algo.

—Viérteles encima aceite hirviendo con la mano izquierda.

—Voy á sacar la Rabona de la cuadra por el portón, y á echar un galope hasta Doas.

—¿Al puesto de la Guardia?

—Al puesto de la Guardia.

—No es tiempo ya. Me encontrarás difunto. Rapaz, adiós. Rézame un Padre nuestro y que me digan misas. ¡Entra, taco, si quieres!

—¡Haga V. que se rinde... entreténgalos... Yo iré por el aire!

La silueta negra del mancebo cubrió un instante el fondo rojo de la pared del hogar, y luego se hundió en las tinieblas de la solana. El tío se encogió de hombros, y asomándose, descargó una vez más la escopeta á bulto. Luego corrió al lar y descolgó briosamente el pesado pote que pendiente de larga cadena de hierro hervía sobre las brasas. Abrió de par en par la ventana, y sin precaverse ya, alzó el pote y lo volcó de golpe encima de los enemigos. Se oyó un aullido inmenso, y como si aquel rocío abrasador fuese incentivo de la rabia que les causaba tan heroica defensa, todos se arrojaron á la escala, trepando unos sobre los hombros de otros; y á la vez que por las tapias se descolgaban dos ó tres hombres y luchaban con el gañán, una masa humana cayó sobre el cura, que aún resistía á culatazos. Cuando el racimo de hombres se desgranó, pudo verse á la luz del velón que encendieron, al viejo, tendido en el suelo, maniatado.

Venían los ladrones tiznados de carbón, con barbas postizas, pañuelos liados á la cabeza, sombrerones de anchas alas y otros arreos que les prestaban endiablada catadura. Mandábalos un hombre alto, resuelto y lacónico, que en dos segundos hizo cerrar

la puerta y amarrar y poner mordazas al criado y la criada. Uno de sus compañeros le dijo algo en voz baja. El jefe se acercó al cura vencido.

—Eh, señor abad... no se haga el muerto... Hay ahí un hombre herido por V. y quiere confesión...

Por la escalera interior de la bodega subían pesadamente conduciendo algo; así que llegaron á la cocina vióse que eran cuatro hombres que traían en vilo un cuerpo, dejando en pos charcos de sangre. La cabeza del herido se balanceaba suavemente; sus ojos, que empezaban á vidriarse, parecían de porcelana en su rostro tizado; la boca estaba entreabierta.

—¡Qué confesión, ni!...—dijo el jefe.—¡Si ya está dando las boqueadas!

Pero el moribundo, apenas lo sentaron en el banco, sosteniéndole la cabeza, hizo un movimiento, y su mirada se reanimó.

—¡Confesión!—clamó en voz alta y clara.

Desataron al cura y lo empujaron al pié del banco. Los labios del herido se movían como recitando el acto de contrición; el cura conoció el estertor de la muerte y distinguió una espuma de color de rosa que asomaba á los cantos de la boca. Alzó la mano y pronunció *ego te absolvo* en el momento en que la cabeza del herido caía por última vez sobre el pecho.

—Llévrselo—ordenó el jefe.—Y ahora diga el señor abad dónde tiene los cuartos.

—No tengo nada que darles á ustedes—respondió con firmeza el cura.

Sus cejas se fruncían, su tez ya no era rubicunda, sino que mostraba la palidez biliosa de la cólera, y sus manos, lastimadas, estranguladas por los cordeles, temblaban con temblequeto senil.

—Ya dirá V. otra cosa dentro de diez minutos... Le vamos á freir á V. los dedos en aceite del que V. nos echó. Le vamos á sentar en las brasas. A la una... á las dos.

El cura miró alrededor y vió sobre la mesa donde habían cenado el cuchillo de partir el pan. Con un salto de tigre se lanzó á asir el arma, y derribando de un puntapié la mesa y el velón, parapetado tras de aquella barricada, comenzó á defenderse á tientas, á obscuras, sin sentir los golpes, sin pensar mas que en morir noblemente, mientras á quemarropa le acribillaban á balazos...

El sargento de la Guardia civil de Doas, que llegó al teatro del combate media hora después, cuando aún los salteadores buscaban inútilmente bajo las vigas, entre la hoja de maíz del jergón, y hasta en el Breviario, los cuartos del cura, me aseguró que el cadáver de éste no tenía forma humana, según quedó de agujereado, magullado y contuso. También me dijo el mismo sargento que desde la muerte del cura de Boán abundaban las perdices; y me enseñó en la feria á Javier, que no persigue caza alguna, porque es manco de la mano derecha.





VI.

Bucólica.

SR. D. CAMILO JIMÉNEZ.

Fontela, Septiembre.

Querido Camilo: ya ves si cumplo mi palabra, y eso que estoy dado á los demonios en este destierro, que me parecería menos horrible á poder salir de él libremente y cuando quisiese. Mucho vale la libertad. Hasta perderla no se conoce su precio.

¿Qué sacrificio hago yo, en realidad, con alejarme de Madrid unos meses, cazar, pescar y respirar aire sano? Protesto contra esta higiénica medida porque me la imponen, no porque en sí me desagrada. Tú me recordabas, para aplacarme, que cedo á la tiranía del cariño, lo cual no humilla: convenido; mamá me adora, me aparta de sí desgarrándose el alma, ha llo-

do como una Magdalena en la estación, y me decía, mojándome la cara de llanto, que ojalá fuese millonaria para costearme la invernada en Niza, ó en Alicante siquiera; pero que no poseía sino este palomar grieteado en el corazón de Galicia, donde yo pudiese beber leche fresca, dormir sobre un establo y reponerme... Que, no obstante, si me empeoraba ó me aburría, cuatro renglones; la familia hará un esfuerzo, te mandaremos á Italia... Ante las lágrimas y el besuqueo, ¿qué se hace un hombre, Camilo? Jurar que le entusiasma Fontela y venirse á escape. ¿He de consentir que el consabido *esfuerzo* desequilibre los presupuestos de mi casa? El sueldo de magistrado de mi padre y las rentitas gallegas de mi madre, sólo á fuerza de orden y parsimonia cubren los gastos y permiten atender á las exigencias del decoro. Hacen milagros los pobres papás.

Por eso me incomoda á mí no servir para nada, ser á los veinticuatro abriles abogado sin pleitos, y por eso te suplico no olvides mi pretensión y trabajos con ahinco para que suban al poder *los tuyos* y me hagan á mí siquiera juez de entrada; bien poco pido; se trata de sentar el pié en la carrera y dejar de ser miembro inútil, cero social.

El cargo á que aspiro es modesto; pero ya sabes cómo se armoniza con mis gustos y carácter. ¡Oh! Yo seré un gran juez, de *p y p* y *doble u*, como tú dices que son las chicas del brigadier Robles! ¡Me agrada tanto la rectitud, la gravedad, la equidad; ten-

go tan elevada idea del oficio de administrar justicia; he estudiado con tanto cariño la hermosísima ciencia que se llama *filosofía del derecho*, y creo que está en general tan atrasada y que podemos prestar tan inmensos servicios á la humanidad los que la renovemos aplicándola prácticamente, sin pararnos en viejas rutinas y desarraigando inveterados prejuicios y abusos...!

Y además, los ejemplos que he visto desde la niñez me ayudarán á desempeñar dignamente la judicatura. Mi padre disfrutaría hoy una renta de 5 ó 6.000 duros si hubiese fallado de cierto modo ciertos litigios; prefirió su honrada estrechez, é hizo bien, puesto que sus hijos y herederos estamos conformes y orgullosos. Hasta Matilde... (no te sonrías, Camilillo) hasta la buena de Matilde, que se pasa la vida oliendo lo que se guisa en casa de los *modistos* célebres, en el fondo prefiere su vestidito reformado de gró negro, á galas de sucia procedencia.

¡A quién se lo cuentas! dirás tú. Es que es una excelente chica mi señora hermana, y V., caballero Tenorio, se guardará de insinuarle cosa ninguna con *mal fin*, ó nos veremos á la vuelta. Sin embargo, te permito dar á Matilde mil expresiones de mi parte. Tocante á la salud, participale que voy mejorando. Y que le escribiré.

Lo raro es que ni yo mismo entiendo qué tengo, ni de qué vine á curarme aquí. Cansancio al subir cuestras; ligeros sudores en la cama; tosecillas rebel-

des al clásico remedio casero de la leche de burra; opresión en el pecho, y, lo que más me molesta, una especie de vértigos que á lo mejor me obligan á apoyarme en la pared, y otras veces me producen la sensación de voces sepulcrales ó irónicas hablándome confusamente al oído: hé aquí los síntomas que expuse al doctor Sánchez del Abrojo. Ya sabes la receta: echar la llave á los libros, campo, vida animal. Hay modas en todo, hasta en la medicina, y esto de *convivir con la Naturaleza* es el gran específico para los médicos de ahora.

¡Mamá se ha tragado que yo tenía principio de tisis! ¿Te acuerdas del día en que te llamó á su cuarto, con mucho misterio, para averiguar de tí en qué pasos andaba su hijo, y qué orgías y desórdenes, ó qué pasiones desatadas arruinaban mi físico? Todavía me río de la buena sombra con que le respondiste: «Señora, como no sea de excesos de virtud, ó de atracciones de estudio, no entiendo de qué está malo Joaquín.» No, y tú eres voto en la materia. La única travesura de la temporada, fué aquel baile á donde me llevaste á remolque, donde me mareaste con el Málaga, el Champagne y el mal ejemplo, y desde el cual me fuí... Llámame soso, ó Catón, ó lo que quieras; pero es un recuerdo que no me gusta evocar. Jamás he comprendido cómo puedes lanzarte tras la primer ciudadana que se te presenta, recoger lo que anda rodando y empalmar cierta clase de aventuras. Soy austero. Está visto que nací para juez.

Volviendo al caso de mi salud, y dejando las causas que pueden haber influido en su deterioro, te diré que aquí, aunque me aburro por siete, espero mejorarme. Ya sudo menos en la cama; ya hace dos días que no me atacan vértigos; por consiguiente, sin que se entere mamá, vas á tener la bondad de meter en un cajón un par de docenas de libros; pídele á Matilde, que los tiene de su mano, el *Laurent*, la *Enciclopedia jurídica* de *Ahrens*, el *Mackenzie*, las obras de *Leibnitz*, las poesías de *Becquer*, y añade alguna novela nueva de *Galdós* ó *Alarcón* que haya salido. Córrete á ese despilfarro, que bien puedes. Adiós; me canso y dejo para otro día la descripción de la Fontela.

Tu amigo entrañable,—*Joaquín Rojas*.

DEL MISMO AL MISMO.

Octubre.

Me ha entrado pereza de escribirte la semana pasada, y es natural: ¿puedo contarte de este sitio algo que merezca la pena de leerse? No obstante, hoy me impulsa el mismo aburrimiento á ponerte una carta kilométrica.

No me has mandado los libros; dices que Matilde te negó la llave; ¡cualquier día me la pegáis tú y ella! estáis de acuerdo con mamá para que me convierta en

momia viviente. Bueno, aguantaré hasta más no poder, y así que me sature de *animalidad*, tomo las de Villadiego y os encontráis ahí á Pachín el soso. Hablando formalmente, yo te suplico me envíes qué leer; las noches de invierno se echan encima, pronto anochecerá á las cinco, y no sé cómo voy á engañar tantas horas, aunque me acueste con las gallinas.

En un número de *El Imparcial* que vino de la villita próxima envolviendo arroz, veo el estreno del drama de Echegaray y la honda impresión que ha causado en el público; compadécete de este pobre aldeano, y remíteme por el correo ese drama.

Ahora te pintaré mi Tebaida. Fontela reposa en el hondo de un ameno valle, formado por las vertientes de dos montañuelas, entre las cuales pasa cautivo el río Avieiro. De este río es tributaria la *fontela*, ó fuentecilla, que mana en el huerto de mi propiedad y le da nombre. A pesar de este aparato de montañas, río y fuente, la finca no es lóbrega, fría ni triste. Está enclavada en una de las mejores comarcas de Galicia, donde se tocan las provincias de Orense y Pontevedra; la temperatura (á lo que pude observar por ahora) es benigna, y según me aseguró ayer el albéitar de Cebre (que vino á prestar los servicios de su arte á una vaca enferma, y es de los alumnos finitos y resabidos de la Escuela de Veterinaria), el termómetro no descende jamás á cero grados. En cambio el clima peca de lluvioso; cosa que me fastidia, pues suele aprisionarme entre cuatro paredes. Mucho

siento hacerme caro, pero necesito de toda necesidad un buen impermeable: díselo á mamá.

La villa de Cebre, situada á tres leguas escasas, es el lugar habitado que tengo más próximo: compónese esta villa de dos calles y media, una iglesucha tamaña como un cobertizo, un mesón donde remuda tiro la diligencia y una destartalada casa-cuartel de la Guardia civil. A cinco leguas, por el atajo, hállase Pontevedra; á veces pienso en montar hasta Cebre, meterme en el coche de línea, y pasarme en Pontevedra una semana; luego reflexiono: ¿para qué? No conozco allí á nadie; el teatro está cerrado; vistos los dos ó tres edificios que lo merezcan, me pasearía por las calles hecho un tonto, aburriéndome más que aquí. Renuncio á las expediciones.

A todo esto, aún no he descrito el palacio y jardines de mi real sitio. No ha debido ser mala, *in illo tempore*, la casa, construída á principios del siglo pasado por un bisabuelo ó tatarabuelo de mi madre. Como la mayor parte de las casas solariegas de aquí, tiene la escalera á la parte exterior, y se entra al piso alto por una larga solana ó balcón corrido, mientras el portalón de abajo, que domina una piedra de armas, dá ingreso á la bodega, lagar, cuadra y establos. El piso alto—que es el habitable—consta de salón, cocina ancha y semiconventual, y un par de dormitorios en que caben tres salitas como la nuestra de Madrid. Por supuesto que todo se encuentra en lastimoso estado: la solana, desde donde se goza la deleitable

vista del río, está alfombrada de habichuelas extendidas á secar, y en la esquina hay un montón de enormes calabazas; la sala se ha convertido en granero, y amenaza hundirse bajo el peso de ingentes montones de centeno y trigo, que muy á su sabor recorren las ratas; y en mi dormitorio había depositado la chica del casero cosecha de peros y manzanas tan abundante, que su fragancia no me dejaba dormir y hubo que retirarlas al cuarto contiguo, lleno ya de patatas y chirivías.

Excuso decirte que en las ventanas de la casa no se encuentra un cristal sano, y que las golondrinas (que ya se fueron) anidaban en las vigas del salón. Yo, para evitar el frío, tengo que vestirme con las maderas cerradas, á la luz que se filtra por las rendijas; es verdad que se filtra bastante, y aire también. Ya vestido, abro la ventana y entra con los rayos del sol la alegría del cielo puro, ó con las nubes una tranquila melancolía gris, que tiene su encanto, por ser muy característica de esta región. He reparado (los aburridos lo reparamos todo) que suelen las nubes obscurecerse y agruparse á la parte del Noroeste, sobre un manchón ó soto de magníficos castaños.

Comprenderás por lo dicho que la casa, más que vieja, se encuentra abandonada y se resiente del olvido en que la tienen sus dueños. La cal se ennegreció, y las vigas y pisos oscuros, que empiezan á apolillarse, aumentan el aspecto desolado de las habitaciones. Lo más curioso es ver aún esparcidas por

estos destartalados aposentos algunas reliquias de opulencia señorial. Mi cama, por ejemplo, es salomónica, primorosamente torneada, incrustada de bronce, con monumental copete y dosel altísimo, de donde cuelgan pingajos de damasco ayer rojo y galón ayer dorado; es mueble que si se restaura quedará precioso, y cuando yo tenga un real y muchos cuartos lo compondré para ofrecérselo á mamá. He descubierto también unos bancos de respaldo pintado, una mesilla de tijera que *acuerda al rey que rabió*, y una Purísima en cobre, tan encubierta por el polvo, que sólo adiviné el asunto viendo blanquear la media luna. Del estado en que se hallan estos tesoros juzgarás si te digo que mi cama, antes que yo llegase, servía para tender castañas y nueces. Los colchones son prestados: creo que del Cura.

Sospecho que hasta mi venida, la familia del casero se permitía dormir y vivir en el piso alto, bien distante de imaginar que ningún Rojas la estorbaba nunca el pacífico goce de su morada. Desde mi invasión se refugiaron abajo, no sé si en el lagar ó en la bodega; no he querido averiguar en dónde, porque necesito hacerme violencia para no mandarles que suban otra vez. Me consta que á papá no le agrada-
ría, pues me encargó que me diese á respetar y guardase mi posición, no familiarizándome con los caseros; pero tú, que conoces mis principios, adivinarás cuánto me mortifica saber que á mi lado respiran cuatro ó cinco seres humanos y racionales como yo, amonto-

nados en un lugar sombrío, húmedo, entapizado de telarañas, sin sábanas ni colchones, y al abrigo de una cuba vieja. Porque yo creo que dentro de las cubas vacías duermen todos, chicos y grandes. Aquí, antes del *oidium*, se cogía mucha cosecha, y hay cubas monumentales que hoy no se usan: las alfombraron de paja, y como Diógenes el cínico.

En tan extraños lechos presumo que duermen el padre, vejete marrullero, fisonomía inmóvil, ojillos relampagueantes de malicia; Maripepa, la hija mayor, que contará sus veinte; la pequeña, como de ocho; el niño, de cinco, y el mozo de granja, un bárbaro (exento del servicio militar por faltarle el pulgar y el índice de la mano derecha, que él mismo segó con la hoz). ¡Qué promiscuidad! dirás tú y dirá cualquiera. Así viven: como las bestias en el establo: peor quizás.

Paso á los jardines. Se componen de un cuadrado de coles, otro de patatas, un maizal que ahora está en rastrojos, y unos cuantos manzanos, perales y cerezos. En materia de flores, ya te contaría Matilde que no pude enviárselas disecadas porque no existen, á no ser tojos amarillos, malvas y unas campanillas blancas bien chiquitinas. Cuando cese de llover, bajaré á las orillas del río á ver qué tenemos de bueno por allí y si es posible coger alguna trucha; me convendría variar el *menú*, que se compone invariablemente de un caldo, un cocido y un asado de carne con patatas. Creo que Maripepa no sabe más condumios. Es verdad que por la mañana me tiro al cuerpo un vaso de le-

che... ¡qué vaso de leche, chico! Esto es beber leche: una leche mantecosa, fragante, rebosando la suave crasitud de la nata: un desayuno digno de un rey. Al despertar sudando y molido (porque esta máquina no quiere acabar de arreglarse, pero no se lo digas á los papás), aquel vaso de leche me vuelve el alma al cuerpo. A las siete en punto entra Maripepa, y *cla, cla...* me bebo mi vaso, mejor dicho, mi escudilla ó *cunca* de barro del país, que no nos honramos con otra vajilla más preciosa.

Ya que he puntualizado lo que me sucede aquí, hasta lo más tonto, justo es que me enteres de lo que por ahí ocurre. ¿Habló ya en el Ateneo Gutiérrez Pelado? ¿Gustó? ¿Volvieron Ernesto y su novia de Andalucía? ¿Publicó Lena sus *Ilusiones fugaces*? ¿Le han dado algún palo los críticos? ¿A qué altura estás con la rubia del Retiro? ¿Lo pescó Matilde? ¿Y de política? Que vengan los tuyos; amén, pero por turno pacífico, sin pronunciamientos. España necesita un poco de paz, si ha de reponerse. Me repugnan las explosiones brutales, hasta las más justificadas en su origen.

Á tí, en cambio, te entretienen. Dichoso tú. No te faltará diversión.

Ea, adios; no te empereces, y escribe.

DEL MISMO AL MISMO.

Octubre.

¡Camilo, Camilo, Camilo! ¡Que siempre has de ser así, empedernido y recalcitrante! Porque te dije en mi carta anterior que el casero tiene una chica, y esta chica me sirve la *cunca* de leche, ya pones mil tontorías, y afirmas que estoy aquí contentísimo y pinto el país y la casa con bellos colores. Piensa el ladrón... Ven acá, malicioso; ¿ignoras que no soy como tú, ni peco de inflamable, ni me vuelve loco el espectáculo de unas enaguas colgadas de una percha? Me gusta lo hermoso, me agradan las niñas guapas mucho más que las feas; sólo que no he menester, como tú, traerlas siempre al retortero, y supongo que cuando me enamore será de veras, y haré un marido tierno y amante, como Dios manda y debe ser todo hombre honrado.

Mi programa excluye los conatos de seducción. ¡Y por dónde querías que empezase la carrera de Tenorio! ¡Por Maripepa, la hija del señor Pepe de Naya! Antes de leer tu carta (que en algunos pasajes me hizo desternillarme de risa), ignoraba el color de los ojos de esta rústica ninfa, ó más bien faunesa. Hoy fué la primera vez que se me ocurrió desmenuzar su palmito. Cuando yo la consideré despacio, estaba *Maripepiña* en la actitud siguiente: arrollada á una muñeca la sogá con que prendía á la vaca, y en la

otra mano, que apoyaba en la cadera, reluciente y afilada hoz. Muchacha y vaca miráronme de soslayo cuando me acerqué al grupo, con mirada á un tiempo recelosa, arisca y humilde, como exclamando: «¿qué nos querrá éste?»

¿Y qué tal de estética? preguntarás tú de fijo. ¡De estética! Verás, verás. *Maripepiña* es de mediana estatura, tiene el cutis asoleado, sembrado de pecas, rojo el greñudo cabello, las manos oscuras y curtidas, con uñas cuadradas y romas, el pié muy ancho y plano, sin duda por la costumbre de no calzarse sino los días festivos, y de pisar cantos y asperezas. Tú, que te mueres por un pié bonito encerrado en elegante bota, tendrías para reírte un mes con la ancha base de esta criatura. Á fin de no desilusionarte por completo, añadiré que posee unos ojos entre verdes y azules, con pestañas muy cortas, espesas y rubias, que no por lo raros, ni por no contarse en el número de los ojos clasificados oficialmente como bonitos, dejan de serlo. Pero lo demás... ¡Si vieses qué semejantes en su colorido son la chica y la vaca! Rojas, morenas, las dos parecen hechas de tierra y teja molida.

Emprendí conversación con Maripepa, y no se cortó; dejó á la vaca mordiscar el campo, y me fué dando explicaciones de sumo interés; por dónde se encontraban las mejores lindes para el pasto; qué edad cuenta el ternero; cuándo será tiempo de venderlo en la feria; cómo era preciso traerle yerba tiernecita, si no el muy glotón no dejaría para mí gota de

leche; todo en el dialecto del país, que me costaba trabajo entender, aunque voy acostumbrándome y ya sé el nombre de muchas cosas.

Sospechas que me habitúo á esta situación; te equivocas; me aburro resignadamente, hago de tripas corazón y de la necesidad virtud; duermo, como, paseo y trato de no echar de menos tu compañía, la familia, mis relaciones, el Ateneo y los teatros. No niego que me sucede un curioso fenómeno; deseaba mucho recibir el cajón de libros, y ahora que está aquí no me resuelvo á desclavarlo. La naturaleza me embebe, me absorbe la vida orgánica y me entrego dulcemente al placer de existir, de gozar sueños reparadores y digestiones insensibles, respirando un aire templado, que á veces trae olores resinosos del cercano pinar.

Otro síntoma: cuando llegué se me figuraba estar soñando, y que el único mundo real era Madrid; ahora me sucede lo contrario; penetrado de la realidad de cuanto me rodea, el Madrid lejano me parece una comarca fantástica: dudo confusamente de su existencia, y al recibir cartas me río de mis dudas. Cosas singulares observé también al despertar. El primer día que desperté aquí, me sobrecogió extraordinariamente la profunda calma, apenas rota por un rumor suave de brisa en la arboleda, por remotos *quiquiriquís* de gallo y por el argentino gotear del caño de la fuente. Contrastaba de tal modo esta paz con el ruido de los coches, que aún llenaba mis oídos,

con el tableteo del tren y el carranqueo de la diligencia, que me puse á *escuchar el silencio*, gozando más que en el Real cuando la orquesta entona el *solo* de la *Africana*.

No niego el atractivo del campo. Desde que no llueve y está serena la atmósfera, recorro mis dominios, disfrutando de un apacible otoño. He visitado las orillas del Avieiro, festoneadas de olmos y mimbrales; en los recodos, ¡si vieses qué praditos de grama mullida, qué orlas de espadaña mezclada con lirios tardíos! Dará gusto leer á Becquer en sitios tan poéticos. Con todo, mi lugar favorito no son las orillas del río, sino el soto de los castaños. Conservan éstos su frondosa hojarasca, pero sus flores secas y amarillentas alfombran el suelo y embalsaman el aire con un grato olor casi imperceptible; algún entreabierto erizo va cayendo, y se ve en su interior pardear la castaña. Me indicó Maripepa que el día de Difuntos se podrá hacer un *magosto*, es decir, asar las castañas en el mismo soto y comerlas regándolas con el mosto agrio y clarete del país. ¡Qué mosto, hijo! Me lo dieron á probar, é hice una mueca. Aseguran que asociado á las castañas es cosa exquisita: me figuro que siempre será vinagre.

¡Ah, gran acontecimiento! ¿Pues no se me olvidaba lo mejor? He tenido dos visitas, pásmate, dos nada menos. Y son gentes muy dispuestas á acompañarme y obsequiarme: el notario de Cebre y el señorito de Limioso. El notario, mozo robusto, colorado, gasta

barba que le come las mejillas, pelo que se le junta con las cejas, y detrás de tanta maleza esgrime unos ojuelos vivos y joviales; el señorito, avellanado, escueto, grave y lacio, usa bigotes caídos, pantalones cortos y un chambergo anticuado, romántico, que está reclamando la flotante pluma. Tiene fama el notario de pirrarse por las mozas, el vino y la caza; el señorito es también gran cazador; pero respecto á otras pecaminosas aficiones, nada se murmura de él; es encogido, de pocas palabras, y no le falta cierta innata cortesía caballeresca. Este señorito de Limioso no salió jamás de su concha, y creo que sus viajes se reducen á ir algún año á Pontevedra para ver *el fuego de la Peregrina*; no le dieron carrera, fuese por falta de medios ó fuese por considerar más hidalga su ignorancia de mayorazgo pobre, y vive con su padre, chocho ya, y dos tías muy viejas y raras, en un caserón acribillado de goteras, que aquí llaman con gran respeto el *Pazo* (palacio) de Limioso.

Afirma el notario malignamente que el señorito mantiene á sus tres perros de perdices con aleluyas, y que en el Pazo se cuelga del techo el mollete de pan, á fin de que dure más tiempo y sea más difícil de coger. Es posible que tengan fundamento estas burlas; porque mientras el notario ha venido á verme caballero en una yegüecilla muy redonda, de ojo zaino y gordas ancas, el señorito cabalgaba en un *penco* trassijado y larguirucho, que casi desaparecía bajo la gran silla española con adornos de plata, mueble his-

tórico del Pazo. Ambos visitantes me convidaron á salir con ellos á las perdices, y convinimos en que, si no se descomponen el tiempo, recorreremos el monte y ellos vendrán á disfrutar el *magosto* aquí.

Ya te referiré cómo he obsequiado á mis nuevos amigos y á qué saben las castañas.

DEL MISMO AL MISMO.

Noviembre.

No he contestado á tus últimas y cariñosas epístolas, porque sólo tuve ánimo para poner dos renglones á mamá, redimiéndola de la mortal inquietud en que viviría si no viese mi letra. Es el caso que he recaído: ¡silencio por Dios, y no se te escape la noticia ni con Matilde! Por otra parte, imagino que lo peor ya pasó, y que vuelvo á encontrarme fuerte. Merece contarse la historia de mi recaída y de las calaveradas que la originaron.

A fines de Octubre y principios de Noviembre hizo un tiempo delicioso: ni en Niza, ni en región alguna del mundo se podía apetecer cosa más grata que esta despedida del otoño que llaman *veranillo de San Martín*. El día de Difuntos—tan triste en otras partes—daba aquí ganas, más bien que de llorar y morir, de resucitar brincando; y cuando salimos para el soto el notario, el señorito de Limioso, el cura de

Naya y yo, íbamos tan contentos y me sentía tan bien, que creí vencida del todo mi enfermedad. Convinimos en que haríamos el *magosto* nosotros mismos, y en que Maripepa nos traería la comida al soto. Apenas llegados á él, mis compañeros, que según costumbre llevaban escopeta, aseguraron que se oía el reclamo de la codorniz, *chau, chau*, en unas viñas próximas, y ya no hubo quien los contuviese. Quedéme solo, sentado en el cepo de un castaño que abatió el hacha, con el volumen de Becquer abierto en las manos, pero con gran pereza de leer.

Me distrajo ver cómo hacía Maripepa los preparativos del *magosto*, juntando ramas y hojas muy secas y reuniéndolas en montón en un claro del soto, donde el sol había requemado y dorado la yerba y el musgo. Preparada la hoguera, dedicóse la muchacha á recoger erizos y extraerles la fruta. ¿Con qué dirás, Camilo, que abría los erizos Maripepa? ¡Con los piés!! Juntándolos mucho, sirviéndose de ellos como de unas manos, manejando diestramente el pulgar, la planta y el talón, hacía estallar la cápsula y saltar la castaña fuera. No comprendo por qué milagro las púas del erizo no se le clavaban en la carne: es verdad que antes de abrirlo lo prensaba y estrujaba con un valiente talonazo. Reíme de tan peregrina faena, y la chica se rió también, enseñando entre sus labios gruesos unos dientes para dar envidia á los que padecemos del estómago. Intenté sepultarme en la lectura de Becquer, pero á poco, incitado por la quietud rumorosa

del bosque, el sereno regocijo del cielo y las idas y venidas de Maripepa, tiré el libro y me consagré á ayudarla, haciendo torpemente con las suelas de las botas lo que ella á maravilla con la recia planta del pié. Compadecida de mi ineptitud, me dijo que en vez de abrir erizos recogiese castañas de los ya abiertos, quedándome sólo con la gorda del centro y desechando las dos mezquinas que suelen flanquearla. Y aquí me tienes de bruces, cogiendo castañas, limpiándolas con la manga y echándoselas á Maripepa en el delantal.

En semejante actitud me encontraron mis compañeros, que volvían locos de gozo con una codorniz y dos ó tres pajarillos asesinados. Soltaron la carejada al verme, y me levanté algo confuso, alegando el aburrimiento y la soledad en que me dejaban. Cruzaron entonces miradas maliciosas: el notario guiñó el ojo izquierdo hacia Maripepa, dando un codazo al cura; el cura hizo ademán de tocar las castañuelas, y el señorito contempló de reojo, sonriendo, sus desmayados bigotes.

¡Búrlate de mí! Me puse frenético. ¿De manera que no sólo tú, sino también estos majaderos, me juzgan capaz de abrasarme en la hoguera del *magosto*? Porque te juro, Camilo, que las miradas, el guiño, el codazo, la pantomima y la sonrisa fueron, en su género, de lo más crudo y franco posible. No necesitaban traducción ni comentarios.

Como Maripepa se había marchado á buscar la comida, aproveché la ocasión para desahogarme, y

con gran sorpresa mía, sólo conseguí aumentar la broma y las risotadas. No les pude hacer comprender que la honra de una chica que lleva á pastar las vacas y abre erizos con los piés, vale tanto como la de una emperatriz, y que la perla de la virginidad no pierde su hermosura por abrigarse en la concha de una cuba vacía, entre las telarañas de una bodega. ¡Sin embargo, es cosa bien clara á mis ojos! Hasta el cura me daba la razón á medias, sólo en el terreno especulativo: ante Dios todas las almas son iguales, y no hay distinción de categorías—decíame festivamente;—pero en la práctica vemos que la educación, lo que se aprende desde la niñez, la costumbre, influyen de un modo notable en la conducta y en el aprecio que el mundo nos otorga. Parecióme de *componenda* la teoría, y protesté algo enojado. La llegada de los manjares me forzó á desarrugar el entrecejo y atender á mis deberes de anfitrión.

¡Qué gustosa es una empanada de Cebre, fría, comida sin mantel ni trinchante! ¡Pues y las patatas cocidas, escarchadas en una corriente de aire, sobre un cesto de mimbres! El notario había traído su *morena*, bota capaz de doce ó quince cuartillos, y la empinábamos por turno, rociando el banquete con tragos de vino del Alvieiro, muy análogo al Burdeos común. Entre tanto, Maripepa, arrodillada, activaba la hoguera del *magosto*, soplando con toda la fuerza de sus carrillos, mientras el notario, echando cerillas, las aplicaba á las hojas secas, que ardían chisporro-

teadoras. Así que el fuego se apoderó de las ramas y éstas se convirtieron en brasa encendida, las castañas comenzaron á estallar, y Maripepa á meter intrépidamente los dedos en la lumbre, sacándolas una por una y ofreciéndomelas después de limpiarlas á su justillo.

Empezó el mosto agrio á correr, y sus efectos hilarantes á percibirse. Hasta se le desató la lengua al señorito de Limioso con tan alegre vinillo, y azuzado por el notario armó discusión con el cura sobre política. Yo pensaba que los dos andarían conformes: ¡que si quieres! el señorito recibe *El Siglo Futuro*, el cura está suscrito á *La Fé*, y entre *mestizo* y *nocedalino*, *pidalero* y *cesarista*, se pusieron de oro y azul. Al cura se le sofocó y arrebató hasta la piel de la corona; al señorito parecía que se le enderezaban los bigotes, á guisa de espolones de gallo de combate. Lo gracioso fué que ambos apelaron á mí para dirimir la contienda, y yo no sabía qué decirles ni ellos me dejaban hablar; tales estaban de acalorados.

Mientras duró esta escaramuza, el notario, á pretexto de velar por el *magosto*, se había arrimado á Maripepa disimuladamente, y oí un chillido de dolor, á que él contestó con una carcajada sonora y larguísima. Me levanté furioso para contener á aquel mozo desvergonzado, y ví á Maripepa de pié, con una manga de la camisa remangada hasta el hombro, mirando tristemente la señal roja del bárbaro pellizco,

en actitud algo parecida á la de un perro á quien pegó su amo. Por señas que es admirable que Maripepa tenga los brazos blanquísimos, teniendo la mano tan oscura.

No sé qué le dije al notario, sin descomponerme, pero con gran energía, que vino con las orejas gachas á sentarse en un tronco y á comer castañas por vía de consuelo. Yo también me harté de tan indigesta fruta, y mi estómago quedó fatigado y embutido. No obstante, atribuyo la recaída, más que al *magosto*, á la cazata de pocos días después.

Quedamos en que ellos pondrían los perros, el vino, las municiones, la caza, y yo la comida solamente. Ya el día empezó mal para mí, pues me hicieron madrugar; era noche cerrada cuando alborotaron el patio los ladridos del *Chonito*, del *Pistón* y de la *Gineta*, y apenas blanqueaba la aurora cuando bajé vestido, y temblando de frío, á recibir á mis huéspedes. Parecían tres facinerosos, con el sombrero de anchas alas, la canana, el morral y la escopeta. Eché á andar en su compañía, y caminamos por la margen del Avieiro hasta mucho más allá del soto, desde donde tomamos monte arriba. ¡Ay, Camilo, qué piernas requiere el oficio de cazador! ¡Esto de que un sér racional ha de seguir el rumbo que le señala un bando de perdices, es mucha cosa! Que las perdices están allí... que nó, que se corrieron á media legua, á la parte de Boan... Y salte V. portillos, cruce bosques, y vadee arroyos, y pise tojo, y suba cuestas ásperas

para luego bajar otra vez, por despeñaderos, á la cuenca del río.

Me sentía rendidísimo y no quise confesarlo, porque me avergonzaba de mi poco vigor ante la robustez del notario, la agilidad galguesca del señorito y la jovial ligereza del cura. Hasta los perros volaban delante, gozosos, en su elemento, volviendo de cuando en cuando sus cabezas inteligentes á ver si los seguíamos. De pronto el *Pistón* y la *Gineta* se pararon, con las patas de delante inmóviles y un leve y nervioso meneo de cola. Su piel se estremecía de impaciencia y de entusiasmo. ¡Entra, *Pistón*! ¡Entra, *Gineta*! ¡Ahí, *Chonito*! Entraron impetuosamente en el brezal, y salió la bandada con formidables aleteos; sonaron tres tiros, y luego otros tres; por último salió rezagado el mío, y se perdió inofensivo en el aire, haciendo reír á mi costa. Los canes *portaban* las víctimas, desviando delicadamente sus dientes blancos para no deshacerlas, y aquí de las exclamaciones: «¡Un pollo! ¡Un pollo! ¡Esta es *una vieja*, un macho viejo!» Y los cazadores apartaban con los dedos la abigarrada pluma, palpando la carne gruesa, tibia aún con un resto de calor vital.

¡Gracias á Dios! murmuré para mi sayo cuando nos recogimos á una robleda donde nos aguardaba la comida, y, sobre todo, el reposo. Maripepa y Manuel, el mozo de granja, nos esperaban allí; entregamos á Manuel la caza por aligerar los morrales, y él nos mostró con aire de triunfo un objeto que pendía de

sus tres dedos sanos, y que al pronto me pareció un haz de helechos, hasta que ví entre las dentadas hojas verdes asomar unos cuerpos de pez argentados y húmedos. ¡Truchas soberbias, truchas de las famosas del Avieiro!

Manuel explicó que las había cogido tempranito, al rayar la aurora, por medio de la *nasa*, especie de cesto muy hondo. Con la alegría de verlas se me quitó el cansancio, y ordené á Manuel que fuese por unas parrillas á la rectoral de Naya, que estaba á un tiro de fusil; al oirme hablar de parrillas, Manuel se encogió de hombros, se eclipsó, y volvió á poco rato trayendo una ancha losa de pizarra que tendió en el suelo, y al rededor de la cual puso rama de pino, mucha rama, prendiéndole fuego después. Así que la rama ardió y se hizo brasa, colocó encima de la candente pizarra las truchas, que empezaron á asarse lentamente, soltando su grasa finísima. ¡Qué buenas estaban! El más exigente gastrónomo se chuparía los dedos.

Con la golosina de las truchas comí bien, y al volver á ponernos en marcha para buscar otro bando de perdices que debía encontrarse, según noticias, en un escarpadísimo barranco, cádate que empieza á caer llovizna menuda y á cerrarse la tarde en niebla, y yo, bastante desabrigado, á experimentar la penosa sensación del frío sordo y penetrante, que se nos cuela hasta los huesos. La terca lluvia no cesaba, y estábamos á legua y media de Fontela, y no me de-

fendía, como á mis compañeros, una especie de colete de badana, ni unas polainas de cuero. Llegué tiritando á casa y me acosté yerto; á poco se declaró la calentura, y aun creo que el delirio: por lo menos la incoherencia en el hablar. Yo me agitaba, quería destamparme, y después me quedaba postrado. Así corrieron dos semanas.

He conocido en esta ocasión que aquí es la gente muy buena y cariñosa; no sabes la compañía que me hicieron por turno el notario, el señorito y el cura: me trajeron al médico de Cebre, viejo practicón que me recetó friegas y sudoríficos (¡qué diría Sánchez del Abrojo si tal supiese!), y trabajo me costó impedir que el notario, á puros refregones, me arrancase la piel. Á falta de los amigos, Maripepa me asistía, velaba y daba bebistrajos y medicamentos ridículos: un huevo muy batido con azúcar y disuelto en leche, agua hervida con miel, mil porquerías.

Me acostumbraron mis enfermeros á jugar una partida de tresillo para entretener el forzoso encierro de la convalecencia, y todas las tardes lo jugamos en la mesa de la cocina, cerca del fuego del hogar, escuchando el ruido pausado de la lluvia y el medroso silbido del viento, pues ya el *veranillo* pasó y reina la invernada más húmeda y nebulosa que imaginarte puedas. Por no interrumpir la animada partida, sacamos el caldo del pote con nuestras propias manos, y cenamos al amor de la lumbre sin dejar de jugar. ¿De qué se habla? Generalmente, del codillo ¡de solo! que

se mamó el cura, ó de la bola que le cortaron al señorito con el caballo de bastos. A veces, de perdices, de codornices, de ferias ó de política; el notario es sagastino, porque tiene un tío que recibe de Sagasta instrucciones electorales; el señorito y el cura ya sabes de qué pié cojean; yo, que aspiro sólo al progreso y bienestar de España, les sermoneo á todos, y todos se ríen de mis utopias.

Te diré con franqueza que si por algo me desagrada esta tertulia campestre, es por ciertos desmanes del notario con Maripepa. No puede la pobre muchacha entrar en la cocina sin que la hostigue, la arrinconé y la persiga de mil maneras indecorosas. Si los deberes de la hospitalidad y la gratitud que en el fondo me merece este gahnápiro no me atasen las manos, le daría una lección de la cual le quedase memoria. ¿Cómo he de consentir que á mi vista ofendan á una mujer, siquiera sea á la más humilde? Con la lengua defiendiéndole á Maripepa calurosamente, reprendiendo las feas acciones del notario; mas es predicar en desierto, porque la idea de que en Maripepa hay algo acreedor á respeto no arraiga en el obtuso margen de este *Don Juan* de aldea.

Puede que tú también te rías viéndome metido á redentor; considera, antes de mofarte de mí, que aparte de mis principios humanitarios, le tengo ya á Maripepa cierto cariño desde que me asistió tan asidua. Por señas, ya que de esto se trata, que me sorprendió mucho la indiferente familiaridad con que me

prestó toda clase de servicios. Yo bajaba la vista por instinto cuando me mudaba las sábanas, ó las estiraba, ó me arreglaba el colchón... y ella tan tranquila, sin entornar siquiera sus pupilas verdosas. ¿Será verdad que el pudor es relativo y depende de la posición social que ocupamos y de la educación que nos dieron?

Me inclino á pensarlo, porque esta chica me trató con más desahogo durante mi mal, me cuidó con menos escrúpulos que mi hermana ó mi propia madre. Y sin embargo, al través de su tosquedad, parece inocente y mansa como el ternerillo que zagalea.

Noticia á todos que estoy mejor, es decir, bien, y que mañana ó pasado les escribiré largo y tendido.

DEL MISMO AL MISMO.

Diciembre.

¿Preguntas por mi salud? Magnífica, chico; he echado carnes, mi barba se cierra, mis piernas se fortifican, y vas á dignarte decir á mi mamá que es razón sacarme de aquí, si no he de enfermar otra vez de murria y fastidio. Se acerca una época que me inunda el corazón de nostalgia: las navidades. ¿Quién no aspira, en Noche Buena, á cenar rodeado de su gente? Sepultado en el rincón de un valle, en el fondo de Galicia, yo me consumiré ese día clásico, y pensa-

ré tristemente en los que me echan de menos. No respondo, Camilo, de no plantarme en esa el día 24.

¡Con qué placer celebraríamos la Noche Buena, yo restablecido, con el nombramiento de Juez en el bolsillo, y tú declarado novio oficial de Matilde! Mis padres, aunque temen algo á tu mala cabeza, estiman tu corazón, saben que eres chico listo y de porvenir, y no aspiran á mejor yerno. Pero eres incasable, está visto. Has de tropezar con una moza traviesa que te haga ver lo blanco negro. No te digo más, porque es algo desairado el papel de casamentero de mi propia hermana, máxime no teniendo ésta un ochavo de dote.

Podías imitar mi prudencia, y dejarme en paz con la chica del casero. Supongo que, después de saber que rabio por tomar el portante, no reincidirás en la chistosa bromita de que estoy prendado de esta *ternera*, como tú le llamas. Maldita la falta que hace estar prendado de nadie para profesar y sostener principios de elemental justicia. ¿Qué significan entonces nuestros ideales democráticos, si hemos de aprovechar la primer coyuntura favorable de escarnecer al pueblo en lo más digno de veneración, en la mujer indefensa y expuesta por su misma inferioridad á todo ultraje? ¿Hay cobardía como abusar de criaturas poco más conscientes que el ganado? ¿No es Mariposa un sér humano, un semejante que excita mayor interés por lo mismo que carece de escudo social?

Comprendo, Camilo, todo lo que se haga en ciertos sitios, en ciertos bailes y con ciertas mujeres. Ya

barruntan ellas á lo que se exponen, y no les cojerá de nuevo cosa alguna; si la guerra es poco gloriosa, al cabo es franca y abierta. ¡Pero asechanzas á *Maripepiña*, á esta pobre Margarita salvaje que, por no saber, ni sabe dar al torno! Es igual que apuntar á un conejo atado por las patas ó cazar pollos en el nido. ¿No se subleva tu generosidad natural con sólo pensar que yo lo consintiese á mi sombra y bajo mi techo?

Me indignó semejante proceder, y más en el notario, que al cabo no tiene la disculpa de juzgarse, como el señorito de Limioso, investido de una especie de poder feudal sobre las mocitas de la comarca. Es verdad que el notario se lo arroga, en virtud de los manejos de su tío, el sagastino cacique, y te aseguro que bajo el cetro de papel sellado de estos tiranuelos locales vive harto más oprimido el paisanaje infeliz que en tiempos de horca y cuchillo, pendón y caldera.

Da ganas de reir tu aserto de que me inspira celos el notario. ¡Celos de Maripepa... y de ese pedazo de atún! ¡Cuánto nos vamos á divertir este año en el Retiro, acordándonos de tales simplezas!

Mira, no te olvides de instar á papá para que me levanten el destierro. Tengo verdaderas *saudades* de Madrid; es decir, no sé si son de Madrid precisamente; el caso es que las tengo. A medida que mis pulmones se saturan de aire puro y vital, parece que se me achica la respiración del alma y que me ahogo

por dentro. Ansío no sé qué, doy largos paseos sin objeto ni fin, ó me estoy horas y horas sentado en el poyo de piedra debajo de la solana, sumido en una especie de ensimismamiento raro, que debe de ser reza-go de la enfermedad. A veces salto del poyo, y por no saber cómo esparcir la sangre, trato de escalar la solana; y no estando muy hecho á este género de habilidades, á poco me rompo la crisma estrellándome en el patio.

Figúrate si me hierva el cuerpo en impulsos de actividad, que anteayer ayudé á Maripepa á segar, por entretenerme. La ví salir con la hoz y un aire tan animoso, que me dió envidia, y la seguí al prado. Es cosa muy linda el prado, sobre todo en este tiempo, cuando su frescura y color alegre contrasta con la desnudez de los árboles y la aridez del terreno labradío. Un prado es la infancia de la vegetación, y sin que uno sea borrico, ni mucho menos, la yerba convida á tenderse, revolcarse y palpar amorosamente su suave tez de felpa. Me tendí, pues, dejándome resbalar por el leve talud, mientras Maripepa esgrimía el arma de las druidesas y *apañaba* (es el término técnico) todo el verde posible. Al fin me resolví á servirle de algo, y estuve á punto de llevarme media mano con la hoz, que corta como navaja de afeitar. La chica se rió de todo corazón, pues nada le divierte tanto como mi torpeza en cosas rústicas. Me arrancó el instrumento, y pronto tuvo reunido un haz de yerba que colocó sobre su cabeza. Apenas se le veía la

cara entre aquel marco de verdura, y al andar la rodeaban las hojas y tallos que iban soltándose y cayéndose, y quedaba en pos de ella un rastro de briznas de plantas, de simiente de gramíneas, de florecitas menudas. No dirás que no te doy la razón poetizando á Maripepa. El asunto merecía un acuarelista que lo fijase en el papel.

Se me figura que parte de este desasosiego mío, de este no saber cómo matar el tiempo, á la vez que lo engaño con las mayores niñerías y futilidades, consiste en que los tresillistas me han abandonado, aprovechando estos días apacibles en sus correrías y cazatas, que ya no me atrevo á compartir, escarmementado por el mal suceso de la primera. Si no me escabullo antes, en Enero estoy convidado á la famosa feria del 6, en Cebre. El notario hará el gasto, y por no llevarnos á su casa de soltero, que la tendrá sabe Dios cómo, nos obsequiará en la *fonda*. ¡Debe de ser cosa buena la fonda de Cebre! ¿eh?

Contéstame á escape, dándome siquiera esperanzas de que saldré de aquí. Creo que el mar político se enerespa y la balanza se inclina del lado de los tuyos. Seré Juez... y ¡ay del notario fullero ó del cacique tortuoso é inicuo que me caiga por banda!

DEL MISMO AL MISMO.

Enero.

Sí, ha llegado mi nombramiento; sí, no te acusé recibo; sí, me hago el muerto, y lo que es peor, deseo estarlo hace algunos días. ¡Ya soy Juez, Camilo! ¡Amarga ironía de los acontecimientos! ¡La justicia humana se pone en mis manos el día en que más merezco caer en las tuyas... y acaso en las de Dios!

Camilo, si eres amigo mío de verdad, si quieres un poco á mi hermana, por ambos afectos te suplico seas discreto y reservado y no reveles á papás ni á nadie de este mundo palabra de lo que voy á contarte; porque necesito desahogo, y ya no sé callar más, y porque quiero que me aconsejes. Tú sueles ver más claro en asuntos de la vida práctica, aunque yo poseo... poseía, quiero decir, un fuerte instinto de rectitud moral que en cualquier conflicto me dictaba resoluciones dignas de mí.

Entraré en detalles y referiré cómo se encadenaron sucesos que acaso explican, sin disculparlas, mis locuras. ¡Maldita sea la feria de Cebre! Escucha, escucha, verás cómo empezó la broma que tan cara me cuesta.

La mañana del día 6 me vestí y acicalé para ir á Cebre, poniendo algún esmero en mi aliño, porque tras de una larga temporada de campo, en que el aseo se descuida y se anda sin corbata ni camisola, gusta

volver por los fueros del hombre civilizado, y se experimenta cierto placer al cortarse las uñas y atusarse el pelo. Vestido ya de piés á cabeza, cabalgué en el jaco que me traía Manuel, y salí al camino. Estaba la mañanita fresca, y yo, sintiéndome sano y fuerte como nunca, respiraba con placer el airecillo picante, y conocía que empezaban á enfriárase los piés en los estribos. De pronto oí una voz: «¡Adiós, señorito!» Miré hacia abajo y ví á Maripepa. Al pronto dudé si la era; tan diferente me pareció de la Maripepa acostumbrada.

¡También ella se había pulido y hermoseado á su modo! Llevaba *mantelo* negro, liso y muy ceñido, con ancha cenefa de pana; *dengue* negro también, recamado de azabache y sujeto á la cintura con un broche de dos conchitas de plata relucientes; al cuello, pañolito de seda azul. Su pelo rojo, alisado con agua, tenía al sol reflejos cobrizos, y su tez, á fuerza, sin duda, de fricciones, ostentaba un brillo de juventud; las pecas satinaban á trechos el cutis tostado, y los ojos verdosos parecían de metal, vistos á la claridad del día. ¡Cosa más rara!—pensé para mis adentros.—Esta chica no es fea: al contrario.—Reflexión que hice mientras echaba pié á tierra y emparejaba con Maripepa, cogiendo del diestro el jaquillo.

Ella también llevaba el ternero, destinado á venderse en pública subasta en la feria; de modo que ternero, jaco, ella y yo formábamos un grupo que, al ascender el sol en los cielos, proyectó sobre el cami-

no una forma grotesca y fantástica. ¿Por qué me fijé en la proyección de sombra, y recuerdo este incidente entre otros más dignos de memoria duradera? No sé; lo cierto es que el grupo, visto de aquel modo, resultaba muy extravagante, y me hizo reír.

Aumentó mi buen humor Maripepa, que me dijo á voces lo que yo me limitaba á pensar de ella por lo bajo. Con rústicas razones me aseguró que estaba muy guapo aquel día, y añadió en tono hiperbólico:

—¡Hoy las señoritas en la feria!...

No se explicó más, ni hacía falta, porque la risa y la mirada dijeron el resto. Homenaje más brutal, más resuelto, más sencillo y más provocativo á la vez, no se ha tributado á nadie. Un alma inculta, enterita y sin velos, se asomó á unos ojos del color del follaje, ojos que parecían espejos de la naturaleza agreste.

He leído que mujeres muy hermosas, entre ellas la célebre Mad. Récomier, la amiga de Chateaubriand, oían con gratitud y orgullo los piropos de los soldados ó de los saboyanitos deshollinadores, en la calle. No soy mujer; ni, como sabes, me hepreciado jamás de chico lindo; pero soy de carne, y reconozco que es muy grato leer en una cara el placer causado por nuestra presencia. Y este placer apenas pueden ofrecérselo gentes cuya condición social supere á la de los deshollinadores. Una señorita, ó siquiera una mujer algo educada, cuando encuentra guapo á un hombre, procura á toda costa que no le salgan al rostro

los pensamientos. Maripepa dió rienda suelta á los suyos, como el niño que ve dulces ó juguetes. Mirábame de piés á cabeza embelesada, repitiendo con una mezcla de envidia y codicia:

—¡Ay las señoritas hoy!...

Saboreé un momento aquella admiración candorosa, ó impúdica, ó como quieras, dejándome llevar á mi vez del gusto de contemplar á la chica y detallar en ella gracias no observadas hasta entonces: la delgadez de la cintura, realzada por la valentía de la cadera; la abundancia del pelo rojo, alborotado en las sienes; y la mucha frescura de la boca. Pero como no soy tan inocente que no sepa en qué paran observaciones de este jaez, y además, hasta Cebre, faltaban aún tres leguas, dije á Maripepa unas cuantas palabritas de broma, para que quedase satisfecha y pagada, y monté de nuevo á caballo, espoleando á mi jamelgo y perdiendo de vista á la pastora muy pronto.

Cuanto más me acercaba á Cebre, con más bueyes y cerdos tropezaba, teniendo á veces que pararme por no aplastar inhumanamente algún marranillo de rosado cutis y finas sedas. El campo de la feria de Cebre es una robleda frondosísima, que la carretera divide en dos. Cuando llegué, no se podía literalmente dar un paso: tal era el hervidero de cabezas humanas y cornúpetas que me rodeaba y oprimía. No he visto cuernos más inofensivos que los de estas pobres vacas gallegas. Enganchan á un hombre por la

cintura, y él se vuelve muy tranquilo y los desvía con la mano. Sin embargo, como estaban tan apiñados, las astas y la gente me oponían una muralla casi infranqueable, y ya renunciaba á pasar, cuando ví de lejos al notario y al señorito haciéndome señas. Guíé hacia la izquierda, y conseguí salir á sitio de más desahogo.

En un redondo campillo, donde clareaba la robleada, nos pusimos á pasear, después de que un chicuelo se llevó mi rocín para buscarle acomodo. Empeñóse el notario en darme de *refrescar* inmediatamente, y trajo de su casa, próxima al campillo, una botella de *tostado*, vino de pasa muy estimado aquí, y unas rosquillas exquisitas, que se conocen por *melindres*. Entre el *mosto* y el *tostado* se compondría un vino racional, pues lo que á aquél le falta de azúcar, le sobra á éste; bien que se asemejan en carecer ambos de alcohol, razón por la cual el *tostado* embotellado suele volverse, al cabo de algunos años, una bola de azúcar. No sé por qué te cuento tales menudencias; creo que los detalles del día fatídico se me incrustaron en la memoria; además, hace muy al caso referir todo lo que me dieron, pues pudo contribuir á embargar mis potencias.

Sin tener exceso de alcohol, el *tostado* me alegró y me infundió cierta animación desusada. Presentóme el señorito á tres ó cuatro señoritas que se paseaban por allí en pelo, con flores en la cabeza y vestidos que me parecieron, no sé explicar el por qué,

anticuados y pretenciosos. Antes de mi presentación, las señoritas reían á carcajadas y se pellizcaban unas á otras; pero la llegada de mi madrileña persona les echó un jarro de agua, y quedáronse como en misa. Traté de reanimar su buen humor, envidiando de veras el tuyo, que me vendría de perlas allí; ¡esfuerzos inútiles! las niñas creyeron interesado su amor propio en aparecer graves y espetadas, y me preguntaron por las bodas de la Princesa de Baviera y otras menudencias cortesanas, como si yo fuese *gentilhombre de casa y boca* y anduviese metido en trá-fagos palaciegos. Mi empeño de traer la conversación á un terreno más actual y menos elevado, sólo consiguió que languideciese; y después de convidar á rosquillas á aquella aristocracia montés, nos apartamos del grupo, no sin que el notario me diese al codo repetidas veces, señalándome maliciosamente á una de las señoritas, que tenía voz gruesa y presencia varonil.

Vagamos por la feria, admirando alguna yunta de bueyes superior, algún marrano de desmesurados lomos y corto y enroscado rabo (son los preferidos), y alguna vaca gran lechera; no se nos pegaron moscas de caballo, ni nos picaron tábanos, por ser invierno; pero nos empujaron sin compasión, oímos las disputas y el regateo encarnizado, y como iba aburriéndome más de la cuenta, oí con gusto la noticia de que era hora de comer.

Entramos en la *fonda* por la cocina, llena de

gentío y ruido, con piso de tierra, y nos dieron arriba la mejor habitación, una salucha independiente, donde nos sirvió una moza sucia, desgredada y fea, á quien el notario acribilló á bromas como suyas. Si estuviese yo de humor de descripciones largas, te diría la brutal abundancia del banquete, la compacta sopa de fideos azafranados, el cocido mónstruo, con sus moles de tocino y carne y sus chorizos derramando por las brechas de la tripa roja grasa, el asado de lomo capaz de mantener á un regimiento, el océano de papas de arroz; dándote á conocer asimismo el plato clásico de las ferias, el pulpo curado y cocido, tras del cual se chupan aquí los dedos. Y no dejaría de divertirte si te refiriese nuestra conversación, donde entre bocado y bocado averigüé los fastos de las señoritas de la feria, y supe que la gruesa monta caballos en pelo y tiene á prevención el rewólver debajo de la almohada, por si asaltasen ladrones el solariego palomar, mientras la chiquita es poetisa y hace versos á los estudiantes que pasan las vacaciones en Cebre, lo cual sugirió al notario y al cura, entre mil tonterías, algunas agudezas que me hicieron reir con toda mi alma.

Mas lo que importa á mi cuento, es que el notario trajo de su casa hasta media docena de botellas de *tostado*, que aunque suave y dulzón, unido al vino común, al ruido, á la risa y á los cigarros, me produjo inexplicable aturdimiento. Sentí crecer en mí la vida orgánica, y me ví libre de la eterna presencia del

pensamiento, compañero serio y moderador al fin. Puse los piés sobre la mesa, me eché atrás en la silla, declamé y canté algunas canciones de zarzuela y trozos de ópera, todos tiernos y apasionados. Porque quítale el freno de la reflexión á un muchacho de mi edad, y claro está que se desborda el torrente amoroso que, más ó menos aprisionado, ruge en el fondo de todas las almas. Si la maritornes que servía tuviese rostro humano, creo que le abriría los brazos.

No los brazos, pero una ventana, abrió el cura, y el fresco empezó á calmarme y á recordarme que tenía que volver á la Fontela antes que anocheciese del todo. Ví el cielo gris, y me pareció que amenazaba lluvia. ¡Y me había venido sin el impermeable! Al punto envió á su casa el notario por una prenda que aquí se usa mucho: la capa de paja. Estos impermeables rústicos dan excelente resultado, pues sobre la superficie de las pajas resbala el agua, sin que entre una gota: nada pesan, y aíslan por completo de la humedad: tienen capucha y cubren todo el cuerpo.

Preservado de la contingencia de la lluvia, envié delante de nosotros á un chicuelo con mi jaco, sobre cuyos lomos iba terciada la famosa capa, y el cura, el señorito, el notario y yo emprendimos á pié la ruta, quedando ellos en acompañarme hasta cosa de un cuarto de legua de Cebre y regresar en seguida por si descargaba el aguacero. Poco nos alejamos del pueblo cuando observé que caminaba delante de nosotros una mujer, y conocí á Maripepa, libre ya de la

compañía de su becerrillo, que había vendido de seguro. Entretenido en la conversación del cura, y algo aturdido todavía por los efectos del tostado, yo andaba descuidadísimo; pero noté que el cura y el señorito se hacían señas y se fijaban en un punto del horizonte, y ví con sorpresa que el notario no estaba con nosotros. Miré en derredor, y no le divisé por parte alguna. Todavía me parece estar contemplando el paisaje, teatro de la escena que sucedió después.

Teníamos á la derecha un barranco, en cuyas laderas crecían tojos y retamas, y cuyo fondo era una especie de cantera de pizarra, ahondada quizás por los peones camineros para acogerse allí ó para rellenar la caja de la carretera. A la izquierda obscurecía sus sombras un pinar, plantado enteramente á orillas del camino, y del cual nos separaba tan sólo la zanja de una cuneta poco profunda.

De este pinar, á diez pasos de distancia, oí salir gritos, bárbaras risas, el tragín de una brega, algo como la corrida de una res por entre la hojarasca y la maleza tupida. Oírlo y lanzarme al lugar de la escena para mí invisible, fué simultáneo casi. Desvié arbustos, crucé zarzales que me arañaron las piernas, y hallé en el mismo lindero del bosque á Maripepa, lidiando con el notario á brazo partido, protegida por los troncos, que le servían de parapeto, trinchera y burladero. Sin vacilar me precipité á defenderla, cogiendo del cuello de la americana al agresor y obligándole á hacerme cara; pero el demonio, ó el tostado,

que será lo más cierto, le impulsó á descargarme una valiente puñada en la mandíbula izquierda, que me dolió, no allí, sino en el alma, con dolor desconocido hasta entonces. No era aquello un bofetón, ni por el propósito, ni por el hecho; mas, al fin y al cabo, era la diestra de un hombre en mi rostro, y todos los instintos bárbaros y cruentos, de los cuales he abominado mil veces en mis lucubraciones filosóficas, que he maldecido y anatematizado en nombre de la razón, se despertaron como una jauría, y me aullaron dentro con feroces aullidos. Sin acordarme de la diferencia de fuerzas físicas, arrojéme al notario, y él, echando fuego por ojos y mejillas, se abrazó también conmigo.

Maripepa entretanto gritaba, y yo oía sus gritos como en sueños, porque sólo atendía á saciar el repentino arranque de mi rabia. Sujeto entre los forzudos brazos del notario, únicamente me quedaba libre la cabeza, y me serví de ella de un modo singular; siendo más alto que mi adversario, le dí con la barbi-lla tan fuerte y traidor golpe en la vara de la nariz, que el horrible dolor le hizo aflojar los miembros, y pude, recobrado ya el uso de las manos, descargarle un bofetón que me alivió el pecho, vindicando *mi honra*, según supuse. La vindicación me apagó los instintos bélicos, y salí corriendo á la carretera.

Tras de mí, á manera de jabato perseguido, salió el notario; el señorito y el cura se metieron entre los dos para evitar que se enredase el lance. Al señorito todo se le volvía exclamar, consternado:

—Señores... señores... D. Joaquín... á sosegarse... á sosegarse...

—Es que el señor... es que el señor me... me... — murmuraba con ahogada voz el notario.

Su lengua, trabada por el vino y la cólera, no acertaba á pronunciar más palabras. Su ademán de reto me trastornó la cabeza, y deshaciéndome de los brazos del cura, fuí derecho á mi adversario. Este tenía la corbata torcida, saltado el botón de la camisa y más encrespadas que de costumbre las cerriles guedejas. ¡Estaba tan feo, Camilo, que me olvidé de que era un semejante! Temí sus brazos de oso, su fuerte musculatura, la vergüenza de una derrota; me bajé, y más pronto que la chispa eléctrica, cogí una piedra, quedándome con ella oculta en el hueco de la mano. El cayó encima de mí como una pesada mole, y me impulsó al borde del barranco. Sentí acortármeme el aliento bajo la presión de sus vigorosos músculos, y recibí en la nuca una recia contusión. Descargué la mano donde pude, hiriéndole, según creo, en la clavícula. Se desplomó y rodó á tumbos hasta la cantera, empedrada de fragmentos pizarrosos.

Me quedé entonces súbitamente sereno, asombrado de mi victoria. Mi diestra se abrió soltando el arma, en mi entender homicida. Mis ojos dilatados registraban la cantera. Ya el señorito, medio á gatas, ayudado por su pericia de cazador, bajaba al fondo. Expuesto á matarme lancéme tras él, y el cura nos siguió buscando una veredilla practicable.

Mi víctima yacía de bruces, y tuve un momento de espanto y agonía, porque su postura era como de cadáver y su completa inmovilidad autorizaba la conjetura de la muerte. Pero al acercarme, al levantarlo, percibí su agitada respiración: el oso casi gruñía. Estaba imponente, con sus ojuelos cerrados, su negra barba llena de polvo y astillas de pizarra, su traje roto y manchado, y la poca epidermis que solía verse de su rostro y que siempre aparecía rubicunda y florida, más pálida ahora que la de un difunto. No obstante, fué inmensa mi alegría al cerciorarme de que alentaba, al incorporarle y ver que se tenía de pié sin fractura de miembro alguno, al oír de sus labios, que se abrieron lánguidamente, estas frases inverosímiles:

—Usted me ha de perdonar, don Joaquín... Un pronto lo tiene cualquiera... No se moleste, me sostengo yo solo... ¡Ayyy!!

Te juro, Camilo, que no invento palabra. Las primeras de aquel bárbaro fueron así, ni más ni menos; puedes estar seguro de que no pongo ni quito un ápice. El ¡ayyy!! lo dió llevándose la mano á la clavícula, donde de fijo le mortificaba una horrible magulladura, dolorosísima por ser en parte semejante.

Si yo tuviese al notario por un gallina, no me sorprendería su conformidad. Lo raro es que he visto á este hombre dar indicios de valor, y he oído contar de él proezas electorales que prueban que no es manco. Me expliqué tan extraña sumisión, ó por el molimiento de la caída, ó por la injusticia de su causa, que le

abatió el ánimo. El caso es que el orgullo de verme victorioso sir ser homicida; el placer de subyugar á un contrario que tiene diez veces más fuerza que yo; la novedad de la situación, dado mi carácter pacífico, todo ayudó á infundirme gozo y vanidad, sin que pensase en los recursos, no muy leales, á que debía el triunfo. Empecé á preguntar á mi vencido adversario, con insultante protección, si se había hecho mucho daño, y dónde le dolía. Saqué el pañuelo y le sacudí la tierra y los fragmentos de pizarra que tenía pegados al cabello y á la ropa; y mientras, ayudado por el señorito y el cura, subía trabajosamente del barranco á la carretera, yo trepé solo, animado, hecho un Cid.

¿Y la doncella origen del formidable paso de armas? dirás tú. Miré á todos lados y no la ví, ni rastro de su persona: supuse que había huído aterrada con la presunta muerte del malandrín follón. Éste notó mi ejeada circular, y con sonrisa entre resignada é irónica, me dijo en voz flaca todavía:

—No se apure, don Joaquín, no se apure, que parecerá la chica... Al paso del jaco pronto la coje usted, aunque no tiene malas piernas... Ella esperará, esperará: así esperasen las liebres... Y otra vez...—añadió tendiéndome por despedida la mano—otra vez, cuando las cosas importen, avisar á los amigos... que es mejor que andar á trastazos!

—Eso es verdad—murmuró el señorito con silenciosa sonrisa.

—Cierto, sí señor, la amistad es lo primero; y ahora hagan las paces—exclamó cordialísimamente el cura, empujándonos á los brazos el uno del otro.

¿Qué había yo de contestar, ni á qué meterme en explicaciones ociosas, ni creíbles ni creídas? Estreché cariñosamente al que no hacía media hora trataba de ahogar, y terminó con un abrazo de Vergara la contienda que pudo parar en fratricidio.

Tú, que no ignoras mi horror al derramamiento de sangre, comprenderás si respiré libremente cuando, al trocillo del jaco, y protegido por la capa de paja, me desvié buen trecho del teatro de la aventura. Iba declinando el día y caían unas gotas menuditas, presagas de otro aguacero más fuerte. De pronto pegó mi rocín una huída de costado, y se alzó de una piedra una figura humana. Conocí á Maripepa, refrené la montura, y por instinto busqué en el rostro de la muchacha la expresión del reconocimiento que debía inspirarle su salvador, y el gusto de verse salvada; pero ella, lejos de mostrar júbilo, con mucha tristeza empezó á decirme que *estaba servida*, que llovía y que hasta la Fontela iba á echarse á perder su traje nuevo.

—¿Quieres mi capa de paja?—le dije.

—¿Por qué no me lleva en el caballo?—contestó ella, oponiendo pregunta á pregunta, según costumbre del país.

—Pero, ¿cómo, chica?

—Córrase un poco atrás, señorito.

Retrocedí en el ancho campo del albardón, y ella, apoyando en el arzón la palma de la mano, pegó un brinco y quedó sentada á mujeriegas, muy cerca del cuello del rocín. Sin soltar de la izquierda las riendas, la rodeé el talle con el brazo derecho, extendí hacia delante la capa de paja, para que la abrigase también, y bajo aquella improvisada choza, nos encontramos aislados y juntos.

Comenzó otra vez la caminata. El jaco, mohíno con su carga doble, andaba despacio, á trancos: anocheceía, y el acompasado ruido de la menuda lluvia resbalando sobre la lisa superficie de las pajas, era lo único que turbaba el silencio de la vereda solitaria y el sopor de la naturaleza. El peso del cuerpo de Maripepa gravitando sobre el mío, el contacto de nuestras cabezas y del brazo con que por necesidad la oprimía un poco para sostenerla, comenzaron á marearme y á renovar pensamientos que antes creí debidos á la aromática embriaguez del *tostado*. ¿Qué misterioso atractivo, qué calor dulce, qué extraña electricidad se desprende de la mujer joven, que así nos turba y fascina? En vano intentaba sustituir la valla material que no existía entre Maripepa y yo con mil vallas morales, midiendo y aun exagerando la distancia que va de una aldeana tosca, zafia, ignorante, pastora de ganado, á un hombre que presume de culto, que ha leído, ha estudiado y meditado un poco, y aspira á ocupar decoroso puesto en la sociedad. Así como el muy sediento bebe ansioso aunque el vaso no

sea de cristal fino, ni el agua fresca y purísima, yo, trastornado por la peligrosa proximidad, no conseguía representarme á Maripepa aborrecible ó repugnante. Bien dicen que el que quita la ocasión, quita el pecado. ¿Quién habrá discurrido, pregunto yo, este modo de viajar que aquí se estila?

Quiero abreviar, Camilo, y contarte aprisa lo poco que ya te falta por saber, ó mejor dicho, lo que habrás adivinado. No estaba la muchacha de humor de renovar las recientes proezas del pinar; antes parecía que, lejos de rechazarme, se pegaba á mí como la goma al árbol. Dos ó tres exclamaciones, una risa sofocada; á eso se redujo su protesta cuando empecé á perder pié familiarizándome. Entre tanto, el jaco, dándome ejemplo de formalidad, caminaba sosegadamente, pero seguidito, y puesto que era noche cerrada, me fié en su instinto seguro, y después de recorrer caminos hondos, tropezando en los altibajos y zanjas abiertas por las ruedas de los carros del país, paramos al cabo en la Fontela. Aún había salvación para mí si la puerta de la bodega se abriese y Maripepa se acogiese á sus cubas; por desgracia era muy tarde y de fijo dormían todos: no se oía ruido alguno, ni se veía luz; hasta ni ladró el perro, que olfateaba á sus amos, sin duda. Metí al jaco en el cobertizo, y como tenía la llave del piso alto en el bolsillo y el diablo en el cuerpo, hice subir á la chica.

Volví en mi acuerdo, cual suele ocurrir en situaciones análogas: pronto para sentir el yerro, y tarde

para evitarlo. ¡Qué impresión experimenté! Vergüenza, remordimientos, compasión, horror de mí mismo, abatimiento profundo. Aunque mi mayor deseo sería quitarme de delante á Maripepa, testimonio viviente de mi caída, comprendí la inhumanidad de echarla, y huyendo del dormitorio me salí á la ancha sala, en cuyo obscuro recinto di vueltas y más vueltas, tratando de recobrar un poco de sangre fría y adoptar alguna medida prudente. Por fin me alarmó el silencio que imperaba en el dormitorio, y, temeroso de que Maripepa se hubiese desmayado ó cosa parecida, entré. A los piés de mi cama, tendida en el duro suelo, sirviéndole de almohada una cesta boca abajo, y de cabezal su negro dengue, Maripepa dormía á sueño suelto!

La miré atónito. No era aquella la primera vez que descansaba así; lo había hecho varias durante mi enfermedad. Entonces, como ahora, parecía un can doméstico, satisfecho del humilde lugar que ocupaba y ageno á pretender otro más alto; para ella eran iguales el pasado y el presente: ¡cuán distintos ya para mí! Al mirarla dormir con tan ciego descuido y abandono, se aclararon mis ideas y entendí lo villano de mi conducta. ¡Pensar que aquella tarde estuve próximo á hacerme reo de homicidio porque otro intentó lo que yo realicé después á mansalva, amparado en cierto modo por mi autoridad de amo de una pobre criatura! Es cierto que yo la encontré tan propicia como rehacia el notario; pero eso no me disculpa,

pues debí respetar la sencilla inconsciencia de una paisana candorosa que deja transparentar en sus ojos lo que las señoritas del pueblo ocultan á todo trance.

¡Qué modo de dormir! Y estaba casi bonita. Su cabeza roja relucía sobre el dengue, y sus hombros desnudos eran blancos y llenitos, contrastando con la garganta morena, tostada por el sol y el aire. El resto del cuerpo no se veía, por cubrirlo el extendido *mantelo*. Respiraba con igualdad; tenía la boca abierta, y su postura era natural y graciosa, á pesar de la dureza del lecho. Reparé que le colgaba del cuello un cordón, y del cordón una mano chiquita de azabache dando la higa: talismán ó amuleto muy usado aquí. Su rostro no estaba ni pálido ni descompuesto: estaba como cerrado á toda expresión por un sueño reparador y total.

No era cosa de despertarla ni de pasar la noche en pié. Me arrojé sobre la cama vestido, y apagué el velón de aceite. No pegué los ojos, y entre el silencio nocturno escuché toda la noche un soplo suave, la respiración de mi víctima. Al amanecer me levanté sin hacer ruido y salí á vagar por el campo.

A la tarde vino de la cartería de Naya Manuel, que acostumbra traer el correo, y me entregó tu carta, por donde sé que ya soy Juez y puedo administrar justicia!

DEL MISMO AL MISMO.

Febrero.

No insistas, Camilo, no porfies; es imposible que siga tus consejos cuando, cegado por el interés que te inspiro, te empeñas en que á sangre fría me porte indignamente. Si fui delincuente una vez, me disculpan varias cosas: el ardor natural de la juventud, el *tostado*, la ocasión y lo demás que sabes; pero en el día, después de reflexionar maduramente, de dar espacio al pensamiento, no puede ser que yo consienta en una infamia.

«Lárgate, vente á escape,» dices y repites sin cesar. Pues yo te contesto que no sólo no me largo, sino que he resuelto quedarme aquí y reparar mi delito cumpliendo como hombre honrado y decente.

Mas que te hagas cruces, mas que me trates de imbécil, no puedo ocultarte que he determinado casarme con Maripepa. Ahórrame todas las reflexiones que adivino, que ya me hice á mi propio. Sólo te opongo *à priori* un argumento; ponte en el caso de que Maripepa fuese tu hermana ó tu hija: qué me aconsejarías entónces?

Antes que tú lo digas, diré yo que esta unión es desigual con la peor de las desigualdades, la intelectual, la de educación, procediendo del azar que nos reunió como se reúnen un segundo dos bolas de billar para una carambola; que disgustaré horriblemente á

mis padres, sobre todo á mi pobre madre, tocada de la disculpable debilidad de creer que esta borrosa piedra de armas de *la Fontela* nos sube hasta más arriba del nivel de la *clase media* y nos mete de patitas en la *aristocracia*; que la mitad del mundo se reirá de mí, y la otra mitad nos mirará á entrambos por encima del hombro. Ya sé todo eso, y mucho más. Lo he pensado, y lo he aceptado. Será mi expiación cargar con tan terrible peso; porque al dar á Maripepa mi nombre, no la he de esconder como se esconde una úlcera: la he de presentar donde yo me presente, y donde me reciban á mí habrán de recibirla á ella, y donde la echen, saldremos ambos por la puerta misma. Me arrojo á perpétua lucha con mi familia, con la sociedad; adelante: lucharemos, Camilo; sóbranme fuerzas para luchar con el universo, no con mi conciencia acusándome de la más fea alevosía.

¿Quién sabe hasta dónde llegan las consecuencias de mi atentado, y qué género de crueldad cometería yo si ahora volviese las espaldas á mi víctima?—¿No se te ha ocurrido, Camilo, esa idea? A mí sí, y desde el primer instante. No hay más que un modo de solventar las deudas: pagarlas. Y puesto que me nombran juez, ¡qué diablos! lo menos que puedo hacer, es empezar á administrar justicia en mi propia jurisdicción.

Lo más difícil de mi tarea serán dos cosas; convencer á papás y educar un poco á Maripepa. Esta flor silvestre, que he pisoteado en momentos de aluci-

nación, está pidiendo cultivo. Me consagraré á dárselo, así derroche toda mi paciencia en el fastidioso oficio de pedagogo. Respecto á mis padres, si algo me quieres, si algo puede contigo una súplica mía, empieza á prepararlos mañosamente, á dorarles la píldora (si cabe oro en píldora tan gruesa y amarga) y á inculcarles la rectitud que late en el fondo de mi desusado proceder. Jamás me atreveré á escribírselo redondamente. Conviene que vayan acostumbrándose poco á poco. Á Matilde, que es buena, dile tú que le ruego encarecidamente no se burle ni se avergüence de su cuñada, si no quiere hacer sufrir mucho á su hermano.

Nada he dicho todavía de mis planes á Maripepa. ¿Crearás que la pobrecilla vino dos ó tres noches á tenderse en el suelo al pié de mi cama, lo mismo que si hiciese la cosa más natural del mundo? Algo tembloroso y sin saber qué decir, la envié á sus cubas. Me pareció que iba triste, pero no enojada. Me miró con cándida sorpresa, y yo no pude menos de prodigarle algunas caricias.

Lo dicho. Prepara á mis padres, y entérame de lo que vayas adelantando.

DEL MISMO AL MISMO.

Febrero.

¿Que estoy enamorado, ciegamente enamorado? No diré tanto, nó; pero se me figura que voy interesándome un poco, justa recompensa de mi conducta. Si aborreciese á Maripepa, haría lo mismo que pienso hacer, no lo dudes; sólo que, naturalmente, me costaría más trabajo. La chiquilla se muestra tan dócil, se me arrima tan cariñosa, como un perro manso, me escucha con tal atención y me obedece con tal pasividad, que mi alma, que no es de bronce, va ablandándose, y no me ruborizo de quererla.

De noche sabes que la envió á su bodega, pero de día correteamos por el campo. No le consiento que vaya descalza; le he dado dinero y le han traído de Cebre zapatos á pares y medias morenas y gordas; empiezo á civilizarla por los piés, y no es lo menos difícil. Así y todo, cuando tenemos que atravesar charcos ó trepar por altos, vallados y portillos, Maripepa dá al diablo el calzado y reniega de las medias. En el soto, ella me busca setas comestibles, me trae plantas que yo diseco para enviar á Matilde, recoge leña menuda, y así que lía el haz, se viene á tumbar en la yerba y apoya la cabeza en mis muslos. Le revuelvo el pelo con los dedos, calculando qué efecto hará esta crin roja cuando Maripepa se vista de seda negra, modestamente, como conviene á la esposa de

un juez. ¿Llegará Maripepa á ser una mujer medio presentable? Quisiera comenzar por el principio, enseñarle á leer y escribir; pero, ¿quién pone escuela en medio del monte? Ella me escucha gustosa cuando le explico (lo mejor que puedo) algo de los usos y costumbres del mundo que no conoce; veo, sin embargo, en la tenaz oscilación de su cabeza, en la dilatación de sus pupilas verdes, un vago asombro incrédulo que no sé cómo disipar. Maripepa se cree un juguete en mis manos; se presta al juego, pero no se deja embobar tomándolo por lo serio. Piensa que le digo todo al revés, que la engaño, que me divierto con ella; no se enfada, porque juzga que sólo sirve para eso, para entretenerme un rato; mas ni logro persuadirla ni hacer que se dedique á ningún estudio formal.

Un día, con un palito aguzado y poniéndole el modelo, le hice trazar letras sobre una peña entapizada de musgo. Llegó hasta la H, y no hubo quien la hiciese pasar de ahí. Le chocó la forma de la H, y estuvo haciendo *haches* un rato, después de lo cual alegó que no sabía, que no podía, que se cansaba. Y fué imposible convencerla ni sacarla de su salvaje obstinación.

Como hay un lenguaje que los dos entendemos, aunque lo hablamos de distinta manera, se distrae uno en las lecciones y falta la constante voluntad de aprender en el maestro y en la alumna. Además, la naturaleza es cómplice de esta falta de energía para el estudio. Nos vamos acercando á Marzo: días

hace que en los linderos embalsaman el aire las violetas; un hálito templado corre á veces por el bosque; las aguas del río se estremecen blandamente, y á mí el corazón me dá involuntarios saltos de alegría. Me encuentro tan sano, tan fuerte con esta vida silvestre y libre; la comida frugal me sienta tan bien; la respiración y la circulación son tan normales y concurren tanto al bienestar del cuerpo; la conciencia del deber cumplido me llena de tal modo el alma, que me entrego sin reparo á una felicidad inexplicable, instintiva, sólo turbada por el pensamiento de qué dirán mis padres y la idea de que tú no acabas de resolverte á indicarles lo que pasa.

Sólo los días de lluvia me abato un poco. Maripepa me agrada más por los montes, ágil como una cabra, en contacto con el aire y el sol, que en la cocina ó en el banco, á mi lado, pero aburrida, sin saber qué hacer de las manos y acabando por dormirse de bruces sobre la mesa. No hay de qué tratar, se acaba la conversación y viene el fastidio inevitable. Así es que procuro aprovechar el buen tiempo y gozar de la primavera cuando apenas asoma; voy con Maripepa al prado, al pastoreo; la veo amasar el pan de maíz, cojer leña para el horno, y aun cavar la huerta y arrancar y trasplantar la legumbre. Sólo me opuse á que trajese un haz de tojo. Verle cortar los espinosos troncos, cogerlos con la horcada, hacerse tal vez mil heridas, me sublevó. Valiéndome de mi autoridad, dispuse que Manuel recogiese el tojo.

Aquel día también recuerdo que le pregunté á la chica:

—Maripepa, ¿qué dirías si yo me casase contigo?

Contestóme solamente:

—¡Ay qué señorito!!

Esta sencilla exclamación, y las inflexiones de la voz, acompañadas del mirar y del reir, me hicieron comprender que más fácilmente creerá Maripepa que el río Avieiro rueda vino en vez de agua, que yo sueñe en darle mi nombre en los altares. Ni se le pasa tal cosa por las mientes. Para ella todo esto es una diversión, una especie de romería á que concurre, y en donde baila, sabiendo perfectamente que al otro día ha de volver á sus duras faenas y á su miserable vida.

Lo que casi me dá vergüenza decirte, es que, en mi concepto, el padre se ha enterado de todo y se hace el desentendido. Apenas le vemos, pues anda en labores distintas de las de su hija, y va mucho á Cebre á vender centeno al menudeo y á llevar vino á la taberna; pero cuando por las tardes nos encuentra regresando de nuestras expediciones, su sonrisa parece más aguda y socarrona que de costumbre. Además ha venido, en dos ó tres ocasiones, á pedir rebaja del arriendo, pretextando las malas cosechas, el cultivo cada día más caro y difícil, el aumento de precio de los jornales, el coste del azufre que se emplea en sañar las viñas, etc., etc. Le prometí escribir á papá, y no lo hice; á fin de reparar mi deslealtad de algún

modo, le he prestado treinta duros; un caudal para mí; con él comprará unos bueyes. ¡Mis ahorros de la temporada! Bien sabe Dios y sabes tú que en mi casa no se tiran, no se pueden tirar treinta duros. Ya adivino que no les veré el pelo. Es lo que menos me importa. He regalado además un vestidito de percal á la niña pequeña, y hasta al bárbaro de Manuel una navaja. ¡Pobre gente! Quiero tenerlos propicios, para que no mortifiquen á Maripepa ni vean en mí un señorito tirano, de los que aún creerían favorecerlos dignándose darles un puntapié.

Hará tres ó cuatro días ocurrió un incidente que al pronto me ha disgustado. Era por la tarde, hacía un día sereno y hermoso, aunque estaba encapotado el cielo; Maripepa y yo nos hallábamos en la era, bien agenos á que nadie viniese á perturbar nuestra soledad. A un lado de la era, plazoletilla redonda y rodeada de un seto de zarzas y arbustos, se levanta el hórreo, sostenido en cuatro pilastras de granito y rematado por tosca cruz de madera pintada de rojo. Súbese al hórreo por una escalerilla de mano, y Maripepa, bajando y subiendo, había sacado de él buena cantidad de habichuelas, que iba desgranando sobre un paño limpio. Yo, tendido en el suelo, me divertía en hundir las manos en las habichuelas, blancas, encarnadas ó caprichosamente pintarrajeadas de colorines, hasta que cometí la sandez de tirárselas á la cara á Maripepa; y ella, que primero se contentó con sonreír y llevar la mano al sitio donde el

proyector caía, fué animándose, y en el calor de la broma me lanzó dos ó tres al cogote, pues yo estaba panza abajo. Medio me incorporé y le sujeté las muñecas, parando en abrazo lo que empezó hombardeo. De repente me quedé frío, porque de detrás del hórreo surgió una figura negra, escueta, juvenil. ¡El cura!

Le ví de improviso y comprendí que nos había visto también, y que estaba sobrecogido. Me puse en pié y le hice todo el agasajo compatible con mi turbación, que era grande. Hallábame realmente abochornado: de Maripepa no sé, porque se aplicó á sus habichuelas. Me cogí del brazo del cura para disimular, y él empezó á darme disculpas de no venir en tanto tiempo á visitarme; había tenido un catarro; había ido á Pontevedra á buscar un pintor que le pintase el retablo; había hecho una novena. Yo le oía como en sueños, pensando en lo que pensaría él. Al fin, con una de esas resoluciones que solemos tener los tímidos, me lancé y abordé la cuestión de frente, narrándole toda mi historia y participándole mi propósito de reparar la cometida falta. Experimenté una especie de desahogo al confesarme así. Todo me animaba á ser franco: el estado y ministerio del oyente, su juventud, su carácter alegre y conciliador, su bondad infantil.

¡Asómbrate, Camilo! Esperaba del cura, no la absolución, que no iba yo tras ella, sino una palabra de estímulo, un caluroso apretón de manos, un «bien, así me gusta, procede V. como hombre honrado; si

todo el mundo hiciese lo mismo, no andarían las cosas como andan.» No soy insensible á la opinión de mis semejantes, y hasta donde cabe busco su simpatía; además, parece que un sacerdote está obligado á alentar ciertas resoluciones, cuando no á inspirarlas. ¡Pues asómbrate, indignate, mira lo que hacen de la moral de Cristo estos ministros suyos! El cura masculó, entre burlas y veras, dos ó tres frases que sonaban más bien á desagradable sorpresa que á otra cosa; y después, con reposados meneos de cabeza y muchos golpecitos de la palma de la mano en el bolsillo del chaleco, me dijo que no resolviese de sopetón, que estas cosas deben mirarse y pensarse despacio, que al fin el casamiento es para toda la vida, que la prudencia es una excelente compañera, que las determinaciones precipitadas se lloran después, que caso de querer dar un paso tan decisivo, ante todo le parecía regular consultar á mis padres en persona; y por último, que reflexionase.

—¿Hay otro medio de reparar mi falta?—le pregunté.

—Psh...—me replicaba él—falta, falta... eso de falta... Falta, sí... El diablo lo enreda, V. es muchacho, ella rapaza, y el fuego junto á la estopa... Ya se vé... Pero prudencia, amigo, prudencia, nada de determinaciones arrebatadas... Ya le sobraré tiempo para realizar ese acto de honradez que V. dice... Poco pierde con esperar.

—¿Y Maripepa? ¿Y su honra comprometida?

—¡Bah! ya sabe V. que aquí en las aldeas no es como en los pueblos... V. acompaña á una señorita, pongo por caso, va con ella dos veces al paseo, la visita tres... cáatala ya en lenguas de todos, y perdiendo, si se ofrece, una buena colocación... Pero estas rapazas, no señor. Lo mismo se casan teniendo un... choque... que no teniéndolo. En fin, D. Joaquín, usted no es ningún chiquillo... Piénselo...

El egoismo, la flaqueza humana, las transacciones hipócritas y cobardes con el deber hablaron por boca de este hombre, que debiera fortalecerme y predicarme la moral más austera y pura. Casi llegué ¡qué bochorno! á sonrojarme de mi leal propósito y á juzgarme un ridículo Quijote. Afortunadamente, así que el cura se marchó, me rehice y de nuevo templé el alma para seguir la línea recta. He decidido quitarme á mí propio todo medio de proceder mal, adelantando la boda. Ea, Camilo, valor, y anúnciaselo definitivamente y sin rodeos á mis padres, pues es irrevocable mi determinación ya. Sólo así, de golpe, se realizan ciertas cosas necesarias.

DEL MISMO AL MISMO.

Marzo.—Pontevedra.

¡Ah, Camilo! Hoy sí que te escribo corrido y avergonzado, y lo hago para que al llegar á esa no me

hables ya palabra del asunto y olvides el contenido de esta carta. A la menor guasa, al menor indicio de que quieras aludir á mi historia ó burlarte de ella, dejaríamos de ser amigos para siempre. Lee, pues, estas páginas y rómpelas: rompe ó quema toda mi correspondencia de este invierno.

Por la fecha de la carta comprenderás que ya no estoy en la Fontela. He venido aquí á tomar el billete para llegar á esa por la vía de Portugal. De modo que, veinticuatro horas después de leer mis letras, me tendrás á tu lado y calmaré el disgusto de mis padres, haciéndoles creer (cuento contigo para el caso) que *todo* fué una pesada broma que quise darte, y á la cual tú prestaste fé.

Abreviando. Has de saber que una semana después de la venida del cura tuve aquí lo que menos pensarás: máscaras. ¡Máscaras en la Fontela! Sí, máscaras. Era el domingo de Carnaval, y estaba yo acabando de comer cuando sentí en el patio grandísima algazara, risas, brincos, prolongados toques de cuerno y repique de castañuelas y panderetas, y asomándome á la ventana, ví con asombro hasta media docena de máscaras. Se les conocía que lo eran por unas groserísimas caretas de cartón y por ciertos detalles muy exagerados del traje que vestían, que no era otro sino el de los labriegos de esta localidad. Había tres hombres y tres mujeres: tres parejas muy cogidas del brazo. Las mujeres traían panderos y castañuelas; uno de los hombres una gaita, que tocaba áspera y

destempladamente; otro esgrimía una vejiga de puerco hinchada y puesta al extremo de un cordel, con la cual sacudía vejigazos á sus compañeros y compañeras, y otro, por la abertura de la careta, soplabá en un cuerno descomunal, arrancándole sonidos lúgubres y grotescos. En cuanto me vieron las máscaras, movieron un alboroto formidable, y corrieron al asalto, subiendo la escalera y penetrando en mi habitación, que asordaron con sus gritos y tocatas. En un momento me ví empujado, abrazado, *vejigueado*, pellizcado y sin saber qué cara poner ante la bulliciosa alegría de los que yo juzgaba aldeanos en día de *juerga*.

Recordé los deberes que impone la hospitalidad, y corriendo á mi alacena, saqué de ella cuantas botellas de vino y licor poseía, y las ofrecí á mis visitantes. Con gran sorpresa mía no las rehusaron ni se lanzaron á apurarlas, sino que aceptaron cortésmente algunas copas, y una de las máscaras femeninas pidió un vaso de agua. Llamé á Maripepa para que lo sirviese, y empecé á reparar que las máscaras, afectando el lenguaje y modales de los campesinos, mostraban en no sé qué rasgos pertenecer á otra clase social. La observación me interesó, y ya me divertía algo la mascarada. Una de las hembras, destapando la fiambreira que llevaba colgada del cuello, me ofreció con los dedos *filloas*, especie de tortilla delgada como una hoja de papel, redonda como una hostia y bastante grande, que aquí suele comerse en tiempo de Carnestolendas; y al ver el buen ánimo con que me

eché al colete media docena de aquellas porquerías, las otras dos damiselas (que ya me iban pareciendo tales) me sacaron, quieras no quieras, al centro de la sala, y empezaron á bailar, meneando panderos y castañuelas y convidándome con muchas vueltas y mudanzas. Por no aparecer pedante me dejé embullar y dí cuatro brincos, con poquísima gracia de seguro, pues ya conoces la extensión de mis habilidades coreográficas. Después dos bailadoras se colgaron de mis brazos, pidiéndome que les enseñase la casa y la huerta.

Insistí para que se descubriesen, y no fué posible lograrlo; resistiéronse, pretextando que tenían una gran broma para mí y les importaba conservar la careta. En efecto, apenas llegamos á la huerta empezaron á darme una carga terrible, describiéndome, con más gracia y donaire del que yo esperaba, y en un chapurrado mitad castellano y mitad gallego, la linda figura que haríamos Maripepa y yo de bracero por Madrid, asebrando á la corte. Competían en chiste las dos máscaras, y á cada una se le ocurrían detalles risibles: ésta pintaba á Maripepa calzándose botitas de raso blanco para ir al besamanos del Rey; la otra recalaba y la suponía metiendo trabajosamente las manos en los guantes y manejando el abanico al entrar en el cuarto de la Infanta. Por esta manía de considerarme á mí hombre que frecuenta el real palacio, obligado forzosamente á ir con su mujer á saludar á las augustas personas, y también por ciertos indi-

cios de estatura, voz gruesa, etc., vine en conocimiento de que mis máscaras no eran sino las señoritas de la feria.

El descubrimiento me iluminó, y comprendí quiénes debían de ser dos, por lo menos, de los máscaras varones. Sin duda alguna el barbarote que soplaba en el cuerno era el notario; el inhábil tocador de gaita sería el señorito, y no me atreví á calcular cómo se llamaría quien con tal agilidad manejaba la vejiga de puerco, por no ofender con juicios temerarios el respetable carácter sacerdotal.

Al punto me hice cargo de las chanzas que iba á tener que sufrir, de todo lo que aquellas gentes se preparaban á decirme, y me armé de paciencia; porque estaba visto: el cura les había enterado de todo y venían dispuestos á divertirse conmigo sin misericordia. Poco me agradó la perspectiva; pero echando mano de la reflexión, me resolví á sufrir con resignación y exterior agrado cuanta matraca me diesen, apuntándola como primer partida en la cuenta del subido precio á que el mundo cobra el cumplimiento del deber. Echéme, por decirlo así, en brazos de las máscaras, y ellas comenzaron á zarandearme, unas llevándome á un rincón, otras á otro, y todas diciéndome, en substancia, lo mismo.

Lo que me dijeron... Lo que me dijeron, Camilo, no fué lo que yo suponía, y aquí empieza la parte de confianza que más debes olvidar de toda esta denigrante historia. Me dijeron... En fin, Camilo, yo pensa-

ba que me atacarían por ser un caballero ó un héroe, y resultó que estaba siendo un sandio; que había caído en la más ridícula majadería; que juzgaba haber pisoteado una flor, y no había hecho sino recoger de la carretera la flor pisoteada ya... Y por qué pies, ¡Dios mío! ¡Por qué inmundos y villanos pies!

Sentí que toda la sangre me afluíá al rostro, y bajé la cabeza, oyendo resonar en mi cerebro vacío carcajadas afrentosas; no supe qué contestar ni qué hacer; fingí serenidad, oculté la sorpresa, dándome por enterado, y ví con satisfacción acercarse la noche y á mis huéspedes prepararse á desfilar. Antes que lo hiciesen llamé aparte á uno de ellos, y cogiéndole la mano y oprimiéndosela con rabia, le dije:

—Si eres persona decente, asegúrame á cara descubierta eso que me acabas de contar con ella tapada.

El máscara apartó la careta y ví la faz lánguida, enjuta y grave del señorito de Limioso, el cual, en tono de sinceridad que hizo penetrar en mí profunda y humillante convicción, me contestó:

—Nos puede creer, Rojas, mire que no le engañamos; á fe, nos daba lástima verle tan equivocado, y nos animamos á venir hoy, más bien para barrerle las telarañas de los ojos que para pasar el rato... Ya sabíamos que se divertía con la chica; ¡cosas de la edad! adelante; nadie tiene que meterse en líos ajenos; pero el cura me ha contado que V. le dijera que se casaba, y eso ya es gordo, amigo... ¡Ay! Déjeme limpiarme el sudor, que me sofoqué soplando en la maldita gaita.

No obstante, así que la comparsa desfiló, entró en mi ánimo la duda. ¿No podía ser aquello una cruel venganza del notario contra Maripepa? ¿No podían estar de acuerdo todos para burlarse del señorito madrileño? Y, por último, para colmo de rubor, ¿no sentía yo á Maripepa aposentada dentro de mi corazón, y no me traían los afrentosos celos, además de sangre á las mejillas, lágrimas de rabia á los candentes lagrimales?

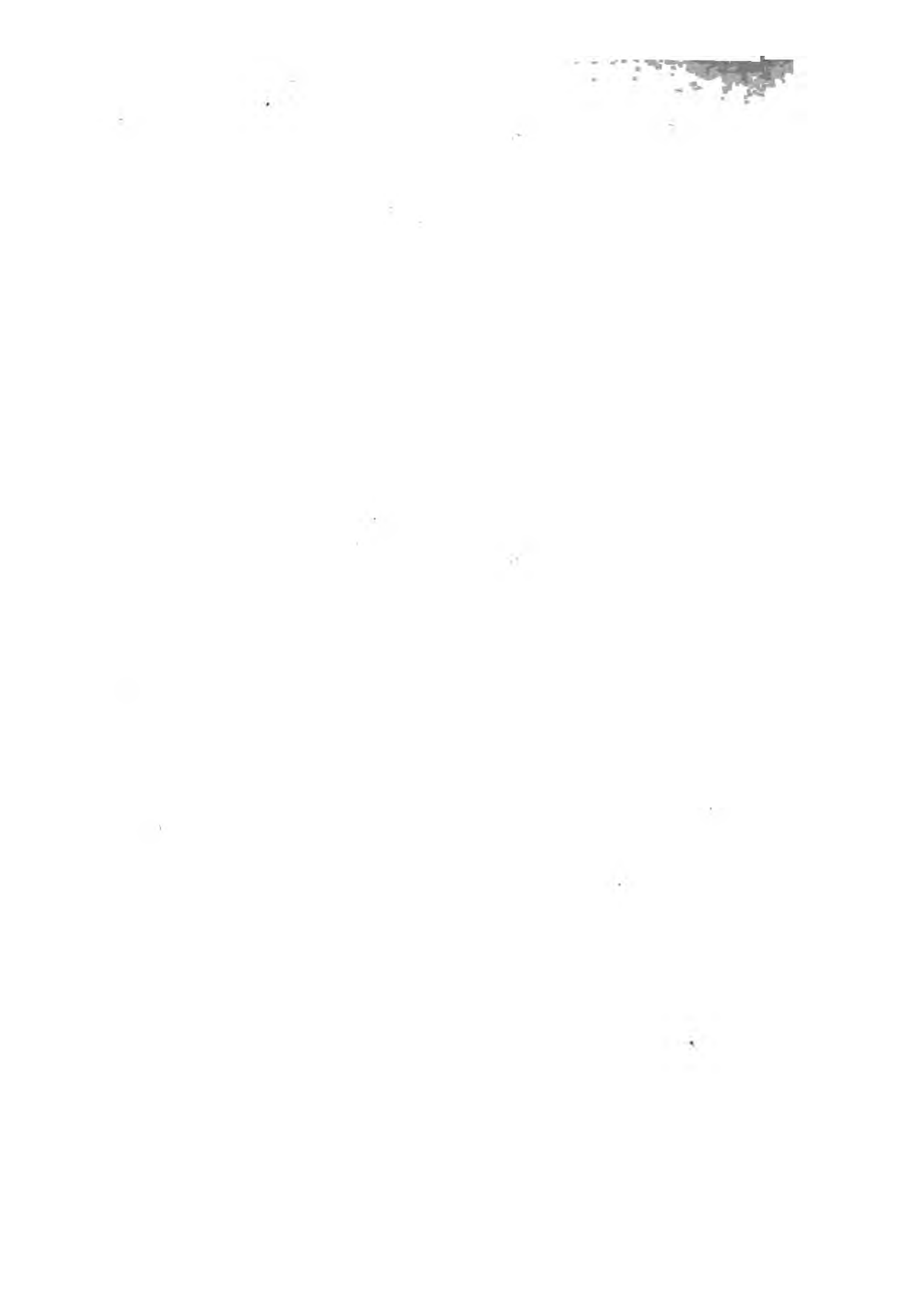
Tiré, pues, mis líneas, tendí mis redes, esperé y observé. Me convertí en espía, me oculté y me envipecé hasta atisbar... ¡atisbar en un establo, detrás de un pesebre, recogiendo el aliento grueso y húmedo de la vaca, que rumiaba tranquila sus puñados de florida hierba! ¡Cuán poco tiempo necesité para convencerme! ¡Y yo me corría de que el notario me disputase á Maripepa! Ahora mi rival era Manuel, aquel bárbaro al cual la falta de los dedos de la mano prestaba un aspecto tan repulsivo.

Salí de mi escondrijo deseoso de ocultarme, á ser posible, bajo siete estados de tierra; hice la maleta y dispuse que me ensillasen el jacó para la mañana siguiente. Al traerme algunos objetos que le pedi, observé que Maripepa lloraba, limpiándose con la manga de la camisa el llanto. No pude contener un impulso de ira; la cogí por los hombros, la sacudí y la increpé. Lo confesó todo, como la cosa más natural del mundo, llorando franca y apaciblemente. Manuel es su prometido hace dos ó tres años. Si no se han casado

ya, es que no hay cuartos para el grosero ajuar y la comida de boda. He desempeñado papel más lucido de lo que pensaba, pues realmente aquí el engañado fué ese bestia de Manuel. Metí la mano en el bolsillo y saqué todo el dinero que tengo, menos el preciso para el viaje; saqué también el reloj y se lo eché en el regazo á Maripepa. Después la empujé suavemente hacia la puerta. Me parece que esperaba alguna caricia de despedida; pero ya no me sería posible ni tocarle amorosamente al pelo de la ropa. La ví salir, y me quedé abismado. ¡Quién sabe lo que hubiera sido para mí esta mujer, nacida en distinta condición, educada no diré de otro modo, sino de algún modo! Tal vez la más leal de las esposas—de seguro una de las más amantes.

Al día siguiente (hoy), monté temprano, fuí al Pazo de Limioso á apretar la mano del señorito bajo unas parras que entoldan su blasonada puerta, pasé por Naya y seguí á Cebre, despidiéndome con sendos abrazos del cura y del notario, y llegué á Pontevedra á las cinco de la tarde. Estoy escribiéndote porque ya no he cogido el coche que sale á Tuy. Lo cogeré mañana, me detendré un día en Oporto, y veinticuatro horas después de recibir ésta, repito que puedes ir á esperarme á la estación.

Silencio, nada de alusiones, nada de burlas, al menos por ahora, que aún sangra la herida. Sé para mí un juez indulgente. Yo sospecho que lo he de ser con todo el mundo.





VII.

Crimen libre.

Los tres que nos encontrábamos reunidos en el saloncito de confianza del Casino de la Amistad, nos habíamos propuesto aquella tarde arreglar el Código y reformar la legislación penal con arreglo á nuestro personal criterio. Lo malo era que ni con ser tan pocos estábamos conformes. Al contrario, teníamos cada cual su opinión, inconciliable con las restantes; por lo cual la disputa amenazaba durar hasta la consumación de los siglos.

Tratábase de un juicio por jurado, en que una parricida había salido absuelta: así como suena, absuelta libremente, echada á pasearse por el mundo «con las manos teñidas en sangre de su esposo,» exclamaba el joven letrado Arturito Cádiz, alias *Siete patibu-*

los, el acérrimo partidario y apologista de la pena de muerte bajo todas sus formas y aspectos. La indignación del abogado contrastaba con la excéptica indulgencia de Mauro Pareja, solterón benévolo por egoísmo, que todo lo encontraba natural y á todo le buscaba alguna explicación benigna, hasta á las enormidades mayores. «Sabe Dios» —decía Mauro— «las jugarretas que ese esposo le haría en vida á su amable esposa... Los hay más brutos que un cerrojo, créalo V., y más malos que la quina, y el santo de los santos pierde la llave de paciencia, y agarra lo primero que encuentra por delante, y zás! Entre matrimonios indisolubles, existe á lo mejor eso que puede llamarse *odio de compañeros de grillete*... El Jurado habrá visto muchas atenuantes, cuando absolvió á la mujer.» «Perfectamente» —refunfuñaba Cáñamo, cuyo bigotillo temblaba de biliosa cólera.— «Ya sabemos lo que son Jurados. En tocando la cuerda de la sensibilidad, capaces de echar á la calle al mismísimo Sacamantecas. A ese paso, la seguridad, la vida de los ciudadanos llegarán á depender del capricho de unos cuantos ignorantes, que ni han saludado el Código. Ahí tiene V. las consecuencias funestas... ¡sí, funestas, no me desdigo! de las lecturas perniciosas, de las nocivas teorías de *Mosicé Lucas*....» Este *Mosicé Lucas* es un abolicionista anterior al año 30, y de quien no se acuerda nadie en el mundo sino Arturito Cáñamo, para impugnarle una vez por semana en el Casino de Marineda. «Pero hombre» —argu-

yó Pareja—«V. cree que los Jurados han leído á ese *Mosié*? Ni nada; ni los magistrados tampoco, si V. me apura... Para leer estaban ellos... Lo que hay es que á veces... qué demonio! los que parecen crímenes no son, bien miradas las circunstancias, sino delitos... y yo, Jurado, probablemente absuelvo también á la mujer...» «V., Jurado, desorganizaría la Sociedad más aún de lo que está...» «Pues Dios nos libre de V. magistrado, que es capaz de ahorcar al Nuncio...» «Y tanto como le ahorco, si el Nuncio delinque...»

Cuando la gresca llegaba á enzarzarse mucho, yo intervenía prudentemente para templar los ánimos, adoptando la estrategia de dar la razón á todos, con lo cual lograba no dejar contento á ninguno. «Señores, realmente eso de que una mujer escabeche á su marido y el tribunal la mande á la calle... fuertecito es. Con algunos años de presidio...» «Presidio!» gritaba Cañamo. «La casi impunidad! Un fantasma de vindicta pública! Hipocresía y desmoralización!» «Presidio!» exclamaba Mauro. «Cuando regularmente quien merecería el presidio sería el difunto!» Y ande la marimorena.

Mientras ellos se peleaban, me asaltó con lúcida precisión un recuerdo. «A ver si les pongo en apuro y doy nueva dirección á sus ideas,» pensé, mientras humedecía un terrón de azúcar en *Kummel*, y me lo chupaba con golosina. «¿No les parece á ustedes —pregunté en alta voz— que por muy lista que su-

pongamos á la policía y muy rigurosos y sagaces que sean los jueces, siempre habrá más crímenes impunes que descubiertos y castigados? ¿No les parece también que existe un orden de crímenes que no puede estimar como tales la ley, y sin embargo revelan en su autor más perversidad, más ausencia de sentido moral que ninguna de las acciones penadas por el Código?» Arturito me miró con sus ojos blanquecinos y turbios, que parecían los de un pez cocido, acabado de salir de la besuguera: Pareja sonrió como si medio entendiese. «Quieren un ejemplo?—añadí:—pues se lo voy á dar, refiriéndoles un caso que presencié años hace.» Arturito dijo *que sí* con la cabeza; el sibarita de Mauro encendió un puro con sortija, y yo principié:

—«Era un invierno de esos de prueba que saltan á veces en Madrid. Nunca he visto días de sol más claro y brillante, ni cielo azul más limpio: aquello era un trozo de raso turquí: de noche, las estrellas resplandecían lo mismo que diamantes; hacía un lunar soberbio; todo hermoso, pero con un frío... vamos, un frío de los que cuajan la sangre y hielan en el aire las palabras. Por la mañana perdía uno lo menos hora y media, deliberando si echaría ó no la pierna fuera, intimidado ante la perspectiva del cuarto de la posada, en cuya atmósfera ya no quedaban ni rastros del braserito de la víspera, por el terror del lavatorio en agua casi sólida, por la inevitable salida á la nevera de los pasillos ó al comedor donde tampoco reinaría la más dulce temperatura... y á veces acababa uno por

seguir los malos consejos de la pereza, dar al diablo el hato y el garabato, y quedarse entre sábanas, en el cariñoso nido del hoyo del colchón, leyendo algún libro sin sacar fuera más que la punta de los dedos, porque la mano entera se volvería sorbete.

»Solo que esta debilidad de pasarse la mañanita en las ociosas plumas se pagaba cara después. Como al fin y al cabo no había más remedio que levantarse, lo ejecutábamos á medio día, y no lográbamos ya entrar en reacción. El aseo se hacía de mala gana y de un modo incompleto: salía uno á la calle forrado en cobre, con el gabán ruso que aquel año principió á estirlarse, y al poner el pié en el umbral, al recibir el primer latigazo sutil de aquel cierzo afilado como navaja barbera, se le encogía el espíritu, se le ponía la carne de gallina, se le secaban los labios igual que al contacto de un hierro candente, y no tenía fuerzas sino para sepultarse en un café, aguardando la hora de volverse á casa, para arrimar las narices al vaho caliente del cocido. Salida de la atmósfera viciada á la Siberia exterior: romadizo, trancazo ó bronquitis segura...

»Ya verán ustedes, ya verán cómo esto del frío tiene mucho que ver con lo del crimen. Si no les hago á ustedes comprender la inclemencia del invierno aquel, que ha dejado memoria, no comprenderían el alcance de lo que sigue. Conque revístanse de cachaza.

—Bueno: ya nos hemos convencido de que hacía mucho frío... pero muchísimo! exclamó Pareja.—Venga la historia.

—»A eso vamos inmediatamente...—respondí yo con firme propósito de no suprimir ni un toque de mi *efecto de país nevado*.—Ya se figurarán ustedes que con la temperatura boreal que aguantábamos, no estaríamos sin nieves. Las primeras vinieron hacia Noche-Buena, pero á mediados de Enero arreciaron en tales términos, que los puertos se cerraron completamente, y como entonces no se había terminado la línea férrea, estuve más de diez días incomunicado con mi familia y mi país. En cambio tuve el gusto de ver á Madrid muy pintoresco, sobre todo los paseos, como si los hubiesen espolvoreado de azúcar molido, á ciertas horas del día: á otras, como si los árboles se hubiesen vuelto de cristal, de cristal claro y purísimo. La nevada tuvo también para mí la ventaja higiénica de arrancarme á mis perezosas costumbres y obligarme á saltar de la cama á primera hora, con objeto de ver, hoy los Reyes de la plaza de Oriente con barbas blancas y flecos y encajes de nieve en los tahalíes y en los mantos, mañana la bonita fuente de la Red de San Luís toda cuajada de estalactitas, al otro día la de Antón Martín convertida en garapiñera...

—Y á todo esto, el crimen?—preguntó Pareja socarronamente.

—»Ya voy... He dicho que los preámbulos son indispensables! La nieve tiene mucho que ver con el crimen.—Sepan ustedes que más que las fuentes y las estátuas, me cautivó el espectáculo del Retiro. ¡Aquello sí que merecía la madrugona! Los árboles de hoja

perenne, sobre todo los pinos, eran pirámides blancas salpicadas de polvo de diamante: los que se hallaban despojados de hoja tenían, sobre la pureza de la atmósfera, un brillo raro; parecían de vidrio hilado de Venecia... No íbamos solo por gozar este espectáculo bonito y grandioso á la vez: lo que más nos atraía era ver patinar en el estanque, que enteramente congelado, semejava inmensa placa de vidrio verdoso.»

Aquí me detuve un instante, moqué otro terrón en la copa de Kummel, lo saboreé, y viendo impaciente al auditorio, proseguí sin pararme ya en tantas menudencias:

«No estaba por entonces tan extendida como ahora la costumbre de patinar, y no siempre había valientes que se prestasen á calzarse los patines y á describir curvas sobre la superficie lisa. Apenas se ablandaba unas miasmas la atmósfera, el temor de que se hubiese adelgazado ó resquebrajado la capa de hielo retraía á los aficionados á ese género de *sport* impropio de nuestros climas, y los mirones nos quedábamos chasqueados, contemplándonos los unos á los otros por vía de compensación.

»Sin embargo, á uno de los susodichos mirones se le ocurrió una idea sumamente divertida, que podía ayudar á entretener el tiempo mientras no llegaban los patinadores formales. Sacaba del bolsillo calderilla, y la arrojaba á granel á la superficie del estanque, lo más desparramada y lo más lejos posible. In-

mediatamente una horda de pilluelos se precipitaba á recoger las monedas, y teníamos una sesión grotesca de patinaje, de lo más cómico que ustedes pueden imaginar. Las culadas y las hocicadas en el hielo de los chicos las coreábamos desde la orilla con risas inextinguibles, dichos y aplausos. De aquellos improvisados patinadorcillos, la mayor parte no llegaba á pescar los cuartos, pero algunos iban adquiriendo singular destreza para evitar resbalones, y sacaban buena cosecha de *perros* grandes y chicos.

»Una mañana de esas de muchísimo bajo cero (porque los grados justos no los sé, y más quiero dejar dudoso el punto que dar una cifra equivocada), estábamos cebados bastantes curiosos en la diversión de lanzar las monedas y se deslizaban tras ellas más de veinte granujas, cuando de pronto se alza un comprimido rumor, uno de esos murmullos hondos de la multitud, que sobrecogida ante la inmensidad de una desdicha, no tiene fuerzas ni para gritar... Muchos preguntaban, se empujaban y no comprendían; pero yo ni preguntar necesité, porque *había visto*: había visto romperse la superficie del hielo, como se estrella la luna de un espejo colosal, y desaparecer por la boca recién abierta á dos de los gurriatos que recojían calderilla... La multitud, lo repito, no gritó: á qué había de gritar en balde? Allí era inútil pedir socorro, y segura la muerte de los dos infelices chicos, sobrecogidos por el frío mortal del agua, sujetos por una losa de plo-

mo transparente á su líquida tumba... Ni un rumor, ni un eco, ni un quejido venían de la sima que acababa de tragarse á los muchachos...

»De repente, se destaca de entre la multitud un hombre, un mozo como de unos veinte años de edad, delgadillo, pálido, resuelto; sin falso pudor se quita la chaqueta y el chaleco, se desabrocha los pantalones... Cobardes, aplastados por la hermosura de la acción, transidos al verle desnudarse en aquella atmósfera glacial, le dejamos hacer... La verdad es que todo ello fué, como suele decirse, ni visto ni oído. Aún no estábamos convencidos de que se arrojaría, cuando se arrojó, mejor dicho, se enhebró por la rotura del hielo. Pasaron dos minutos, pasaron tres... ó quizá no fuesen minutos, sino segundos, que á nosotros nos parecían horas... y por la grieta ensanchada ya, de degolladoras márgenes, salió un brazo, otro brazo, un grupo informe... Era el salvador..... con las dos criaturas.

—Vivas? preguntaron á la vez Cádiz y Pareja.

—»Viva una, y otra... tiosa ya; no fué posible reanimarla.—De todos modos, entonces sí que gritamos! —«Viva! Olé tu madre! Llevarlo en triunfo! Un beso le quiero dar!»—gritaba una mujer del pueblo, ronca, trémula de alegría y de entusiasmo.—El pobre aclamado salvador, morado, chorreando, tiritaba y temblaba al sol, con las ropas interiores pegadas á las carnes.—«Quieren ustedes pasarme mi pantalón?»—fueron sus primeras palabras, inspiradas no sé si por el frío

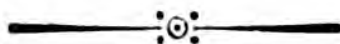
ó más bien por la vergüenza de verse así, medio en cueros y abrazado por la chusma.—Buscamos el pantalón... él sabía dónde lo había dejado... Pero buen pantalón te dé Dios! Ni chaqueta, ni chaleco con el reloj y los cuartos... Mientras él salvaba al niño, un ratero le escamoteaba su ropa.»

Callé, para apreciar el efecto de mi narración, y Arturito Cádiz me miró atónito, abriendo más sus vidriosas pupilas.

—Y dónde está el crimen?—preguntó al fin.—Porque yo ahí veo una acción humanitaria, digna de una recompensa del Gobierno.

—Cuál?—preguntó con sorna Pareja.—La de robar los pantalones al salvador del niño?

—Ah... Hablaba usted de eso?—interrogó el abogado.—Como decía usted que un crimen... y ese no pasa de un delito penado por el Código con unos meses de arresto, pues ni hay nocturnidad, ni escalamiento, ni fractura, ni ninguna de las agravantes...





VIII.

Temprano y con sol...

El empleado que despachaba los billetes en la taquilla de la estación del Norte no pudo reprimir un movimiento de sorpresa cuando la infantil vocecica pronunció, en tono imperativo:

—Dos de primera... á París...!

Acercando la cabeza cuanto lo permite el agujero del ventano, miró á su interlocutora, y vió que era una morena de once á doce años, de ojos como tinteros, de tupida melena negra, y vestida con rico y bien cortado ropón de franela inglesa roja, y luciendo un sombrillo jockey de terciopelo granate que le sentaba á las mil maravillas. Agarrado de la mano traía la señorita á un caballereite que representaba la misma edad sobre poco más ó menos, y también tenía trazas en

semblante y ropa de pertenecer á muy distinguida clase y á muy acomodada familia. El chico parecía azorado: la niña, alegre con nerviosa alegría. El empleado sonrió á la gentil pareja y murmuró como quien dá algún paternal aviso:

—Directo ó á la frontera? A la frontera... son ciento cincuenta pesetas, y...

—Ahí vá dinero,—contestó la intrépida señorita alargando un abierto portamonedas. El empleado volvió á sonreír, ya con marcada extrañeza y compasión, y advirtió:

—Aquí no tenemos bastante...

—Hay quince duros y tres pesetas! exclamó la viajera.

—Pues no alcanza... Y para convencerse, pregunten ustedes á sus papás.

Al decir esto el empleado, vivo carmín tiñó hasta las orejas del galán, cuya mano no había soltado la damisela, y ésta, dando impaciente patada en el suelo, gritó:

—Bien... pues entonces... un billete más barato!

—Cómo más barato? de segunda? de tercera? á una estación más próxima? Escorial; Avila...?

—Avila, sí... Avila... justamente Avila...! respondió con energía la del rojo balandrán.—Dudó el empleado un momento; al fin se encogió de hombros como el que dice: «¿á mí qué? ya se desenredará este lío;» y tendió los dos billetes, devolviendo muy aligerado el portamonedas...

Sonó la campana de aviso; salieron los chicos disparados al andén; metieronse en el primer vagón que vieron, sin pensar en buscar un departamento donde fuesen solos; y con gran asombro del turista inglés que ya acomodaba en un rincón su balija de cuero, al verse dentro del coche se agarraron de la cintura y rompieron á bailar...

.

Cómo principió aquella pasión devoradora, frenética, incendiaria? Ah! Los orígenes primeros de lo grave y trascendental en nuestra vida, son insignificantes menudencias, pequeñeces míseras, átomos morales que se asocian en un torbellinito molecular, y á fuerza de dar vueltas y más vueltas sobre sí mismo, el torbellino se redondea, se solidifica, adquiere forma, toma la consistencia del diamante... No desconfiéis nunca en la vida de las cosas grandes, que se presentan con imponente aparato; esas ya avisan, y hay medio de precaverse: temed á las tentaciones menudas, á los peligros sutiles é insidiosos. Toda la teoría de los microbios, hoy admitida, ¿qué es sino demostración de la importancia capital de lo infinitamente pequeño?

La pasión empezó pues del modo más sencillo, más inocente y más bobo... Empezó por una manía... Ambos eran coleccionistas.—¿De qué? Ya lo podéis presumir, vosotros los que friséis la edad de mis héroes. La afición á coleccionar suele desarrollarse entre los cuarenta y los sesenta: apenas he visto un bibliómano joven, y las tiendas de los chamarileros son más fre-

cuentadas por señores respetables que por alegres mozos. Hay sin embargo una excepción á esta regla general, y es la chifladura por reunir sellos de correos. Sin que yo niegue que pueden alimentarla muy graves personajes, la verdad es que el período álgido en que hace estragos es la etapa comprendida entre los diez y los quince. Y en ese lustro auroral que separa la edad del trompo y la cuerda de la edad del pavo, vivían mis dos enamorados fugitivos del tren.

Ya se ha dicho que su Galeoto, el libro de Lanzarote y Ginebra donde bebieron la ponzoña amorosa, fué el coleccionismo, la manía de la filatelia, común á entrambos. El papá de Serafina, llamada Finita, y la mamá de Francisco, llamado Currín, se trataban poco; ni siquiera se visitaban, á pesar de vivir en la misma opulenta casa del barrio de Salamanca: en el principal el papá de Finita, y en el segundo la mamá de Currín. Currín y Finita, en cambio, se encontraban muy amenudo en la escalera, cuando él iba á clase y ella salía para su colegio; pero valga la verdad: ni habrían reparado el uno en el otro, si no fuera porque cierta mañana, al bajar las escaleras, Currín notó que Finita llevaba bajo el brazo un objeto, un libro encuadernado en tafíete rojo... libro tantas veces codiciado y soñado por él! «Me debía haber comprado mamá uno así, carambita! En cuanto me examine y saque nota, ya me lo están comprando. No faltaba más! El mío es una porquería...» De esto á rogar á Finita que le enseñase el magnífico álbum de sellos, mediaba un paso.

Finita, en el mismo descanso de la escalera, accedió á los ruegos de Currín: pusieron el álbum sobre la repisa de la ventana, y se dieron á hojearlo con vivacidad. — «Esta hoja es del Perú... Mira, los de las islas Hawai... Tengo la colección completa...»

Y desfilaban los minúsculos y artísticos grabaditos con que cada nación marca y autoriza su correspondencia; los aristocráticos perfiles de las dinastías sajonas, que se desdeñan de mirarnos á la cara, y las burguesas y honradas fisonomías de los presidentes de Estados americanos, siempre de frente; la república francesa, con sus dos airosas figuras que se dan la mano, y el reyecillo español, con su redonda cabeza de bebé; los sellos chinos y su dragón, los turcos y su cimitarra; don Carlos, recuerdo de nuestras vicisitudes políticas, y don Amadeo, efímera memoria de la misma agitada época; los preciosos sellos de Terranova, con la testa entonces ideal del príncipe de Gales, y los fastuosos sellos de las colonias británicas, en que la abuelita Victoria aparece de emperatriz... Currín se embelesaba, y chillaba de vez en cuando dando brincos: «Ay! Ay! Caracoles, qué rebonito! Este no lo tengo yo...» Por fin, al llegar á uno muy raro, el de la república de Liberia, no pudo contenerse. «Me lo das?» — «Toma;» respondió con expansión Finita. «Gracias, hermosa;» contestó el galán; y como Finita, al oír el requiebro, se pusiese color de la cubierta de su álbum, Currín reparó en que Finita era muy guapa, sobre todo así, colorada de placer y con los

ojos brillantes, negros, rebosando alegría. «¿Sabes que te he de decir una cosa?»—murmuró el chico.— «Anda, dímelas.»— «Hoy nó.»—La doncella francesa que acompañaba á Finita al colegio, había mostrado hasta aquel instante risueña tolerancia con la escena filatélica; pero parecióle que se prolongaba mucho, y pronunció un «Mademoiselle, s'il vous plait» que significaba: «Hay que ir al colegio rabiando ó cantando, conque... una buena resolución.»

Currín se quedó admirando su sello... y pensando en Finita. Era Currín un chico dulce de carácter, no muy travieso, aficionado á los dramas tristes, á las novelas de aventuras extraordinarias, y á leer versos y aprendérselos de memoria. Siempre estaba pensando que le había de suceder algo raro y maravilloso; de noche soñaba mucho, y con cosas del otro mundo ó con algo procedente de sus lecturas. Desde que coleccionaba sellos, soñaba también con viajes de circumnavegación y países desconocidos, á lo cual contribuía mucho el ser decidido admirador de Julio Verne... Aquella noche realizó dormido una excursióncita breve... á Terranova, al país de los sellos hermosos. Mejor dicho, no era excursión, sino traslado instantáneo; y en una playa orlada de monolitos de hielo, que alumbraba una aurora boreal, Finita y él se paseaban muy serios cogidos del brazo...

Al otro día, nuevo encuentro en la escalera. Currín llevaba duplicados de sellos para obsequiar á Finita. En cuanto la dama vió al galán, sonrió y se acercó

con misterio. «Aquí te traigo esto...» balbuceó él... Finita puso un dedo sobre los labios, como para indicar al chico que se recatase de la francesa; pero constándole á Currín que no había en el obsequio de los sellos malicia alguna, fué muy resuelto á entregarlos. Finita se quedó al parecer algo chafada: sin duda esperaba otra cosa: y llegándose vivamente á Currín, le dijo entre dientes:

—Y... y aquello?

—Aquello...?

—Lo que me ibas á decir ayer...

Currín suspiró, se miró á las botas, y salió con esta pata de gallo:

—Si no era nada...

—¡Cómo nada!—articuló Finita furiosa.—Pareces memo de la cabeza! Nada, eh?

Y el muchacho, dando tormento al rey Leopoldo de Bélgica que apretaba entre sus dedos, se puso muy cerquita del oído de la niña, y murmuró suavemente: «Sí era algo... Quería decirte que eres... más guapita!» Y espantado de su osadía, echó á correr escalera abajo y del portal salió en volandas á la calle.

Al otro día, Currín escribió unos versos (poseo el original) en que decía á Finita:

Nace el amor de la nada;
De una mirada tranquila;
Al girar de una pupila
Se halla un alma enamorada...

Endeblitos y todo, graves autores aseguran que Currín los sacó de un libro que le prestó un compañero... Mas qué importa? El caso es que Currín se sentía como lo pintaban los versos: enamorado, atrozmente enamorado... No pensaba más que en Finita; se sacaba la raya esmeradamente, se compró una corbata nueva, y suspiraba á solas.

Al fin de la semana eran novios en regla. La doncella francesa cerraba los ojos... ó no veía, creyendo que allí se hablaba buenamente de sellos; y aprovechaba el ratito charlando también de lo que le parecía con su compatriota el cocinero... Cierta tarde creyó el portero que soñaba, y se frotó los ojos. ¿No era aquella la señorita Serafina, que pasaba sola, con un bolsillo de piel al brazo? Y no era aquel que iba detrás el señorito Currín? Y no se subían los dos á un coche de punto, que se salía echando diablos? Jesús, María y José! Pero cómo están los tiempos y las costumbres! Y á dónde irán? Aviso ó no aviso á los padres? Qué hace en este apuro un hombre de bien! Me recibirán con cajas destempladas... ó caerá una propineja de las gordas?

.

—Oye tú,—decía Finita á Currín apenas el tren se puso en marcha.—Avila, cómo es? Muy grande? Bonita lo mismo que París?

—Nó...—respondió Currín con cierto escepticismo amargo.—Debe de ser un pueblo de pesca.

—Pues entonces... no conviene quedarse allí. Hay

que seguir á París. Yo quiero ver París á todo trance; y también quiero ver las Pirámides de Egipto.

—Sí...—murmuró Currín, por cuya boca hablaba el buen sentido y la realidad—pero... y los monises?

—Los monises?—contestó remedándole Finita.—Eres más bobo que el que asó la manteca. Se pide prestado!

—Y á quién?

—A cualquiera!

—Y si no nos lo quieren dar?

—Y por qué, melón de arroba? Yo tengo reloj que empeñar. Tú también. Empeño además el abrigo nuevo: me vá asando de calor. No sirves para nada... ¡Escribimos á papás que nos envíen... un... un bono... nó, una letra! Papá las está mandando cada día á París y á todas partes.

—Tu papá estará echando chispas... Nos mandará un demontre... Como mi mamá... ¡La hicimos, Finita!... No sé qué será de nosotros.

—Pues se empeña el reloj, y en paz... Ay! Lo que nos divertiremos en Avila! Me llevarás al café... y al teatro... y al paseo...

Cuando oyeron cantar «Avila! Veinticinco minutos!...» saltaron del tren, pero al sentar el pié en el andén, se quedaron indecisos, aturrullados. La gente salía, se atropellaba hacia la fonda, y los enamorados no sabían qué hacer. «Por dónde se vá á Avila?» preguntó Currín á un *faquino*, que viendo á dos niños sin equipaje, se encogió de hombros y se alejó. Por

instinto se encaminaron á una puerta, entregaron sus billetes, y asediados por un solícito mozo de fonda, se metieron en el coche, que los llevó á la del Inglés....

Acababa de recibir el Gobernador de Avila telegrama de Madrid, «interesando la captura» de la apasionada pareja. Era urgentísimo el aviso, y delataba la situación moral de una familia sumida en la angustia y la desesperación. Mejor dicho, dos familias debían de ser las desesperadas. La captura se verificó en toda regla, no sin risa por un lado y declamaciones sobre lo que «cunde la inmoralidad» por otro. Los fugitivos fueron llevados á Madrid, y, sin pérdida de tiempo, Finita quedó internada en las *Dames anglaises*, y Currin en un colegio de donde no se le permitió salir en un año, ni aun los domingos. Con motivo del trágico suceso, el papá de Finita y la mamá de Currín se relacionaron, y conferenciaron largo y tendido, quedando acordes en que era preciso «echar tierra,» «desorientar la opinión...» «hacer la conspiración del silencio.» Con tal motivo, el papá de Finita reparó en lo bien conservada que estaba la mamá de Currín, y ésta notó en el banquero excelentes condiciones de hombre práctico en los negocios y de caballero galán con las damas. Su amistad se consolidó, y hay quien cree que se visitan amenudo. No se presume, sin embargo, que se hayan escapado juntos... ¿Para qué?



IX.

El Premio Gordo.

Allá en tiempo de Godoy, el caudal de los Torres nobles de Fuencar se contaba entre los más saneados y poderosos de la monarquía española. Fueron mermando sus rentas las vicisitudes políticas y otros contratiempos, y acabó de desbaratarlas la conducta del último marqués de Torres-nobles, calaverón despilfarrado que dió mucho que hablar en la corte cuando Narváez era mozo. Próximo ya á los sesenta años, el marqués de Torres-nobles adoptó la resolución de retirarse á su hacienda de Fuencar, única propiedad que no tenía hipotecada. Allí se dedicó exclusivamente á cuidar de su cuerpo, no menos arruinado que su casa; y como Fuencar le producía aún lo bastante para gozar de un mediano desahogo, organizó su servicio de

modo que ninguna comodidad le faltase. Tuvo un capellán que amén de decirle la misa los domingos y fiestas de guardar, le hacía la partida de brisca, burro y dosillo (tales sencilleces divertían mucho al ex-conquistador), y le leía y comentaba los periódicos políticos más reaccionarios; un mayordomo ó capataz que cobraba á toca-teja y dirigía hábilmente las faenas agrícolas; un cochero obeso y flemático que gobernaba solemnemente las dos mulas de la carretela; un ama de llaves silenciosa, solícita, no tan moza que tentase ni tan vieja que diese asco; un ayuda de cámara traído de Madrid, resto y reliquia de la mala vida pasada, convertido ahora á la buena como su amo, y discreto y puntual ahora y antes; y por último, una cocinera limpia como el oro, con primorosas manos para todos los guisos de aquella antigua cocina nacional, que satisfacía el estómago sin irritarlo y lisonjeaba el paladar sin pervertirlo. Con ruedas tan excelentes, la casa del marqués funcionaba como un reloj bien arreglado, y el señor se regocijaba cada vez más de haber salido del golfo de Madrid á tomar puerto y carenarse en Fuencar. Su salud se restablecía; el sueño, la digestión y demás funciones necesarias al bienestar de esta pobre túnica perecedera que sirve de cárcel al espíritu, se regularizaban, y en pocos meses el marqués de Torres-nobles echó carnes sin perder agilidad, enderezó algo el espinazo, y su sano aliento indicó que ya la feroz gastralgia no le roía el estómago.

Si el marqués vivía bien, no lo pasaban mal tampoco sus servidores. Para que no le dejasen les pagaba mejores soldadas que nadie en la provincia, y además los obsequiaba á veces con regalos y mimos. Así andaban ellos de contentos: poco trabajo, y ese, metódico é invariable; salario crecido, y de cuando en cuando, sorpresitas del dadivoso marqués.

El mes de Diciembre del año antepasado, hizo más frío de lo justo, y la dehesa y término de Fuen-car se envolvieron en un manto de nieve como de una cuarta de grueso. Huyendo de la soledad de su gran despacho, bajó el marqués de noche á la cocina del cortijo, y buscando, por instinto de sociabilidad invencible, la compañía del hombre, se arrimó al hogar, calentó la palma de las manos castañeteando los dedos, y hasta se rió de los cuentos que con chuscada andaluza referían el capataz y el pastor, y reparó que la cocinera tenía muy buenos ojos. Entre otras conversaciones más ó menos rústicas que le divirtieron, oyó que todos sus criados proyectaban asociarse para echar un décimo á la lotería de Navidad.

Al día siguiente, muy temprano, el marqués despachaba un propio á la ciudad próxima, y anocheía cuando el bondadoso señor penetró en la cocina blandiendo unos papeles, y anunciando á sus domésticos, con suma benignidad, que había cumplido sus deseos tomando un billete del sorteo inmediato, billete en el cual les regalaba dos décimos, quedándose él con ocho, por tentar también la suerte. Al oír tal, hubo en

la cocina una explosión de alegría, con vivas y bendiciones hiperbólicas; sólo el pastor, viejo cano, zumbón y sentencioso, meneó la cabeza, afirmando que el que echaba con señores «espantaba la suerte,» de lo cual le pesó tanto al marqués, que condenó al pastor á no llevar ni un real en los décimos consabidos.

Aquella noche el marqués no durmió tan á pierna suelta como solía desde que Fuencar le cobijaba; le desvelaron algunos pensamientos de esos que sólo mortifican á los solterones. No le había gustado pizca la avidez con que sus criados hablaban del dinero que podía caerles.—¡Esa gente—decíase el marqués—no aguardaría sino á llenar la bolsa para plantarme! ¡Y qué planes los suyos! ¡Celedonio (el cochero), habló de poner taberna... para beberse el vino sin duda! ¡Pues la pazguata de doña Rita (era el ama de llaves), no sueña con establecer una casa de huéspedes! Digo, y lo que es Jacinto (era el ayuda de cámara), bien se calló, pero miraba con el rabo del ojo á esa Pepa (la cocinera), que, vamos, tiene su sal... Juraría que proyectan casarse. ¡Bah! (al exclamar ¡bah! el marqués de Torres-nobles dió una vuelta en la cama y se arropó mejor, porque se le colaba el frío por la nuca); en resumidas cuentas, ¿qué me importa todo ello? El premio gordo no nos ha de caer y así... tendrán que aguardarse por las mandas que yo les deje!—Y á poco rato el buen señor roncaba.—Dos días después celebrábase el sorteo, y Jacinto, que era más listo que Cardona, se las compuso de modo que su

amo tuviese que enviarle á la ciudad en busca de no sé qué provisiones ú objetos indispensables. La noche caía, nevaba á más y mejor, y Jacinto aún no había vuelto, á pesar de salir muy de madrugada.

Estaban los criados reunidos en la cocina, como siempre, cuando sintieron las opacas pisadas del caballo sobre la nieve fresca, y un hombre, en quien reconocieron á su compañero Jacinto, entró como una bomba. Estaba pálido, temblón y demudado, y con ahogada voz acertó á pronunciar:

—¡El premio gordo!!!

Hallábase á la sazón el marqués en su despacho, y, las piernas arrebujaadas en tupida manta, chupaba un habano, mientras el capellán le leía la *politica menuda* de *El Siglo Futuro*. De pronto, suspendiendo la lectura, ambos prestaron oído al estrépito que venía de la cocina. Parecióles al principio que los criados disputaban, pero á los diez segundos de atender se convencieron de que no eran sino voces de júbilo, tan desentonadas y delirantes, que el marqués, amostazado y teniendo por comprometida su dignidad, despachó al capellán á informarse de lo que ocurría é imponer silencio. No tardó tres minutos en regresar el enviado, y dejándose caer sobre el diván, pronunció con sofocado acento: «¡Me ahogo!» y se arrancó el alzacuello y se desgarró el chaleco por querer desabrocharlo... Corrió en su auxilio el marqués, y abanicándole el rostro con *El Siglo Futuro* logró oír brotar de sus labios una frase entrecortada:

—El premio gordo... nos ha tocaaa...ado el prem...

A despecho de sus achaques, brincó hasta la cocina el marqués con no vista ligereza, y llegando al umbral, detúvose atónito ante la extraña escena que allí se representaba. Celedonio y doña Rita bailaban no sé si el jaleo ó la cachucha, con mil zapatetas, saltando como monigotes de saúco electrizados; Jacinto, abrazado á una silla, valsaba rauda y amorosamente; Pepa hería con el rabo de un cazo la sartén, haciendo desapacible música, y el capataz, tendido en el suelo, se revolcaba, gritando ó mejor dicho aullando salvajemente: «¡Viva la Virgen!» Apenas divisaron al marqués, aquellos locos se lanzaron á él con los brazos abiertos, y sin que fuese poderoso á evitarlo lo alzaron en volandas, y cantando y danzando y echándose los unos á otros como pelota de goma lo pasearon por toda la cocina, hasta que viéndole furioso lo dejaron en el suelo; y aún fué peor entonces, pues la cocinera Pepa, cogiéndole por el talle, quieras no quieras le arrastró en vertiginoso galop, mientras el capataz, presentándole una bota de vino, se empeñaba en que probase un trago, asegurando que el licor era exquisito, cosa que él sabía á ciencia cierta por haber trasegado á su estómago casi toda la sangre de la bota.

Así que pudo el marqués soltarse, refugióse en su habitación, con ánimo de desahogar su enojo refiriendo al capellán la osadía de sus criados y platicando acerca del premio gordo. Con gran sorpresa vió que

el capellán salía envuelto en su capote y calándose el sombrero.

—¿A dónde va V., D. Calixto, hombre de Dios?
—exclamó el marqués admirado.

Pues, con su licencia, D. Calixto iba á Sevilla, á ver á su familia, á darle la alegre nueva, á cobrar en persona su parte de décimo, un confite de algunos miles de duros.

—¿Y me deja V. ahora? ¿Y la misa? y...

En esto asomó por la puerta su hocico agudo el ayuda de cámara. Si el señor marqués le daba permiso, él también se marcharía á recoger lo que le tocaba. El marqués alzó la voz, diciendo que era preciso tener el diablo en el cuerpo para largarse á tales horas y con una cuarta de nieve, á lo cual respondieron unánimes D. Calixto y Jacinto que á las doce pasaba el tren por la estación próxima, que hasta ella llegarían á pié ó como pudiesen. Y ya abría el marqués la boca para pronunciar: «Jacinto se quedará, porque me hace falta á mí,» cuando á su vez se encuadró en el marco de la puerta la rubicunda faz del cochero, que sin pedir autorización y con insolente regocijo venía á despedirse de su amo, porque él se largaba ¡ea! á coger esos monises.

—¿Y las mulas?—vociferó el amo.—¿Y el coche, quién lo guiará, vamos á ver?

—Quien vucencia disponga... ¡Como yo no he de cochar más!...—respondió el auriga volviendo la espalda y dejando paso á doña Rita, que entró no me-

drosa y pisando huevos como solía, sino toda despeinada, alborotadica y risueña, agitando un grueso manojo de llaves, que entregó al marqués advirtiéndole:

—Sepa vucencia que ésta es de la despensa... ésta del ropero... ésta del...

—¡Del demonio que cargue con V. y con toda su casta, bruja del infierno! ¿Ahora quiere V. que yo saque el tocino y los garbanzos, eh? Váyase V. al...

No oyó doña Rita el final de la imprecación, porque salió pitando, y tras ella los demás interlocutores del marqués, y en pos de éstos el marqués mismo, que les siguió furioso al través de las habitaciones y estuvo á punto de alcanzarles en la cocina, sin que se atreviese á seguirles al patio por no arrostrar la glacial temperatura. A la luz de la luna que argentaba el piso nevado, el marqués les vió alejarse, delante D. Calixto, luego Celedonio y doña Rita de bracero, y por último Jacinto muy cosido á una silueta femenina que reconoció ser Pepa la cocinera... ¡Pepilla también! Tendió el marqués la vista por la cocina abandonada, y vió el fuego del hogar que iba apagándose, y oyó una especie de ronquido animal... Al pié de la chimenea, muy esparrancado, el capataz dormía la mona.

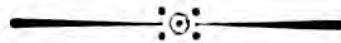
A la mañana siguiente, el pastor, que no quiso «espantar la suerte,» hizo para el marqués de Torresnobles de Fuencar unas migas y un ajo molinero, y

así pudo este noble señor comer caliente el primer día que se despertó millonario.

.

Me parece excusado describir la suntuosa instalación del marqués en Madrid; lo que sí no debe omitirse es que tomó un cocinero cuyos guisos eran otros tantos poemas gastronómicos. Se sospecha que los primores de tan excelso artista, saboreados con excesiva deleitación por el marqués, le produjeron la enfermedad que le llevó á la tumba. No obstante, yo creo que el susto y caída que dió cuando se desbocaron sus magníficos caballos ingleses, fué la verdadera causa de su fallecimiento, ocurrido á poco de habitar el palacio que amuebló en la calle de Alcalá.

Abierto el testamento del marqués, se vió que dejaba por heredero al pastor de Fuencar.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
I.....—El Indulto	5
II.....—Travesura pontificia.	19
III....—Fuego á bordo.	29
IV....—Planta montés..	53
V.....—Nieta del Cid.	63
VI....—Bucólica.	77
VII..—Crimen libre.	145
VIII.—Temprano y con sol...	155
IX...—El Premio Gordo.	165

